
HARLEQUIN
Deseo
Corazones apasionados
Kathryn Jensen



Corazones apasionados

Kathryn Jensen





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Corazones apasionados, n.º 5517 - febrero 2017
Título original: The Boss Man's Fortune
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-9348-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Crónica rosa
del *Savannah Spectator*

Pregunta: ¿Qué hace una niña rica del Salvaje Oeste cuando quiere huir de su influyente y sobreprotectora familia? Respuesta: Hacerse pasar por una chica del montón, trabajando como secretaria de uno de los solteros más atractivos y ricos de Savannah, por supuesto.

Sin embargo, corren rumores de que está haciendo algo más que mecanografiar los memorandos del jefe, ya nos entienden. Y es que, según aseguran esas malas lenguas, tal y como están las cosas, más le valdría empezar a plantearse cambiar el código de reglas de la empresa que prohíbe las relaciones entre patrón y empleados más allá de lo estrictamente profesional.

Claro que, aunque lo que haya entre ellos sea amor, ¿qué hará nuestra intrépida heroína si su familia descubre dónde se esconde, y que tiene un romance con un hombre mayor que ella?

En cualquier caso, siempre se ha dicho eso de «dos mejor que uno», por lo que cabe suponer que los airados padres llegarán a la conclusión de que dos fortunas son mejores que una, y es posible que pronto tengamos una boda de alto copete con la flor y nata de todo el estado de Georgia.

Capítulo Uno

Interrumpiendo la sesión de ejercicios matinales que hacía cada mañana temprano en el gimnasio de la empresa, Ian Danforth, el joven director general de Danforth & Danforth, alargó el brazo hacia el banco atornillado a la pared y tomó su teléfono móvil.

—¿Diga?

—¡La he encontrado, señor!

Aquella era la primera buena noticia que recibía en semanas. Se sentó en el banco y se secó el sudor de la frente con una toalla para después colgársela sobre los hombros húmedos.

—Excelente —respondió jadeante—. ¿Cuándo puede empezar?

—La empresa de trabajo temporal me ha dicho que está dispuesta a empezar inmediatamente —respondió Holly Francis, la jefa de personal—. Se llama Katie O'Brien. La he entrevistado y creo que le gustará. Es una joven muy segura de sí misma, tiene don de gentes, y aunque en lo que se refiere a experiencia…

—No necesito que me hagas un informe completo de tus impresiones, Holly —la interrumpió él impaciente.

Pero al instante se sintió como un ogro. Holly no tenía la culpa de que su secretaria hubiera tenido que abandonar su puesto tan repentinamente, ni tampoco de la serie de recientes acontecimientos por los que estaba tan tenso.

Todo había empezado cuando su padre, Abraham Danforth, había anunciado su candidatura al senado. Desde ese momento un suceso tras otro había amenazado con reventar su campaña. Durante las obras de reforma en Crofthaven, la mansión familiar, los obreros habían encontrado el cadáver de una mujer en el ático.

En un primer momento habían temido que se tratase de Victoria, hija de sus tíos Harold y Miranda, desaparecida hacía varios años, pero la autopsia había determinado que la fallecida era Martha Jones, hija de Joyce Jones, el ama de llaves.

Martha, una chica conflictiva y con una afección congénita de corazón, al parecer se había escondido allí tras una fuerte discusión con su madre y había fallecido de un ataque. Todos habían creído que se había escapado de casa, y a nadie se le había ocurrido buscarla en aquella parte de la mansión, en desuso desde hacía años.

Y después estaba lo de la explosión. Hacía un par de semanas se había producido una explosión allí, en ese mismo edificio, y a pesar de que la policía no había podido averiguar nada, él tenía su teoría acerca de quién estaba detrás de aquello, una teoría que no podía compartir con ellos puesto que carecía de pruebas. Sospechaba que había una relación directa entre aquello y las presiones que había estado recibiendo de un colombiano llamado Sonny Hernández, para que su cadena de cafeterías D&D cambiara de proveedores de café.

Por fortuna, a la hora a la que había explotado la bomba el edificio estaba vacío y nadie había resultado herido, pero no era un incidente para ser tomado a la ligera, y como director general se sentía responsable de la seguridad de sus empleados.

Y para colmo había perdido a su secretaria la semana anterior. Sin embargo, nada de todo aquello le daba derecho a ponerse desagradable con Holly.

—Quiero decir… sólo será algo temporal —le dijo intentando suavizar el tono—. Mientras seleccionas a alguien de la plantilla para ocupar el puesto de Gloria, me basta con que sea capaz de contestar el teléfono y de archivar.

—Sí, señor —respondió Holly, y tras una breve vacilación añadió en un tono exageradamente edulcorado—: ¿Y quiere que mande a esta joven directamente a la boca del lobo o…?

—Muy graciosa, Holly —contestó Ian sin poder reprimir una sonrisa. Al menos alguien conservaba el sentido del humor—. Me cambiaré y la recibiré en mi despacho dentro de veinte minutos.

—Muy bien, señor. Yo misma la conduciré allí.

—Gracias, Holly —respondió él antes de cerrar el teléfono móvil y dirigirse a las duchas.

Quedarse sin secretaria repentinamente había hecho que la semana anterior se hubiese convertido en un caos. Había dependido completamente de ella desde que su padre dejara en sus manos las riendas de la compañía.

Al contrario de lo que se pudiera pensar, Abraham Danforth no había abandonado el timón de la multimillonaria empresa familiar porque se sintiera demasiado viejo para continuar con esa labor. Lo que ocurría era que el patriarca del clan Danforth y veterano de Vietnam estaba siempre buscando nuevos retos. Para él su candidatura a senador por el estado de Georgia era un reto más, y después de mucho sopesarlo, le había parecido que, habiendo pasado los cincuenta, era el momento idóneo para hacerlo.

Su directora de campaña había decidido impulsar su candidatura

haciendo hincapié en su imagen de político honrado, bautizándolo «el honesto Abe II» en referencia a Abraham Lincoln, pero con los últimos acontecimientos una y otra vez había estado a punto de verse envuelto en el escándalo.

En cada una de esas ocasiones toda la familia se había unido como siempre para apoyarlo, Ian incluido, pero él tenía sus propios problemas, como mantener la buena marcha de la empresa. Y, por si esa responsabilidad fuera poca, además de dirigir la compañía de importación de café Danforth & Danforth, también era copropietario junto con su hermano Adam y su primo Reid de la cadena de cafeterías D&D.

Gloria, su secretaria, había sido hasta entonces su auténtica salvación: siempre le recordaba con tiempo las citas importantes, le filtraba las llamadas no deseadas con la mayor diplomacia, se había ocupado de la prensa cuando ésta lo atosigaba… Sin embargo, su madre había caído gravemente enferma y era natural que quisiera estar a su lado. Hizo una anotación mental para pedirle más tarde a Holly que intentara conseguir la dirección de la casa de sus padres en Ohio y le enviara un ramo de flores en nombre suyo y de la empresa.

Veinte minutos después, duchado e impecablemente vestido con un traje gris claro de Armani, salía del ascensor en la quinta planta. Dio los buenos días a los empleados con los que se cruzó por el pasillo, y empujó la pesada puerta de roble al final del mismo, que daba a la antesala de su despacho.

Una pelirroja estaba sentada muy formal en el largo sofá de cuero frente a la que había sido la mesa de Gloria. «Demasiado joven», fue la primera impresión de Ian.

En cuanto lo vio entrar se puso de pie como un resorte, con una mirada esperanzada en sus ojos verdes, dio un paso adelante ansiosa, y le tendió la mano.

—Señor Danforth, estoy encantada de empezar a trabajar para usted —le dijo con una sonrisa nerviosa, estrechándole la mano efusivamente—. No puede imaginarse lo emocionada que estoy de estar aquí, en una oficina de verdad, y de pensar que voy a hacer… que voy a hacer cosas importantes. No tendrá ninguna queja de mí, se lo aseguro. Tal vez la gente de la empresa de trabajo temporal que me manda le haya dicho que no tengo mucha experiencia —las palabras salían apresuradamente de su boca, haciendo que él tuviera dificultad para seguirla—, pero aprendo rápido, y trabajaré con ahínco. Le juro que no se arrepentirá de haberme contratado y que…

Ian contrajo el rostro. Sólo escucharla le daba dolor de cabeza. Le tapó la boca con la mano libre.

—Es suficiente. Gracias —la interrumpió, haciendo hincapié en cada palabra.

Cuando retiró la mano, la joven parpadeó aturdida.

—¿He dicho algo malo? —balbució.

—Habla demasiado.

—Perdón, ¿cómo dice?.

—Sígame —dijo él, girando sobre los talones y dirigiéndose hacia la puerta de su despacho.

La abrió, pasó dentro, y rodeó su escritorio haciéndole un gesto con la mano para que se sentara antes de hacer él otro tanto.

—Antes de nada quiero advertirle, señorita O'Brien, por si la empresa que la envía no se lo ha dicho y quiere buscar otro empleo que se ajuste más a sus expectativas, que esto es únicamente una contratación temporal. En Danforth & Danforth siempre intentamos cubrir las vacantes mediante ascensos dentro de nuestra plantilla.

—Vaya, eso es algo… encomiable —murmuró ella, esbozando una sonrisa.

Aquella sonrisa lo desarmó un poco.

—Eh… gracias. Bien, verá, la cuestión es que el departamento de personal ya ha empezado a considerar a varias empleadas para el puesto, así que probablemente sólo estará aquí una o dos semanas.

—Oh —musitó ella, bajando la vista—. La verdad es que sí me dijeron que sería temporal, pero pensé que sería por un periodo un poco más largo.

A Ian le daba lástima, pero se dijo que no sería justo engañarla.

—Aun así, su presencia aquí es importante —le dijo en un tono más amable—. Considérelo como… defender el fuerte hasta que llegue la caballería. ¿Cree que podría hacerlo?

Aquello pareció animar un poco a la joven, que se apresuró a asentir con la cabeza.

—Bien. Em… —murmuró Ian, echándole un vistazo al currículum que Holly le había dejado sobre la mesa—. Según leo aquí, cursó usted estudios superiores en la universidad de… Belmont.

La joven asintió.

—La verdad es que no me suena —admitió Ian.

—Es una pequeña universidad de Arizona.

Arizona… Ya le había parecido por su acento que no era de Georgia.

—Ya veo. ¿Ha trabajado antes en un puesto similar a éste,

señorita O'Brien?

—Katie —le dijo ella—. Preferiría que me llamara Katie.

—Como quiera. ¿Tiene experiencia en un puesto similar, Katie?

—No —balbució ella, aunque inmediatamente prosiguió en el mismo tono ansioso que había empleado en la antesala—, pero como le he dicho aprendo rápido, y además tengo un buen nivel de ofimática, y me gusta archivar, y…

—¿Le *gusta* archivar? —repitió él, riéndose divertido entre dientes.

Los ojos verdes de la joven relampaguearon.

—¿Tiene algo de malo disfrutar con el trabajo? —le espetó ofendida.

—No, por supuesto que no —respondió él, contrariado por su reacción.

¿De dónde había surgido aquel repentino antagonismo?

—Soy capaz de trabajar tan duramente como cualquiera. Lo único que le estoy pidiendo es una oportunidad, pero si no va a dármela, yo… —se puso de pie y agarró su bolso—. Supongo que esta entrevista ha sido una pérdida de tiempo para usted y para mí.

—¡Espere!

La profunda voz de Ian reverberó en la sala, deteniendo a la joven, que estaba girándose en ese momento en dirección a la puerta. Al cabo de un instante volvió lentamente la cabeza, y lo miró por encima del hombro con una ceja enarcada, como diciéndole: «¿se *atreve* a levantarme la voz?». Igual que las burbujas de champán desaparecen al alcanzar la superficie de la copa, así parecía haberse desvanecido su ingenuidad. Aquella joven tenía espíritu, se dijo.

Se levantó de su sillón de cuero.

—Discúlpeme si la he ofendido, señorita O'Brien… Katie. Por favor, no se marche.

Girándose despacio, sus ojos verdes lo observaron cautelosos bajo aquellas espesas y oscuras pestañas que contrastaban con su cabello pelirrojo.

—No es que no tenga otras ofertas entre las que elegir —le dijo con altivez, como queriendo aclarar que no estaba desesperada—. Puedo ser lo que me proponga —añadió volviendo a su asiento.

Ian se quedó mirándola, intrigado por sus palabras. ¿«Puedo *ser* lo que me proponga»?

—Estoy convencido de ello —contestó, volviendo a sentarse también—. Infravalorarla no era mi intención, se lo aseguro. Además, como le he dicho, la tarea que desempeñará estas dos

semanas es muy importante. Como secretaria de dirección su misión será mantener los engranajes rodando hasta que reemplazo definitivo. Entre otras cosas tendrá que contestar al teléfono, responder mi correo electrónico, gestionar mis citas, mantener los archivos en orden, y acompañarme a las reuniones para tomar notas. Si como me ha dicho se siente capacitada para ello, el puesto es suyo.

—Puedo hacerlo —respondió ella, mirándolo de una manera solemne.

—Bien. Entonces comenzará mañana por la mañana. Hoy tengo que encargarme de unos asuntos familiares, y no me parece justo dejarla sola en su primer día, pero en la mesa de Gloria encontrará una carpeta que preparó con notas e instrucciones detalladas para la persona que la reemplazara. Quizá quiera llevársela a casa para echarle un vistazo.

—Estupendo —respondió ella, con una sonrisa radiante.

Ian nunca había conocido a nadie con tanto entusiasmo.

La misma joven pelirroja estaba acurrucada esa tarde en el sofá de un pequeño apartamento en el centro de Savannah, con una taza de café en una mano y la carpeta que se había llevado de Danforth & Danforth abierta sobre su regazo. Había almorzado hacía unos minutos, después de regresar de unos cuantos recados, y acababa de sentarse a estudiar el dosier que le había dejado la anterior secretaria. «Adiós, Katherine Fortune», murmuró para sus adentros con una sonrisa traviesa, «a partir de hoy seré Katie O'Brien».

Escaparse de casa había sido una decisión que había tomado impulsivamente, y no podía negar que la idea de arreglárselas sola la asustaba un poco, pero también resultaba emocionante. No podía usar las tarjetas de crédito de su padre, ni su talonario, ya que su familia inmediatamente daría con ella y la obligaría a volver, así que esos tres días había estado manejándose con el dinero en efectivo que tenía en el monedero al salir de casa.

Hacía una semana, una antigua compañera de universidad, Katie O'Brien, que siempre había tenido ganas de visitar la vieja Europa, la había llamado entusiasmada, contándole que había conseguido un trabajo en Londres y que estaría allí un año entero.

En el campus todo el mundo tenía a Katie por una bromista y una cabeza loca, pero Katherine siempre la había admirado por su intrepidez y su carácter independiente. Nada más terminar la universidad se había ido a Savannah, Georgia, donde le había salido

un trabajo, y se había comprado allí un pequeño apartamento.

Ese día, cuando hablaron por teléfono, Katherine le dijo lo mucho que la envidiaba, y que a ella le gustaría poder escapar de su jaula dorada y hacer su vida, y Katie le propuso algo que en aquel momento le sonó totalmente descabellado:

—¿Y por qué no lo haces?, ¿por qué no te escapas de casa? Podrías hacerte pasar por mí.

—¿Hacerme pasar por ti? —repitió ella sin comprender.

—¿Por qué no? Todo el mundo dice que nos parecemos muchísimo —contestó Katie—, que podríamos pasar por gemelas si no fuera porque yo soy pelirroja y tú morena… pero eso podría arreglarse con un buen tinte —añadió en un tono conspirador—. Además, en Londres no necesitaré mi permiso de conducir, ni el resto de mi documentación, aparte de mi pasaporte, y podrías venirte a mi apartamento, aquí en Savannah. A lo mejor podrías encontrar algún empleo para empezar.

—No sé, Katie. Es una locura.

—¿Y qué? —se rió su amiga—. Quien nunca hace una locura, nunca hará nada interesante —sentenció.

—Pero es que me sabría mal aprovecharme de ese modo, yéndome a vivir a tu apartamento… aunque sólo fuese algo temporal. Bueno, tal vez podría pagarte un alquiler cuando consiga un empleo.

—No seas boba —replicó Katie—. Bastará con que no te pongan una multa por conducir por encima del límite de velocidad permitido y con que no te metas en líos mientras eres yo —añadió con humor.

Y así, ella, Katherine Fortune, hija de un millonario del sector de la construcción, se había teñido de pelirroja, se había hecho la permanente para imitar los rizos de su amiga, se había comprado unas gafas parecidas, de montura metálica, pero con cristales sin graduación… y se había convertido en Katie O'Brien.

Había sido tan sencillo que casi no podía creer-lo. Lo que no le había resultado tan fácil había sido encontrar un trabajo. En la mitad de las entrevistas a las que había acudido le habían dicho que su titulación excedía lo que exigían, o que no tenía la experiencia necesaria, pero, ¿cómo iba a conseguir experiencia si nadie le daba una oportunidad? ¡Resultaba tan frustrante!

Fue el encargado de una tienda quien le sugirió que acudiese a una empresa de trabajo temporal, y Katherine había decidido probar suerte. Y en lo que no podía calificarse de otro modo más que como un golpe de suerte, Execu-Temps, la empresa temporal a

la que se había apuntado, la había llamado al día siguiente para decirle que una compañía importadora de café necesitaba una secretaria de dirección.

Los comienzos no estaban siendo nada malos, desde luego. ¡Dios, era una sensación tan estupenda tener un trabajo! Y sería aún mejor cuando recibiese su primer cheque a finales de esa semana, como le había prometido la empresa de trabajo temporal. Entre tanto podría apañárselas. Podría ahorrar en transporte ya que el edificio de Danforth & Danforth no estaba lejos de allí, y no tendría problemas en comer frugalmente unos días.

De pronto sonó el teléfono, sacándola de sus pensamientos. El corazón le dio un vuelco. ¿Y si contestaba y quien llamaba era su padre, o uno de sus hermanos? Por un momento tuvo la ridícula idea de fingir una voz distinta, pero estaba segura de que no conseguiría engañarlos. El teléfono seguía sonando. No podía ser su familia, se dijo, era imposible que supieran dónde estaba. ¿O no?

Inspirando profundamente, descolgó el teléfono.

—¿Diga? —inquirió, tragando saliva.

—Querría hablar con la señorita Katie O'Brien, por favor.

Katherine respiró aliviada al escuchar su nombre falso, aunque al reconocer la voz del apuesto ejecutivo que la había entrevistado esa mañana un curioso cosquilleo le invadió el estómago. Su mente conjuró al instante sus ojos castaños y sus atractivos rasgos.

—Soy yo —respondió casi sin aliento.

—Hola, Katie, soy Ian Danforth. Nos olvidamos de informar a su empresa de que puede que tenga que trabajar el fin de semana además de entre semana. ¿Le supondría eso un problema?

Katie frunció el ceño. ¿Trabajar siete días a la semana? ¿Eso no era ilegal? Quizá aquel tipo era de los que se aprovechaban de la inexperiencia de la gente joven, pensó.

—Bueno, la verdad es que en la empresa de trabajo temporal me dijeron que el salario que se me pagaría sería el mínimo —balbució —. ¿Se me pagarían esas horas extras?

—Por supuesto —le aseguró Ian Danforth—, por eso no tiene que preocuparse. Siempre compensamos debidamente a nuestros empleados cuando hacen horas extra.

Pero, ¿no era ella, al menos técnicamente, una empleada de la empresa temporal, y no de Danforth & Danforth, que sólo la había subcontratado? Decidió que lo mejor sería dejarlo correr. Después de todo aquel era su primer empleo, y si sobrevivía esa semana o dos trabajando para el magnate cafetero, quizá la experiencia la ayudara a encontrar otro puesto en una empresa mayor, donde

resultaría aún más anónima y a su familia le sería más difícil encontrarla.

—De acuerdo —claudicó finalmente.

—Bien.

Al ver que él no parecía tener nada más que decir, Katherine inquirió:

—¿Quería alguna otra cosa, señor Danforth?

—No. No, eso era todo —contestó él.

—Hasta mañana a las ocho, entonces —le dijo Katherine en un tono lo más seco y profesional posible.

—Sí, claro —contestó Ian vacilante.

Katherine se preguntó si no se habría pasado un poco. Sin querer le había salido un tono un tanto imperioso, que le recordaba al que había oído emplear tantas veces a su abuela con los sirvientes. Contrajo el rostro disgustada, tanto porque nunca había querido ser esa clase de persona que se comportaba como si estuviese por encima de los demás, como por el temor a despertar sospechas en su jefe.

—Bueno, la dejo que descanse —continuó Ian—. Mañana será un largo día para usted, con todo lo que hay por hacer. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió ella, y él colgó el teléfono.

Tendría que tener mucho cuidado para no levantar sospechas. ¡Ansiaba tanto que aquello saliera bien, poder demostrarle a su familia que era capaz de arreglárselas sola! Quería poder decidir, en vez de dejar que decidieran por ella, como había intentado hacer su madre, que quería que empezara a pensar en el matrimonio a pesar de que sólo tenía veintidós años.

De hecho, más de un pretendiente había ido a visitar a su padre, Tyler Fortune, para pedirle permiso para cortejarla. Eran hombres educados, de buena familia, alguno incluso agradable… sólo había un problema: ella no sentía nada por ninguno de ellos, y si algo tenía claro era que si un día llegaba a casarse, sería por amor.

Capítulo Dos

—Esto no es un parque de atracciones, señorita O'Brien.

Katherine bajó un pie al suelo e hizo que la silla dejara de girar. Había llegado un poco antes de las ocho y su jefe todavía no había aparecido, así que había estado curioseando un poco, y justo cuando entró por la puerta estaba haciendo el tonto, dando vueltas en la silla.

Se puso de pie al instante, sintiéndose todavía un poco mareada.

—Lo… lo siento —balbució azorada—. Estaba… estaba comprobando… Bueno, me pareció que la silla no giraba bien —dijo con el mayor decoro posible.

—Pues ya ve que sí —respondió él con aspereza.

—Sí, sí, eso parece —contestó ella, carraspeando incómoda.

—¿Está lista para empezar a trabajar? —inquirió él, sin el asomo siquiera de una sonrisa.

—Sí —se apresuró a responder Katherine—, por supuesto.

—Bien. Comience por imprimirme la agenda para el día de hoy; tráigame la carpeta que tiene información de Barnes Ltd., el nuevo proveedor con el que tengo una entrevista la semana que viene; y prepare café. En aquel armario encontrará todo lo necesario. Yo lo tomo solo.

—La agenda, la carpeta, y café —repitió Katherine, memorizando sus instrucciones, mientras asentía—. Enseguida, señor.

Cuando su jefe hubo desaparecido tras la puerta de su despacho, apretó el botón de encendido del ordenador. Estaba familiarizada con los ordenadores porque había tenido que usarlos para sus trabajos en la universidad, pero cuando se sentó y empezó a intentar acceder a las distintas carpetas, todas requerían una clave. No recordaba haber leído nada sobre claves de acceso en los papeles que había estado hojeando el día anterior. Empezó a buscar por todos los cajones del escritorio, pero no encontraba nada que pudiera ayudarla.

Justo en ese momento sonó el teléfono. Katherine se irguió en el asiento y sonrió entusiasmada. ¡Su primera llamada! Se apresuró a contestar.

—Danforth & Danforth, buenos días —dijo en un tono lo más

profesional posible—. Habla usted con la secretaria de Ian Danforth, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy Ian Danforth, y me gustaría saber si tiene intención de traerme lo que le he pedido antes de que anochezca, señorita O'Brien.

Katherine se sonrojó, cerró los ojos y apretó los dientes contando hasta diez.

—Estoy teniendo un pequeño problema para abrir la carpeta del calendario —admitió irritada—, pero se la llevaré dentro de un par de minutos —y le colgó.

Resoplando, volvió la vista a la pantalla, y empezó a teclear series de números y letras, pero probara lo que probara siempre le salía un mensaje de «acceso denegado».

—En el tercer cajón, dentro del listín de teléfonos.

Katherine alzó la vista sobresaltada.

Ian Danforth estaba apoyado en el marco de la puerta de su despacho, con los brazos cruzados. Se había quitado la chaqueta, y la camisa remangada dejaba a la vista sus musculosos antebrazos.

—Gloria dejó la ficha con las claves dentro del listín de teléfonos que hay en el tercer cajón —repitió.

Katherine recordó entonces haber leído de pasada algo sobre una tarjeta y un listín. Claro que había tanta información en aquella carpeta que se había llevado al apartamento el día anterior, que no podía esperarse que lo recordara todo.

Ian se acercó a su mesa.

—No importa, déjeme a mí. Sólo necesito saber si tengo alguna cita importante a primera hora —farfulló extendiendo el brazo por encima de su hombro hacia el teclado.

—No, espere, lo haré yo —insistió ella, apartando su mano.

Abrió el tercer cajón, pero antes de que pudiera sacar el listín telefónico él la empujó a un lado, haciendo rodar la silla, con un resoplido impaciente.

—Deje eso para luego —gruñó—. Sé cuál es la clave, y no puedo esperar todo el día a que usted se aclare.

Katherine sintió que le hervía la sangre. Se levantó del asiento como un resorte, apartó su brazo del teclado empujándolo con un golpe de la cadera, e interponiéndose entre él y el ordenador.

—¡Éste es *mi* trabajo y lo haré yo! —le dijo muy enfadada, girando sobre los talones y mirándolo desafiante.

Ian dio un paso atrás con el ceño fruncido. A pesar de que le pasaba casi dos cabezas, que era puro músculo, y que sus ojos castaños estaban echando chispas en ese momento, Katherine no se

amilanó. Igual que no iba a dejar que su familia siguiera mandando en su vida, tampoco iba a consentir que aquel hombre la tratara como si fuera una inútil.

—Vuelva a su mesa —le dijo—. Le llevaré el café junto con su agenda del día y esa carpeta en diez minutos. ¿Cree que podrá esperar ese tiempo?

Por suerte para ella, su jefe parecía más intrigado que enfadado por su arrojo, y sin decir una palabra regresó a su despacho.

Katherine, que había estado conteniendo el aliento, suspiró aliviada. ¿Cómo se le había ocurrido hablarle a su jefe en ese tono? Al fin y al cabo no era más que una empleada temporal, podía despedirla en menos que cantaba un gallo si lo irritaba. ¿Y qué sería de ella entonces? La empresa de trabajo temporal podría negarse a buscarle otro empleo si la echaban de ese primero que le habían conseguido.

Claro que era una cuestión de orgullo; no estaba dispuesta a consentir que nadie la pisoteara.

«El café…», se recordó. A ella tampoco le iría mal una taza. Esa mañana, con las prisas por llegar temprano no había desayunado, aunque había visto al llegar una cafetería-restaurante en la primera planta. Encontró en el armario un recipiente de latón con café molido de la marca D&D, una cafetera eléctrica, y una cuchara medidora. Tomó una jarra para llenarla de agua en el contenedor-dispensador que había en el rincón y en unos segundos la cafetera estaba funcionando y un delicioso aroma invadía la habitación. Estuvo a punto de servirse una taza antes de llevarle la suya a su jefe, pero se dijo que sería mejor no tentar su suerte.

Mientras el café acababa de hacerse, sacó el listín del tercer cajón, encontró la tarjeta con las claves como él le había dicho, tecleó la correspondiente, y ante sus ojos apareció el calendario del mes, pinchó con el ratón en la casilla de la fecha de ese día, y en el menú desplegable hizo clic en «imprimir». «Ya está», se dijo sonriendo satisfecha, mientras la impresora se ponía en marcha. Se giró en el asiento hacia el mueble archivador, buscó la carpeta de Barnes Ltd., y la sacó. Después tomó la hoja impresa, sirvió una taza del humeante café, y se dirigió al despacho de su jefe.

Cuando entró, lo encontró frente al amplio ventanal, con las manos entrelazadas tras la espalda. La vista era espectacular, con las limpias aguas del río Savannah y la mezcla de edificios históricos y modernos del centro de la ciudad.

—Es precioso —murmuró Katherine, dejando en su escritorio el café, la carpeta y la hoja impresa con la agenda del día.

Ian se volvió hacia ella.

—Sí, sí que lo es, y más en esta época—dijo—. Me encanta la primavera, es mi estación preferida del año. ¿Qué tiempo hace en Arizona por estas fechas?

—Calor —respondió ella—. En Arizona ya es verano en el mes de mayo.

—¿Tan pronto? —inquirió él dirigiéndose a su mesa y tomando la hoja de la agenda del día—. Bueno, aun así supongo que el calor seco del desierto debe ser más soportable que el calor húmedo que tenemos aquí en Savannah.

—Supongo que sí —contestó ella—. Bueno, vuelvo a mi mesa. En sus notas de Gloria dejó indicado que había unos documentos en una caja para ser archivados por quien la reemplazara.

—Eso puede esperar —le dijo él—. ¿No quiere usted café?

—Bueno, pensé que esperaría a después para tomarme uno.

Ian empezó a leer la hoja impresa.

—Pues vamos a tener una mañana ajetreada, así que si quiere tomarlo tendrá que ser ahora. Ande, vaya por él y traiga su libreta y un bolígrafo.

Katherine volvió a la antesala y encontró en el armario una taza verde clara con un dibujo de flores de cerezo. Se sirvió café en ella, para después añadir edulcorante, y nata baja en calorías de la neverita que había en la parte inferior del armario.

Cuando volvió a entrar en el despacho de su jefe, éste estaba hojeando los contenidos de la carpeta que le había llevado, y no levantó la vista. Katherine tomó asiento, con la libreta en las rodillas, y tomó un sorbo de café esperando sus instrucciones.

—Lo ha echado a perder, ¿verdad? —murmuró Ian, sin levantar la vista de los papeles que estaba leyendo.

La mano de Katherine se detuvo, dejando la taza a unos centímetros de sus labios.

—¿Perdón?

—Ha estropeado la mejor mezcla de D&D poniéndole productos químicos. Podría distinguir el olor de ese mejunje a tres kilómetros.

—Me gusta así —replicó ella—. Además, la nata baja en calorías y el edulcorante estaban en el armario.

—Están ahí para que las personas a las que recibo puedan elegir, pero que una empleada… mi propia secretaria… cometa ese crimen con nuestro café… —farfulló Ian sacudiendo la cabeza en un gesto desaprobador.

Katherine se irguió en el asiento, y tomó otro sorbo de su taza.

—¿Acaso sus empleados tienen que comer y beber lo que usted

diga?

Ian levantó la cabeza y enarcó una ceja.

—Sólo pretendo educar su paladar, señorita O’Brien.

—Katie —le recordó ella, tomando otro sorbo con la satisfacción de saber que estaba provocando al señor «ordeno y mando»—. La verdad es que no está mal este café.

Él, que estaba bebiendo de su taza en ese momento, empezó a toser como si estuviese ahogándose.

—¿Que no está mal? —repitió indignado, poniéndose rojo—. ¿Es eso todo lo que tiene que decir de nuestro café?

—Bueno, es la verdad, no está mal: tiene mucho cuerpo, un aroma intenso… pero los he tomado mejores.

—¡Lo dudo! —casi rugió él—. Sólo importamos granos de Colombia de la mayor calidad, y el proceso de tueste es un secreto que sólo conocen los gerentes de nuestras plantas.

—¿En serio? —inquirió ella con un aire indiferente, que sólo lo irritó aún más.

—Sí, y si no le hubiera echado esas porquerías, sería capaz de diferenciar entre un café mediocre y uno excelente. Pero por lo que veo no tiene ni idea.

Katherine había tenido suficiente. Soltó la taza de café sobre la mesa, depositó al lado la libreta y el bolígrafo, y se puso de pie.

—¿Adónde va? —inquirió Ian, frunciendo el ceño.

—Me marcho. Vuelvo a mi empresa temporal a pedirles que me busquen otro empleo. Las condiciones de trabajo aquí son intolerables.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de que pudiera llegar a ella, Ian, que se había levantado de su mesa, se adelantó y se interpuso, cortándole el paso.

—¿Qué diablos significa eso?

—Significa, señor Danforth —le dijo ella mirándolo a los ojos—, que hay una línea que separa lo que es razonable que un jefe le exija a sus empleados, y el interferir en su vida.

—Sólo estaba sugiriendo…

—No es verdad —le espetó ella, cortándolo y sintiendo que le ardían las mejillas—. Estaba diciéndome cómo tengo que tomar el café. No se mencionaba eso en los requisitos que se exigían para este puesto.

—Oh, por amor de Dios… —farfulló Ian con fastidio.

—¡No me trate como si fuera una histérica! —le dijo Katherine, que estaba exasperándose más y más por momentos—. ¡Ha sido usted el que ha empezado a meterse conmigo porque me gusta

ponerle edulcorante y nata baja en calorías al café!

Sin embargo, aun exaltada como estaba, Katherine no pudo dejar de advertir lo cerca que estaba de ella, ni que en algún punto, sin que ella se hubiera dado cuenta, la había agarrado de la muñeca. Intentó apartar aquello de su mente, ya que su proximidad y el calor de su cuerpo sólo la ponían más nerviosa.

—Aunque yo sea una empleada y usted mi jefe —añadió tragando saliva—, debería… debería respetar mis gustos y mis elecciones personales.

—Muy bien, lo considero justo —contestó él—, pero, ¿podría hacerme un favor?

—¿Cuál? —inquirió ella, algo más calmada al ver que él había dado su brazo a torcer.

—Antes de juzgar nuestro café, al menos pruébelo mezclado con ingredientes de calidad, y luego dígame lo que piensa.

Aunque temblaba de sólo pensar lo que sería ponerle nata y azúcar de verdad al café si se acostumbraba, finalmente Katherine claudicó.

—De acuerdo —concedió—. Pero sólo por esta vez.

—Hecho.

Katherine se volvió para ir al escritorio por su taza, pero él alzó una mano para detenerla.

—Permítame hacerlo a mí —le dijo—, y así luego podrá decirme si el café que yo le sirva tiene comparación con ese mejunje que toma cada mañana.

«Arrogante…», pensó Katherine para sí. Lo siguió a la antesala, donde lo observó mientras sacaba una taza limpia, un cartón de nata líquida de la neverita, y el azucarero. Le sirvió una medida de café, y añadió un chorreoncillo de nata, y una cucharadita de azúcar antes de removerlo.

—Con un café tan fuerte como ése yo suelo ponerme tres cucharadas —le dijo Katherine.

—Pues es un error. Esta mezcla se hace a partir de un grano dulce, así que lo que hace al echarle tanto azúcar es matar el sabor —contestó él tendiéndole la taza—. Ahora pruébelo como haría con un vino: saboréelo.

Katherine tomó un pequeño sorbo y dejó que se asentara en las papilas gustativas de su lengua antes de deslizarse hacia la garganta. Tenía una textura sedosa, y un cierto toque… como especiado. Inspiró el vapor del café antes de tomar un segundo sorbo, y le pareció que había en él un aroma a nueces.

—Vaya —murmuró, tomando un tercer sorbo.

—¿Qué le parece ahora? —inquirió él, mirándola expectante.

—Es… es… bueno, la verdad es que está delicioso. No recuerdo haber probado un café igual —admitió ella admirada—. ¿Es éste el café que sirven en su cadena de cafeterías D&D?

—Es una de las mezclas que servimos —aclaró él—. Ésta es mi favorita.

—Y con razón —dijo ella, aspirando de nuevo el delicado aroma y tomando otro sorbo—. Le importa que me sirva un poco más? —inquirió cuando hubo apurado la taza.

Su jefe pareció muy contento.

—Por supuesto.

Hizo ademán de tomar la taza de sus manos, pero ella la apartó.

—No hace falta, gracias, ya lo haré yo. Y no se preocupe —le dijo con una sonrisa maliciosa—, no le mataré el sabor.

Ian la observó servirse la misma medida que él había puesto de café y nata, y sólo media cucharadita de azúcar.

—Bueno —dijo mientras ella se llevaba la taza a los labios—, creo que será mejor que empecemos a trabajar… si es que está dispuesta a quedarse y ser esclavizada bajo el látigo del dictador.

Katherine se sintió enrojecer.

—Yo no lo he llamado así.

—No, pero es lo que ha dado a entender —contestó él—. Pero haremos un trato: yo guardaré en un cajón el látigo de nueve colas si usted me promete que intentará no tomarse mis comentarios a la tremenda.

—Trato hecho —contestó ella, esbozando una sonrisita y tomando otro trago de café.

Verdaderamente estaba delicioso. Se preguntó cuántas tazas al día se considerarían una sobredosis de cafeína.

Capítulo Tres

En el momento en que entró en el club, la suave música y la tenue iluminación hicieron que la tensión que se le había acumulado a Ian en la espalda disminuyera notablemente. Aquel primer día con la secretaria temporal estaba siendo más agotador que tener que domar un potro salvaje.

Era un exclusivo club sólo para miembros al que su familia pertenecía desde hacía años. Paul, el maître, lo reconoció al instante y se adelantó a recibirlo.

—Buenas tardes, señor Danforth. Están esperándolo.

Lo condujo a la mesa donde estaban sentados conversando su padre, Abraham Danforth, y su directora de campaña, Nicola Granville. Ella estaba riéndose por algo que él acababa de decir, e Ian imaginó que seguramente su padre había hecho algún chiste a expensas de su adversario al senado, John van Gelder.

Y entonces, de improviso, y sin que pudiera evitarlo, le sobrevino aquella sensación de opresión en el pecho que experimentaba cada vez que veía a su padre, aquel hombre que era prácticamente un extraño para él, ya que sus ocupaciones y ambiciones personales lo habían mantenido alejado de sus hermanos y él durante su infancia y adolescencia.

Desde muy niño lo había atormentado la idea de no haber estado jamás a la altura de sus expectativas, y aunque lo quería y lo respetaba, era como si el distanciamiento que hubiera entre ellos fuera ya algo insalvable.

Abraham Danforth había colmado a sus hijos de todas las comodidades materiales, pero les había dado muy poco amor. Ian comprendía que el haber tenido que pasar mucho tiempo lejos de su hogar y su familia durante los años que había servido en el ejército, y después el dolor en que se había sumido por la muerte de su esposa, le habían hecho distanciarse de sus hijos, pero le costaba borrar el resentimiento que se había ido acumulando de niño en su interior por sus constantes ausencias y su falta de muestras de cariño.

Después de la muerte de su madre, los había matriculado a todos en internados, y habían sido su tío Harold y su tía Miranda quienes se habían ocupado de sus hermanos y de él durante las vacaciones,

y quienes prácticamente los habían criado.

Por eso jamás podría ver como su padre al hombre que estaba sentado en ese momento hablando con su directora de campaña. Era el veterano de guerra, el militar retirado, el implacable hombre de negocios…, pero no un padre. Y ahora se había lanzado a una aventura distinta: la política.

Nicola fue la primera en verlo, y le dirigió una sonrisa.

—En el menú del día está tu plato favorito —le dijo tendiéndole la mano, que él estrechó—: atún encebollado.

—Estupendo —respondió Ian—, así no tendré siquiera que mirar la carta.

Abraham saludó a su hijo con un breve asentimiento de cabeza y su habitual media sonrisa antes de que éste tomara asiento frente a ellos. Con la gente derrochaba simpatía y encanto personal, pero en el trato con sus hijos, en cambio, esa calidez brillaba por su ausencia.

—Me alegra que hayas podido hacer un hueco para venir, Ian —le dijo—. Bueno, y ahora que ya estamos todos, si os parece pediremos y así podremos pasar a los negocios.

—Claro —farfulló Ian, volviéndose hacia Nicola para que su padre no viera el dolor en su rostro—. ¿Cómo va la campaña?

—Oh, bien, va bien —respondió ella—. Ya hemos metido la quinta marcha como quien dice. Mañana tu padre va a grabar unos anuncios de televisión que empezarán a emitirse dentro de una semana o dos —añadió con los ojos brillantes.

—¿No es un poco pronto?

Ella negó con la cabeza.

—No podemos perder el tiempo, tenemos que darle un giro a la campaña. El eco que han tenido en los medios los últimos sucesos ha sido bastante negativo, y si pretendemos presentar a tu padre como «el honesto Abe II», un hombre en el que se puede confiar, tenemos que contraatacar.

—Pero mi padre no tiene culpa de ninguno de esos sucesos —replicó Ian.

—La cuestión no es si tengo culpa o no, Ian, sino cómo los periodistas pueden llegar a distorsionar la realidad hasta el punto de que afecte a mi candidatura de cara al público —intervino Abraham en un tono impaciente—. Anda, déjame echar un vistazo a esas cifras de la empresa que has traído y veamos si pueden servirnos de algo.

Ian sintió como si alguien hubiera tirado de su silla y hubiese caído al suelo. Cerró los ojos un instante.

—Diablos, me las he dejado en la oficina —masculló—. Lo siento, sé que querías que las discutiéramos durante el almuerzo, pero no sé cómo se me ha podido olvidar. Bueno, en realidad sí lo sé… tengo una secretaria nueva, una empleada temporal, y hoy es su primer día, y…

—Llámala y que te traiga esos papeles —lo interrumpió su padre —. A lo sumo tardará diez minutos en llegar aquí.

—Pero es que… —comenzó Ian inseguro.

Aquella chica era un terremoto, y no quería ni imaginar lo que podría ocurrir si iba allí.

—¿Hay algún problema en que venga? —inquirió su padre impaciente.

—No, claro que no —contestó Ian a regañadientes.

—Bueno, pues llámala.

Con el presentimiento de que aquello iba a ser un desastre, Ian sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de su despacho.

Diez minutos después de haber recibido la llamada de Ian, Katherine se bajaba de un taxi en la bulliciosa calle donde se encontraba el club. Tras pagar al taxista, entró en el local, y aunque había estado en sitios similares en su Arizona natal, no pudo menos de sentirse admirada de la sofisticación que rezumaba. Tan absorta estaba admirando la decoración, que sin darse cuenta pasó por delante del maître, que naturalmente la detuvo, poniéndose delante de ella y bloqueándole el paso.

—¿Puedo ayudarla en algo? —inquirió el hombre.

Si hubiera ido vestida con un traje de firma en vez de con una blusa blanca de algodón y una falda de poliéster, la habría dejado pasar. Probablemente incluso le habría sonreído y le habría hablado en un tono más amable.

Sin embargo, por el círculo social en el que se había movido hasta entonces, Katherine estaba acostumbrada a esa clase de esnobismo y no se arredró. Echando los hombros hacia atrás y levantando la barbilla, le lanzó una mirada de acero.

—Soy la secretaria del señor Ian Danforth. Me ha pedido que le traiga unos papeles.

El hombre alargó la mano hacia la carpeta de cuero, pero ella la apretó contra su pecho.

—Me indicó que se los entregara en persona —le dijo esbozando una sonrisa, a modo de fingida disculpa—. Es confidencial.

El maître frunció los labios, pero cedió.

—Por supuesto —farfulló—. La llevaré a su mesa.

Mientras lo seguía por el comedor, vio a Ian sentado al fondo con otras dos personas. El hombre, supuso por el parecido en sus rasgos con los de Ian, debía ser su padre. La mujer, bastante más joven que él, estaba vestida con un elegante traje de chaqueta y pantalón, y era ciertamente atractiva.

—Gracias, señorita O'Brien —le dijo Ian, levantándose y tendiendo la mano para que le entregara la carpeta antes siquiera de que hubiera llegado junto a la mesa.

Katherine se la entregó, y a pesar de que el maître estaba a su lado, esperando para conducirla de nuevo a la salida, lo ignoró y permaneció allí de pie, la boca hecha agua al ver los apetitosos entremeses que les habían servido.

—¿Necesita alguna otra cosa, ya que estoy aquí? —inquirió.

—No, eso es todo, gracias —respondió Ian sacudiendo la cabeza —. Puede volver a la oficina.

—Quizá no sería mala idea que se quedase para tomar notas, Ian —intervino su padre.

Ian pareció preocupado ante la sugerencia.

—Bueno, no creo que sea necesario; es una reunión informal, no…

—Oh, no sería ninguna molestia —le aseguró ella.

—Se lo agradeceríamos mucho —le dijo Abraham a Katherine. Se puso de pie y le tendió la mano—. Soy Abraham Danforth, el padre de Ian. Y ella es Nicola Granville, mi directora de campaña.

—Es un placer, señor Danforth —contestó Katherine estrechándole la mano con una sonrisa—. Señorita Granville — saludó a la mujer, estrechándole la mano también—. Si puedo serles de ayuda, estaré encantada de poder hacerlo.

—Siéntese, por favor —le dijo Abraham, señalándole la silla junto a la de Ian—. Ya puede retirarse, Paul, gracias.

El maître, para satisfacción de Katherine, se marchó con el rabo entre las piernas, y al poco de haberse sentado ella se acercó un camarero a llevarle la carta.

—La señorita no va a almorzar —le dijo Ian—. Sólo…

—Por supuesto que almorzará con nosotros —dijo Nicola en tono de reproche hacia Ian—. Después de que vamos a robarle su hora libre…

—Está bien —claudicó Ian—. Pida lo que quiera, señorita O'Brien.

A Katherine no le llevó nada elegir. Todos los platos de la carta

le sonaban muy apetecibles a su hambriento estómago.

—¿Tiene algo para escribir? —le preguntó Nicola cuando el camarero se hubo retirado.

—La verdad es que no —confesó Katherine—. No esperaba tener que tomar notas.

—No se preocupe —se agachó hacia el maletín que había en el suelo junto a su silla—. Tengo un cuaderno sin empezar, y bolígrafos más que de sobra —dijo, y le entregó un cuaderno y un bolígrafo que tenía el lema *Vota a Abraham Danforth*.

—Gracias —contestó Katherine, reprimiendo una sonrisilla.

Mientras tomaban los entremeses, el padre de Ian revisó los papeles que les había llevado, y después hablaron no sólo acerca de eso, sino también de los recientes acontecimientos que habían hecho estragos en la campaña y cuyo impacto había alcanzado a toda la familia. Pronto Katherine se encontró tan absorta en su conversación, que no sólo dejó de comer, sino también de tomar notas.

Ian, que llevaba toda la cena observándola por el rabillo del ojo, tuvo un mal presentimiento. Aunque sólo hacía un día que la conocía, ya había algo que había constatado sobre ella: cuando empezaban a girar los engranajes de su cerebro, podía echarse a temblar.

—Señorita O'Brien, ¿ha apuntado lo último que ha dicho mi padre? —le preguntó, sabiendo que no lo había hecho.

—Eh… no, lo siento —balbució ella, agarrando su bolígrafo y el cuaderno. Sin embargo, no pudo reprimirse—. Es que… bueno, todo esto me parece tan increíble. Quiero decir que… madre mía, eso de que encontraran el cuerpo de esa pobre chica en el ático, y luego lo de la bomba que explotó en el mismo edificio en el que yo estoy trabajando ahora… —murmuró sacudiendo la cabeza—. ¿Y de verdad no tienen aún ninguna pista de quién pueda estar detrás de esas amenazas que ha estado recibiendo por correo electrónico, senador?

Tanto Nicola como su padre sonrieron divertidos al oír cómo le daba aquel título prematuro, así que Ian lo dejó correr.

—Bueno, como ve no hemos tenido lo que se dice un inicio de campaña muy boyante —intervino Nicola con una media sonrisa.

—No, la verdad es que no puede decirse que sea muy boyante —asintió Katherine.

Ian se dijo que tenía que hacer que se callara antes de que metiera la pata hasta el fondo. A pesar de que su padre se había mostrado amable y cordial con ella, no le gustaba que los extraños

opinaran sobre sus asuntos y los asuntos concernientes a la familia. Sin embargo, el sutil puntapié que le dio por debajo de la mesa no la detuvo.

—Es terrible, y encima los medios de comunicación tienen que estar haciendo su agosto con todo esto.

Ian contuvo el aliento, esperándose lo peor, porque el temperamento de su padre era legendario entre los que lo conocían.

Abraham, sin embargo, tras observar a la joven un largo instante, se rió entre dientes y sacudió la cabeza.

—Ha dado usted en el clavo, querida. A menos que encontremos el modo de darle la vuelta a la situación, esos buitres carroñeros acabarán con mi campaña.

Katherine tomó un sorbo de vino.

—Tal vez ya sea tarde para eso —dijo pensativa—; quizá deberían tomar medidas más drásticas.

Ian carraspeó.

—Katie, me parece que no comprende usted la complejidad de…

—No, deja que se explique Ian —lo interrumpió su padre, poniéndole una mano en el brazo—. Siga, querida.

—Bueno, lo que quiero decir es que es muy difícil que consigan poner a su favor unos hechos que los medios han empleado en su contra, así que la única solución que les queda sería una maniobra de distracción.

—¿De distracción? —repitió Abraham, frunciendo el ceño.

Ian estaba empezando a perder el apetito, preguntándose qué se le habría ocurrido, pero Katherine sonrió.

—Sólo tendría que darles a los medios una historia mejor, algo que distraiga su atención.

Nicola asintió lentamente con la cabeza, entre admirada y sorprendida de que no se les hubiese ocurrido antes.

—Tiene razón —dijo—. Cuando surge una noticia jugosa, las que antes habían ocupado la primera plana pasan a un segundo plano y acaban por olvidarse.

Abraham asintió también con la cabeza y miró a Katherine.

—¿Y tiene usted alguna idea concreta sobre qué clase de historia podría distraer su atención?

Un leve rubor tiñó las mejillas de la joven.

—Bueno, tendría que pensarlo. En fin… después de todo sólo estoy aquí para tomar notas.

¡Por amor de Dios!, pensó Ian con incredulidad. Aquella mujer tenía doble personalidad. Hacía un instante parecía haberse erigido en consejera del patriarca de la familia, y de repente volvía a ser

una tímida secretaria.

Su padre, sin embargo, estaba observándola con una sonrisa divertida.

—Gracias por su idea de todos modos, señorita O'Brien.

Ian puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Debo decir que ha dado la campanada durante el almuerzo —farfulló Ian mientras Katherine y él regresaban a la oficina dando un paseo.

—¿A qué se refiere? —inquirió ella nerviosa.

Había advertido su irritación mientras hablaba con su padre y la señorita Granville, pero le había parecido descortés por su parte negarse a la petición de su padre de que se quedara a tomar notas.

—Me refiero… —contestó Ian, poniendo énfasis en cada sílaba— … a que puedo contar con los dedos de una mano las personas que han logrado ganarse a mi padre en el primer encuentro, y todavía me quedarían dedos.

—Oh, por favor, si yo no…

Ian soltó una risa seca.

—Ya. Ahora irá a decirme que no se ha dado cuenta de que cada vez que sonreía, él se derretía más rápido que un cubito de hielo en la acera en pleno mes de julio.

—Sólo le hice un par de sugerencias —dijo Katherine encogiéndose de hombros—, eso es todo. De hecho, yo diría que es la señorita Granville quien lo tiene encandilado.

—¿Nicola? —resopló Ian—. Pero si es su…

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió ella—, su directora de campaña. Pero, ¿no ha notado… no sé, una especie de atracción entre ellos?

—¡Por supuesto que no! —exclamó él, como espantado con la sola idea.

—¿Ni siquiera un poco?

—Mire, Katie, eso es completamente absurdo —contestó él—. Nicola es una mujer muy profesional. Nunca mezclaría el amor con los negocios. Y mi padre es un hombre que vive por y para los retos. Jamás malgastaría su tiempo y sus energías pensando en mujeres, se lo aseguro. Nada lo distrae cuando tiene un objetivo.

—Puede, pero los dos son humanos. Nadie es inmune al amor.

—No sabe de lo que habla —gruñó él—. ¿Nicola y mi padre…? Es completamente absurdo.

Katherine lo miró de reojo, reprimiendo una sonrisilla ante su tozudez, y no pudo evitar admirarse una vez más de su atlético

físico. Le recordaba un poco a una foto de juventud de su padre que su madre le había enseñado en una ocasión. Era una foto de sus años de universitario, de la época en la que había formado parte del equipo de atletismo. Lo había dejado por una lesión, y al poco tiempo había conocido a su madre. Se enamoraron, se casaron, y él le construyó una casa frente a unas colinas sagradas para los indios.

En esas mismas colinas, le había contado su madre de niña, sobre una cueva, un lugar místico donde, antes de que el hombre blanco pisara el continente, los enamorados iban a jurarse amor eterno y los dioses unían sus almas, convirtiéndolas en una sola. Seguramente no era más que una leyenda, pero siempre le había parecido una historia muy romántica.

Se preguntó si Ian, el serio ejecutivo, tendría si quiera un ápice de romanticismo.

—Pues si tiene razón, es una lástima —dijo, retomando la conversación—. A mí me parece que hacen muy buena pareja.

—Deje los romances para las novelas rosas, Katie —contestó Ian sin mirarla—. El motivo por el que ha almorzado con nosotros era que tomase notas de lo que discutiésemos, no para hacer cábalas amorosas. Cuando lleguemos a la oficina quiero que las pase al ordenador, que las imprima y me las pase después para repasarlas en casa esta noche.

Katherine asintió sin prestarle mucha atención.

—Se parece a él, ¿sabe? A su padre.

Ian se quedó callado, y Katherine se preguntó si el comentario lo habría molestado, pero al cabo de un instante giró la cabeza hacia ella y le sorprendió ver que la expresión en su rostro se había suavizado.

—¿Usted cree?

—Sí. En los ojos, y en la forma de la mandíbula y los pómulos. Y en algunos gestos también.

Ian se rió.

—¿Algunos gestos, dice? Pues no sé cómo pudieron pegárseme: de niño lo veía aún menos que ahora. Era militar, y siempre lo destinaban lejos de casa. Prácticamente fueron nuestros tíos quienes nos criaron a mis hermanos, mi hermana, y a mí. Después de que nuestra madre muriera nos matriculó a todos en internados, y las vacaciones las pasábamos casi siempre con mis tíos.

—Lo siento —murmuró Katherine—. Debió ser duro.

—Es algo que ya pertenece al pasado —contestó él, encogiéndose de hombros.

Pero a ella no le pasó desapercibido cómo la tristeza invadió sus

facciones. ¿De verdad había dejado atrás ese resentimiento? Tenía la sensación de que no era así.

Capítulo Cuatro

Maldiciendo entre dientes, Ian colgó el teléfono, y apretó el botón del interfono.

—Katie, venga a mi despacho.

—Enseguida.

Se levantó y fue junto al ventanal, observando la bulliciosa actividad del distrito histórico de Savannah. Era la segunda semana de la secretaria temporal en el puesto, y el departamento de selección de personal todavía no había dado con la persona adecuada para ocuparlo indefinidamente. Ian había entrevistado a las tres empleadas que Holly le había propuesto, pero ninguna lo había convencido, y estaba empezando a preguntarse si no estaría viendo en cada nueva candidata faltas que no existían. Sería irónico que su subconsciente lo estuviera traicionando cuando estaba completamente seguro de que tenía que deshacerse de Katie O'Brien como fuera.

La joven pelirroja estaba poniendo su mundo patas arriba. Para empezar, había algo en ella que hacía que le costase horrores concentrarse en el trabajo. No sabía si era el ligero pero sensual contoneo de sus caderas al andar; la postura tan recta en la que se sentaba, que hacía que los ojos se le fuesen hacia esos pequeños pero erguidos senos; o el modo en que se lamía los labios mientras tomaba notas, pero lo cierto era que su presencia hacía que fuese incapaz de concentrarse.

—¿Me llamaba, señor?

La voz de Katherine lo sacó de sus pensamientos. Se giró sobre los talones y la encontró de pie junto a la puerta, mirándolo expectante.

—¿He metido la pata con algo? —inquirió preocupada, al verlo tan serio.

—No tiene nada que ver con usted, Katie… esta vez —contestó él, cerrando los ojos y apretándose el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

Katherine dejó escapar un suspiro de alivio.

—Menos mal.

A Ian lo escamó ese suspiro, y cuando la miró, se encontró con una expresión en su rostro similar a la de un niño que ha cometido

una travesura y aún no ha sido descubierto. Se preguntó de qué se trataría. Tres días atrás había cambiado de sitio todos los muebles de su despacho. Cuando le había preguntado por qué había hecho eso, le había contestado que esa disposición era mucho más favorable según los principios del Feng Shui. Y el día anterior le había llevado una tostada de pan integral untada con queso bajo en calorías en vez del cruasán con mermelada que solía tomar con el café de media mañana. Menos engordante, le había dicho. ¡Como si lo que él comiera o dejara de comer fuera asunto suyo!

—¿Por qué me llamaba entonces? —inquirió Katherine.

—La he llamado porque creo que hay algo en lo que podría ayudarme.

—¿De veras?

Ian contrajo el rostro ante su repentino entusiasmo. En los últimos días había estado evitando encargarle nada de especial importancia, porque había constatado que emprendía cada tarea con una creatividad que en ocasiones resultaba peligrosa.

—Em… sí, siéntese.

Le señaló la silla que había frente a su mesa y, sin que pudiera evitarlo, sus ojos se fijaron en sus piernas mientras avanzaba. No era muy alta, pero daba la impresión de tener más estatura de la que tenía, por lo increíblemente largas que eran sus piernas. Apartó la vista, intentando alejar esos pensamientos de su mente.

—Verá —comenzó—, la verdad es que estoy en un aprieto.

—¿Un aprieto?

—Sí. Esta noche, en Twin Oaks, el club de campo al que pertenece mi padre, se celebra una cena para recaudar fondos para una asociación de ayuda a los necesitados. El caso es que mi asistencia… bueno, la de toda la familia, es esencial para la campaña de mi padre. Nicola ha pensado que a su imagen le iría bien una muestra pública de solidaridad.

—¿Y? —inquirió ella, cruzando las piernas. A Ian el corazón le dio un vuelco.

—Bueno, pues… —comenzó de nuevo. Se aclaró la garganta y se giró hacia el ventanal para no distraerse de nuevo con la visión de esas piernas larguísimas, pero de pronto se notó la frente perlada de sudor—. En fin, la cuestión es que mi acompañante acaba de llamarme para decirme que no va a poder ir.

La joven se quedó en silencio tanto rato, que finalmente Ian no tuvo más remedio que volverse hacia ella. Katherine estaba mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Está pidiéndome que vaya con usted?, ¿que sea su

acompañante?

—Bueno, supongo que ésa es la idea —contestó Ian con una risa nerviosa.

Katherine entornó los ojos, y su jefe intuyó que se avecinaba una tormenta.

—En esa cena… ¿los asistentes tienen que ir vestidos de manera formal?

—Eh… sí, imagino que sí.

Katherine frunció los labios.

—¿Y usted llevará…?

—Un esmoquin —contestó él impacientándose—. Escuche, ¿va a acompañarme o no? —e inmediatamente se dio un capón mental por su brusquedad—. Diga que sí, Katie. Habrá comida —añadió intentando disipar la tensión.

Katherine se puso de pie y avanzó hacia el ventanal, quedándose a unos pasos de él con los brazos cruzados.

—Con todos mis respetos, señor Danforth, tiene usted una cara impresionante.

Ian dio un paso atrás, tambaleándose ligeramente.

—¿Que… que yo…? ¡Ni que la hubiera invitado a un motel de carretera! ¡Sólo le he preguntado si podría acompañarme a una cena benéfica!

—No me refiero a eso. Es usted igual que todos los hombres de su clase —gruñó ella, con los ojos relampagueándole, y las mejillas ardiéndole de pura irritación—. Sólo porque tiene dinero y una posición importante se cree con derecho a usar a los demás a su antojo, como si fuesen marionetas, sin pensar en nada más que sus necesidades.

¿A qué venía aquello?, se preguntó Ian patidifuso. Era imposible que su invitación hubiese motivado aquel arranque apasionado.

—No era mi intención ofenderla, señorita O'Brien —le dijo esbozando una sonrisa conciliadora—. Únicamente pensé que tal vez le gustaría…

—¿Qué?, ¿que me gustaría entrar de su brazo en ese exclusivo club, usted vestido con su esmoquin, y yo con esta ropa de saldo de grandes almacenes? —lo cortó ella.

Ian frunció el ceño, aún más atónito.

—Perdone, pero…

Katherine, que estaba embalada, no lo dejó acabar.

—No sé cómo puede tener el rostro de pedirme que lo acompañe a un evento de ese tipo con la miseria que me paga —lo acusó, con una mano en la cadera, mientras le clavaba el índice de la otra

repetidas veces en el pecho—, que es incluso menos de lo que le paga a las secretarias de administración, por lo que me he enterado.

—Técnicamente no soy yo quien le paga —replicó él—, sino la empresa de trabajo temporal.

—Ésa no es la cuestión —contestó ella al momento—. La cuestión es que no puede pretender que una mujer cuyo sueldo sólo está dos dólares por encima del salario mínimo se compre para una noche un vestido de fiesta que puede costarle un ojo de la cara.

—Supongo que tiene razón. No es justo —admitió él—. Lo siento, Katie, de verdad. Perdóneme y olvídelo, como si esta conversación no hubiera tenido lugar.

Katherine parpadeó y bajó la vista a la alfombra, repasando la punta del zapato por el reborde de una de las peonías que había dibujadas en ella.

—No pasa nada —murmuró.

De repente se había vuelto mansa como un corderillo. Nunca dejaría de sorprenderlo, pensó Ian.

—¿Cuánto cobran por el cubierto? —le preguntó de pronto.

—Mil dólares.

Katherine dejó escapar un silbido.

—Caray. Bueno, espero que recauden mucho dinero —dijo Katherine—, y que encuentre usted a alguien que pueda permitirse acompañarlo.

Se dirigió hacia la puerta, pero Ian la detuvo, reteniéndola por el brazo antes de que llegara a ella.

—Espere, Katie.

Cuando Katherine alzó sus ojos verdes hacia él, una oleada de calor lo invadió. Fue algo tan inesperado y a la vez tan intenso, que se quedó sin habla durante varios segundos. Ella lo miró interrogante.

—Yo… espere un minuto, ¿quiere? Déjeme hacer una llamada —le pidió Ian.

Un rato después colgaba el teléfono y le decía a Katherine, omitiendo que era la más exclusiva de la ciudad, que había concertado para dentro de una hora una cita con una casa de modas para comprarle un vestido. Él lo pagaría, y así no tendría excusas para no acompañarlo.

Ella protestó, naturalmente, diciéndole que aquella era una idea ridícula, pero minutos después salían en el coche de Ian del aparcamiento del edificio de Danforth & Danforth.

—Es por una buena causa —le recordó Ian para apaciguarla.

Lo que no añadió era que sus motivos no eran meramente

altruistas, porque lo cierto era que sentía más que curiosidad por verla con un vestido de noche.

Cuando Katherine entró el amplio vestíbulo de Twin Oaks del brazo de Ian, miró en derredor nerviosa. No era la primera vez que asistía a un acto social de esas características; lo que la aterraba eran los fotógrafos y periodistas que habían acudido a cubrirlo. Si su foto saliera en algún periódico su familia podría acabar descubriendo dónde se escondía. El cambio en el color de pelo y la permanente no bastarían para engañarlos.

Mientras avanzaban por el ancho corredor que conducía al comedor, un joven reportero les sacó una foto al pasar, y a Ian no le pasó desapercibido que justo en ese momento ella agachara la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Nada. Es sólo que me siento perdida sin las gafas —mintió ella —. No debería haberlas dejado en casa.

Lo cierto era que no habrían sido de mucha ayuda a la hora de enmascarar su identidad, pero sin ellas tenía la impresión de estar más expuesta.

—Creí que había dicho que sólo las necesitaba para leer —le recordó Ian.

—Sí, pero…

—Está mucho mejor sin ellas —le susurró él al oído, haciéndola estremecer—. Me sorprende que no haya pensado nunca en usar lentillas.

—Me irritan los ojos —se inventó Katherine, encogiéndose de hombros.

—Y el vestido le sienta como un guante —añadió Ian.

Y así debía ser, pensó ella algo azorada, porque parecía estar atrayendo la atención de un buen número de caballeros. Había escogido un vestido de terciopelo rojo burdeos hasta los tobillos y con tirantes de espagueti. La espalda quedaba completamente al descubierto, y aunque en un principio le había parecido demasiado atrevido, el modisto había insistido una y otra vez en que tenía que llevarse ése porque aquel tono iba a la perfección con el color de su pelo.

—Gracias por el cumplido —le dijo Katherine a Ian—. Y por el vestido. Es un vestido increíble.

—No tiene por qué darme las gracias. Es verdad que le sienta muy bien.

Sin embargo, Katherine notó en él un cierto distanciamiento, como si quisiera que sus palabras sonaran relativamente impersonales.

Quizá se sentía incómodo con el giro que había dado su relación, hasta entonces estrictamente profesional, aunque sólo fuera por esa noche.

—¿Qué tengo que hacer ahora que estamos aquí? —le preguntó—. Aparte de sonreír y cenar, quiero decir.

—Le presentaré al resto del clan Danforth —respondió Ian—. Hemos reservado dos mesas. Mi padre hará un discurso sobre nuestra responsabilidad como ciudadanos para con las personas sin hogar, sin trabajo, los niños huérfanos… todas las causas de las que nuestra familia siempre ha sido adalid.

Mientras hablaba, Katherine había estado observándolo, y se dijo que de su expresión solemne se desprendía que su preocupación por esos problemas sociales era sincera. Sus padres le habían inculcado a ella y sus hermanos los mismos principios, y le agradó ver que los Danforth se implicaban también en la ayuda a los más desfavorecidos.

—Entonces, su padre quiere que la gente sepa que se compromete a dar soluciones a esos problemas sociales si gana las elecciones al senado, ¿es así? —le preguntó a Ian.

—Por eso estamos aquí —dijo él, asintiendo con la cabeza.

Era una causa noble, y Abraham Danforth le había parecido un hombre honrado y serio el día que lo había conocido, así que en ese mismo momento Katherine se impuso como cometido difundir durante la velada su compromiso electoral para con los necesitados.

Las mesas habían sido adornadas con un gusto exquisito, y los platos que se fueron sirviendo eran originales a la par que deliciosos. La cena se vio interrumpida varias veces por los discursos de los organizadores y algunos invitados destacados, y cuando le tocó el turno al padre de Ian hizo una petición sencilla pero elocuente a los asistentes de que su generosidad no se limitara únicamente a ocasiones puntuales como aquella y de que respaldaran con su voto su proyecto para mejorar las condiciones de vida de las personas por las que se habían reunido allí esa noche.

Cuando se hubieron servido los postres subió una orquesta a un pequeño escenario situado en un rincón del comedor y empezaron a tocar música suave. Poco a poco, a medida que los comensales iban terminando, se iban levantando para conversar con personas sentadas en otras mesas, o para bailar. Katherine volvió a entrelazar su brazo con el de Ian, y fueron moviéndose de un grupo a otro,

saludando y presentándose.

Para sorpresa de Ian, cada vez que la conversación empezaba a desviarse hacia los recientes acontecimientos que amenazaban con dar al traste con la campaña de su padre, Katherine conseguía reconducirla hábilmente a la razón de aquella cena benéfica.

—En su currículum no decía que además de secretaria fuera diplomática —le susurró tomando su mano y llevándola aparte.

Katherine, por supuesto, no podía decirle que estaba acostumbrada desde muy niña a aquella clase de eventos sociales, y a tratar con la gente, así que le dijo una media verdad:

—Cuando se tiene dos hermanos mayores que no quieren más que salirse con la suya, aprendes a mediar y a poner paz.

—Me gustaría conocer a los chicos O'Brien algún día —murmuró con una sonrisa—. ¿Cómo se llaman?

Katherine se sintió como si estuviera pisando una fina capa de hielo que fuera a romperse en cualquier momento bajo sus pies. No quería mentirle, pero…

Un par de mujeres a su derecha se dirigieron a los servicios y, a través del hueco que habían dejado entre la gente, Katherine vio al padre de Ian rodeando una mesa, cuando de pronto un hombre lo agarró de la manga y lo detuvo, haciéndolo volverse hacia él. Aunque había una sonrisa en sus labios cuando empezó a hablar al candidato a senador, era una sonrisa cínica y había en su postura una cierta agresividad. El padre de Ian, por su parte, estaba visiblemente tenso, y tenía los puños apretados. Entonces Katherine se dio cuenta de que a la izquierda de Abraham Danforth había otro hombre que tenía tanta planta de mafioso como el otro tipo.

—¿Quiénes son el hombre que está hablando con su padre y el que está a su lado? —le preguntó a Ian.

Él giró la cabeza y observó la escena con los ojos entornados.

—¡*Ellos*! ¿Qué diablos están haciendo aquí? —masculló para sí.

—¿Quiénes son? —insistió Katherine.

—El que está a su lado es Sonny Hernández —contestó él sin apartar la vista de su padre y los dos hombres—, un colombiano proveedor de café; el otro es Ernesto Escalante. Ha estado intentando presionarme para que deje a mis proveedores habituales y compre a Hernández.

—¿Por qué quiere hacer eso? —inquirió ella, siguiendo a Ian, que había echado a andar por entre la gente, dirigiéndose al otro extremo del comedor, donde estaban su padre y los dos sudamericanos.

—Una buena pregunta —contestó Ian volviendo la cabeza un

instante hacia ella para mirarla—. Por la información que hemos podido obtener, Escalante podría ser un pez gordo de un cártel colombiano que se dedica a la venta de estupefacientes.

—¿Es un traficante de droga? —inquirió ella, abriendo los ojos como platos y casi tropezándose con un hombre mayor mientras seguía a Ian.

—Eso parece —respondió él—, pero si cree que va a utilizar Danforth & Danforth para blanquear el dinero que obtiene de sus negocios fraudulentos, está muy equivocado.

—¿Y por qué no les dice simplemente que no quiere nada con ellos y que lo dejen tranquilo?

—Ya lo hice —contestó Ian, rodeando a una pareja—, pero según parece no escuchan.

Katherine lo detuvo, tomándolo impulsivamente de la mano.

—Espere, ¿qué es lo que piensa hacer? ¿Y si son peligrosos?

—No lo sé, pero no voy a permitir que amenacen a mi padre, ni que sigan aquí un segundo más —le respondió Ian, con los ojos relampagueándole—. Quédese aquí, Katie.

Y soltando su mano de la de ella con brusquedad siguió avanzando con paso decidido. Katherine se retorció las manos nerviosa. Ian parecía furioso, y temía que acabasen llegando a las manos. ¿Y si uno de esos hombres fuese armado?, pensó aún más intranquila. Además, el altercado sin duda atraería la atención de los periodistas y fotógrafos, y aquello no sólo no le iría bien a Abraham Danforth… a ella tampoco. Aquello podía salir en los periódicos, y entonces… Tenía que hacer algo, y rápido.

Miró en derredor y sus ojos se fijaron en un hombre alto, fornido, y de rostro adusto. Iba vestido con un esmoquin, pero estaba segura de que era sólo un camuflaje para que se mezclase con la gente. Tenía que ser uno de los encargados de seguridad.

Se apresuró a ir junto a él y le susurró con discreción lo que ocurría. Inmediatamente el hombre se comunicó por radio con otros tres compañeros repartidos por el comedor, y se dirigieron hacia Ian, su padre, y los colombianos. Katherine se dirigió hacia allí también, pero se quedó a una distancia prudente.

—¿Podemos ayudarlo en algo, señor? —le preguntó a Ian el guardia de seguridad al que Katherine había ido a avisar.

Ian lo miró, como sorprendido, pero al comprender que era uno de los encargados de seguridad respiró aliviado.

—Mi padre le estaba diciendo a estos caballeros que quizá encuentren el resto de la velada un poco aburrida para su gusto, y que harían bien en marcharse.

Los colombianos miraron a Ian, después a Abraham, y después a los guardias de seguridad.

—No estoy de acuerdo. La orquesta no es del todo mala… —dijo Escalante, tirando su cigarrillo al suelo y aplastándolo con la punta del zapato—… y a nuestras damas les gusta bailar —añadió guiñando un ojo a dos mujeres jóvenes con vestidos de lentejuelas sentadas en una mesa cercana.

—El motivo de esta fiesta, señor Escalante, es recaudar dinero para los desfavorecidos. Si quiere hablar de negocios, llame a Danforth & Danforth y pida una cita conmigo. Mi padre se ha retirado y ya no participa en las decisiones de la empresa.

—Oh, qué lástima —farfulló Hernández, mirando a Abraham y riéndose entre dientes—. ¿Te han echado al pasto como a un caballo viejo, abuelo?

Abraham dio un paso adelante, apretando los puños de tal modo que los nudillos se le pusieron blancos, pero Ian lo detuvo.

—Déjalo, papá. No merece la pena.

Katherine contuvo el aliento. El padre de Ian retrocedió, pero su rostro seguía siendo un rígida máscara de pura ira.

—Aunque, de todos modos —continuó Ian, dirigiéndose a Escalante—, debo advertirle que no le serviría de nada concertar otra entrevista conmigo, porque como ya le dije no estoy dispuesto a hacer negocios con el señor Hernández, y usted conoce las razones.

—Lamento oír eso —intervino Hernández.

No era un hombre alto, pero sus manos eran enormes, con los músculos muy marcados bajo la piel del dorso, como si las hubiese usado toda su vida cuando alguien le llevaba la contraria.

Sin embargo, de los dos, era Escalante quien le parecía más peligroso a Katherine. Sus ojos negros no estaban quietos un momento, vigilaban cada ángulo, cada movimiento a su alrededor, y la sonrisa cínica jamás abandonaba sus labios.

—Yo también —le dijo éste a Ian—. En fin, ya sabe que no se debe decir jamás «de esta agua no beberé». Quizá uno de estos días sus proveedores se retiren de la carrera y ya no habrá competencia para mi buen amigo Hernández. Y entonces no tendrá usted más remedio que comprar su café si quiere seguir en el negocio.

Katherine contuvo el aliento ante aquel chantaje tan flagrante. El padre de Ian parecía a punto de explotar, pero su hijo dio un paso adelante y se interpuso entre los colombianos y él.

—¿Me está amenazando, señor Escalante? —le dijo entornando los ojos, con los músculos del cuello tensos—. En este país existen

leyes contra esa clase de tácticas represivas.

Durante unos segundos la tensión pareció poder mascarse en el aire, pero finalmente Escalante se volvió hacia la mesa donde habían estado sentados, y le hizo una señal a sus acompañantes para que se levantaran y fueran con ellos.

—Estaremos en contacto —le dijo a Ian, aún sonriendo.

El corazón de Katherine latió apresuradamente, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda mientras los cuatro abandonaban el lugar seguidos discretamente por dos de los guardias de seguridad.

Abraham miró en derredor, como para asegurarse de que los periodistas no habían presenciado lo que acababa de ocurrir, pero muchos ya se habían marchado, y los que quedaban estaban tomando una copa y mezclados con el resto de los asistentes.

Cuando hubieron desaparecido, Abraham agradeció a los otros dos guardias de seguridad su ayuda, y se volvió hacia su hijo:

—Pase lo que pase, no cedas ante ellos, Ian —le dijo—. Esos miserables…

—No pienso hacerlo —le aseguró Ian—. Además, tenemos una razón perfectamente legítima para no hacer negocios con ellos: los granos de café de Hernández no tienen la calidad que exigimos a nuestros proveedores.

—Bien, mantente firme.

Ian sostuvo la puerta del apartamento mientras Katherine pasaba dentro. El incidente con Escalante y Hernández lo había dejado malhumorado, y le había propuesto a Katherine llevarla a su casa tan pronto como se convenció de que su padre ya no lo necesitaba.

—Debe estar cansada —le dijo, devolviéndole las llaves.

Katherine lo miró por encima del hombro y sonrió.

—Oh, no, en absoluto. Me siento llena de energía.

Y, como para demostrárselo, dio un giro, haciendo ondear ligeramente su vestido. Ian supuso que debía estar fingiéndose feliz para animarlo, porque él estaba agotado.

—Siento lo ocurrido con esos tipos. Han estropeado la velada.

—No es culpa suya —replicó ella—. Y la verdad es que ha sido de lo más emocionante —murmuró, dejándose caer en el sofá con una risita—. Una gran fiesta.

Ian la miró suspicaz.

—Me parece que ha tomado demasiado champán en la última media hora que hemos estado allí —le dijo, entrando en el

apartamento y cerrando la puerta tras de sí. Quería asegurarse de que estaba bien antes de marcharse—. ¿Qué tal si le hago un café para que se despeje un poco?

Katherine levantó una mano y la agitó para rehusar el ofrecimiento.

—No es necesario; estoy bien. Por cierto, Ian… —dejó escapar otra risita y se tapó la boca—. Oh, lo siento. ¿Le molesta que lo llame Ian?

Ian enarcó una ceja y esbozó una media sonrisa.

—No, no me molesta. De hecho, hasta podemos tutearnos. Al fin y al cabo, ahora no estamos en la oficina.

Katherine sonrió como una tonta. Decididamente había tomado unas cuantas copas de más, pensó Ian.

—Pues verás… Ian… creo que a esos tipos les ha quedado claro que no pueden jugar con tu padre y contigo. La mirada de acero que había en vuestros ojos bastaría para hacer que cualquier malhechor pusiese pies en polvorosa —dio unas palmaditas en el asiento junto a ella en el sofá—. Siéntate. Te mereces un descanso.

Los ojos de Ian se posaron en su hombro derecho. El tirante se había deslizado hacia abajo y había quedado colgando en su brazo, y desde su ángulo de visión, de pie como estaba, el escote del vestido resultaba bastante revelador. No estaba seguro de que fuera una buena idea sentarse a su lado, pero tras vacilar un instante finalmente lo hizo.

—¿Sabes? —dijo Katherine, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos—. No eres un mal jefe después de todo.

—Vaya, gracias —murmuró él divertido—. Tú tampoco eres una mala secretaria.

Katherine abrió los ojos y giró la cabeza hacia él enarcando las cejas, como si no creyese lo que estaba oyendo.

—¡Qué mentiroso! —le dijo riéndose.

Ian sonrió.

—Bueno, es verdad que no has tenido apenas tiempo para hacerte al puesto —admitió—, pero seguro que algún día llegarás a ser una secretaria de dirección de primera.

Ella sonrió y volvió a echar la cabeza hacia atrás y a cerrar los ojos.

—Háblame de ti, Katie —le dijo de pronto Ian.

—Tienes mi currículum.

—Sí, pero quisiera que me hablaras de quién eres en realidad, de tu familia, de tu vida en Arizona. Nunca he estado allí. Siento curiosidad.

El temor hizo que Katherine se pusiera sobria en un instante. Abrió los ojos y se irguió en el asiento, sentándose derecha.

—No hay mucho que contar —farfulló—. Mi familia es como todas las demás, y mi infancia fue muy aburrida.

Ian sacudió la cabeza.

—No te creo. Hay algo distinto en ti. Una distinción, y un refinamiento… —murmuró tocando un mechón que se había separado de la masa cobriza de cabello rizado—. Hay algo… misterioso en ti.

De la garganta de Katherine escapó una risa forzada.

—Eso es ridículo.

Ian se inclinó hacia ella.

—Entonces, ¿por qué agachaste la cara cuando ese reportero nos sacó una foto? ¿Y por qué luego, el par de veces que apareció alguno, te excusaste y te fuiste al servicio? ¿Por qué te preocupa tanto que te saquen una foto?

—Es que… nunca me veo bien en las fotos. No soy nada fotogénica —balbució ella, notándose la boca repentinamente seca.

—Por favor… a otro perro con ese hueso. Esta noche estabas preciosa, y lo sabes.

Katherine se alisó la falda del vestido y apartó el rostro.

—La verdad es que sí estoy cansada —dijo—. Creo que deberías marcharte ya.

¿Marcharse? Ni hablar, pensó Ian. Aquello no había hecho más que empezar. Había tocado una fibra sensible, e intuía que si la presionaba un poco más podría descubrir qué era lo que hacía a Katie O'Brien tan especial… y por qué quería ocultarlo.

—Me iré si me dices tres cosas que no sepa ya de ti.

Katherine puso los ojos en blanco y gimió, dejando caer la cabeza hacia tras en un gesto exagerado de derrota.

—Está bien, tú ganas —le dijo sentándose erguida de nuevo—. Pero si vamos a jugar a esto, las mismas reglas son válidas para ti —añadió lanzándole una mirada maliciosa a través de sus largas pestañas—. Yo te contaré tres secretos, pero tú también tendrás que contarme tres cosas sobre ti que no haya descubierto aún.

Ian no estaba seguro de que le gustara la segunda parte del trato, pero si era el precio que tenía que pagar…

—De acuerdo. Tú primera.

—Muy bien… —murmuró ella pensativa.

Ian tuvo la impresión de que estaba descartando información que no quería compartir con él.

—Odio los espárragos.

—Eso no es algo personal —protestó Ian.

Si iba a jugar al ratón y al gato con él, estaba dispuesto a sacar las uñas.

—¿Cómo que no? Los espárragos son algo muy personal para mí —respondió ella, resoplando con fingida indignación—. Oh, está bien… mi padre se dedica a la construcción. ¿Te vale eso?

Ian esbozó una media sonrisa.

—Tampoco me parece lo suficientemente personal, pero por esta vez seré generoso y lo dejaré correr.

—Gracias —contestó Katherine sonriendo—. Tu turno.

—La mansión donde me crié… Crofthaven… tiene un fantasma.

—¡Venga ya! —se rió ella—. No me tomes el pelo.

—Es verdad, te lo prometo. La hemos visto todos, y algunos más de una vez.

—¿«La hemos»?, ¿es una mujer?

Ian asintió.

—Vaya… —musitó Katherine.

Siempre le habían encantado las historias de fantasmas.

—Mi teoría es… —murmuró Ian en un tono confidencial, sentándose más cerca de ella y pasando un brazo por el respaldo del sofá—… que se aparece a las personas que cree que pueden ayudarla. Sobre todo a miembros de la familia.

—¿Ayudarla? ¿A qué?

—Bueno, todavía no tenemos muy claro qué es lo que quiere, aunque ha intentado decírnoslo.

—¿Quieres decir que habla? —inquirió Katherine fascinada.

Sin darse cuenta, se lamió los labios, como cuando tomaba notas, y él se quedó obnubilado unos instantes. Asintió con la cabeza, pero no pudo despegar los ojos de la tentadora boca de Katherine.

—Sí, pero es difícil comprenderla. Yo lo más que he llegado a entender ha sido algo así como que necesitaba ir a casa. Y una vez me pareció que dijo «más lejos».

—Vaya… —repitió Katherine anonadada—. Bueno, ése ha sido bueno. Supongo que ahora tendré que contarte algo que lo iguale —inspiró profundamente—. De acuerdo: mi familia vive en el desierto. Y es muy bonito, al contrario de lo que cree la gente. Todo el mundo piensa que el desierto es un lugar incómodo, peligroso, y feo, pero no lo es.

—Cuéntame cómo es —le pidió Ian. Puso su mano sobre la de ella, pero no pareció importarle.

—Cuando llueve, a los cactus les salen flores. Las hay

anaranjadas, rojas, amarillas, y doradas, como los colores del sol a las diferentes horas del día —dijo Katherine—. Es algo mágico. Parece como si hubieran estado dormidas, absorbiendo los rayos del sol, y esperando al primer día de lluvia para devolver esa luminosidad —añadió. Y, como dejándose llevar por el entusiasmo, empezó a hablar más rápido—. Y hay cuevas en las colinas. Eran sagradas para los indios, y se dicen que están encantadas, que tienen poderes místicos…

—¡Venga ya! —exclamó él, remedándola.

—Es verdad —dijo Katherine riéndose—. Mi padre lleva sangre india en sus venas —le dijo muy orgullosa.

—Continúa —le pidió Ian.

—Está bien. La luz de la mañana es pura y brillante, como los reflejos de un cristal. Van allí artistas de todas partes para pintar.

—Suena increíble —susurró él, acariciando su mano.

—Lo es. Nunca he visto un fantasma, pero allí puedes sentir el espíritu de los antiguos cuando entras en la oscuridad de las cuevas. Tienes que quedarte muy quieto, cerrar los ojos… y están ahí, puedes sentirlos —dijo en un tono quedo, cerrando los ojos como para demostrarlo.

«Dios, es preciosa», pensó Ian. Y sin saber cómo, de pronto sus labios estaban sobre los de ella. Simplemente ocurrió, sin que él fuera consciente de haberse inclinado hacia ella, aunque por fuerza debía haberlo hecho. Había sido como si hubiese lanzado un encantamiento sobre él. Sus palabras y su dulzura lo había conmovido tan profundamente que no había podido contenerse.

Katherine abrió los ojos cuando terminó el beso y lo miró, pero no dijo nada. Ian se echó hacia atrás, dejando espacio entre ellos.

—Cuéntame más cosas —le pidió.

Katherine bajó la vista a sus manos, la de Ian cubriendo la suya, y volvió a mirarlo a los ojos con una expresión lastimera.

—Creo que no tengo ganas de seguir jugando a esto —murmuró.

Quizá le había revelado ya más de lo que pretendía, pensó Ian.

—Por favor, Katie —le insistió.

—Pero es que… lo que acabo de contarte es muy personal —balbució ella, visiblemente incómoda—. Nunca le había hablado a nadie de esas cosas a nadie.

Parecía más sorprendida de su propio comportamiento que enfadada con él.

—Yo… es tarde. Deberías marcharte y…

—Tuve un hijo.

El corazón de Ian se estremeció al darse cuenta de las palabras

que habían cruzado sus labios. ¿Cómo se le había ocurrido decir eso? ¿Por qué en ese momento… y por qué a ella?

Katherine se quedó mirándolo.

—¿Has estado casado?

—Hace años —respondió él quedamente—. Era demasiado joven, y ella también.

—¿Y él bebé? —inquirió Katherine—. ¿Se lo quedó ella?

Ian no contestó. Ni siquiera era capaz de mirarla. Sintió que los dedos de Katherine se entrelazaban con los suyos y los apretaban suavemente.

—No pasa nada, Ian. Éste es un juego estúpido. Ni siquiera debimos empezarlo. Si no quieres…

—No —dijo él con firmeza—, estoy bien.. Después de todo, hace mucho tiempo de aquello.

Katherine se sentó más cerca de él y puso la mano de Ian en su regazo, tomándola entre las suyas y acariciándola suavemente, como queriendo mitigar su dolor.

—Háblame de tu hijo —lo instó vacilante.

Ian sintió como si una cuchilla afilada le atravesara el alma. No era fácil olvidar.

—Murió.

—Oh, Ian. Cuánto lo siento…

Y entonces Ian ya no pudo parar. El dolor, que nunca había desaparecido del todo, lo espoleó, empujándolo a seguir hablando.

—En realidad… no llegó a nacer. A los cinco meses ella tuvo un aborto, pero sabíamos que era un niño por las ecografías. Había ido desarrollándose bien según el ginecólogo, pero… algo salió mal.

—Un niño… —murmuró Katherine.

—Habría sentido lo mismo si hubiera sido una niña —dijo él con voz áspera, angustiado.

—Por supuesto —le susurró ella, acariciándole la mano de nuevo, que había cerrado en un puño.

En todos aquellos años no había sido capaz de expulsar de sí el dolor, sino que, inconscientemente, había ahondado en él, volviendo sobre los recuerdos una y otra vez. Se había convertido para él en algo a lo que aferrarse cuando había perdido a su hijo y al poco tiempo ella lo había dejado. A veces, había pensado, era mejor sentir dolor que no sentir nada. Sin embargo, en aquel momento, por primera vez, estaba haciendo partícipe de él a otra persona.

Katherine estaba escuchándolo en silencio, pero precisamente ese silencio lo instó a soltar más de aquel lastre que había

arrastrado todos esos años.

—Acabábamos de terminar nuestros estudios en la universidad —continuó—. Los dos estábamos dado nuestros primeros pasos en el mundo laboral, y el embarazo fue un accidente. Ninguno de los dos lo habíamos querido, pero había ocurrido, y yo no vi otra alternativa más que casarnos y darle al bebé un buen hogar.

—¿Y ella no estaba de acuerdo? —adivinó Katherine.

—Lo llevó muy mal. Un bebé no entraba en sus planes, pero la convencí para que nos casáramos y lo tuviera. Le prometí que le daría todo mi apoyo para que no tuviera que dejar su trabajo, que contrataríamos a una niñera, y que si fuera necesario yo alteraría mi horario para poder hacerme cargo del bebé si surgía algún problema. No debí presionarla, pero lo hice, y ella aceptó —concluyó, contrayendo el rostro al sentir una punzada en el pecho. La culpabilidad que sentía por lo que había hecho jamás lo abandonaría.

—Pero, ¿os queríais? —inquirió Katherine.

Ian se quedó callado un momento antes de contestar.

—Por aquel entonces yo creía que sí, pero ahora no estoy tan seguro. Obviamente no nos queríamos lo suficiente, porque no conseguimos mantenernos unidos cuando ella tuvo el aborto. Lara no había querido aquel niño, pero perderlo fue algo devastador para ella. Yo, por mi parte, me había ilusionado con la idea de ser padre, me había implicado en el embarazo desde el principio, y cuando el bebé murió, yo… yo…

No había podido aceptarlo, no había querido aceptarlo. ¡Había ansiado tanto ser padre!

Katherine le apretó suavemente la mano, y él sintió como si las palmas de ella desprendieran un calor que pareció calmar su alma como un bálsamo.

—Quizá no estaba preparado para nacer —murmuró Katherine, apoyando la mejilla en su hombro.

Su comentario dejó a Ian confundido.

—¿Qué?

—Quizá ese pequeño sintió que tenía que esperar a la mamá adecuada.

La inocencia de sus palabras le llegó a Ian al corazón.

—Tú estabas listo, Ian, pero la mujer que lo llevaba en su vientre no.

Biológicamente no tenía ningún sentido, pero quizá fuera el misticismo tribal de sus ancestros el que estaba hablando a través de ella, pensó Ian. Quizá aquellas cosas no tuvieran explicación, y

lo único que uno podía hacer era sobrellevarlas de la mejor manera posible.

—Tal vez tengas razón —le dijo besándola en la frente, agradecido por aquellos momentos con ella.

Se sentía en deuda con ella. Jamás había experimentado una proximidad emocional tan profunda con otro ser humano. Pero, ¿qué lo había llevado a revelar la causa de su sufrimiento a su secretaria? Quizá… quizá se había convertido en algo más que eso para él, pensó de pronto. Fuera lo que fuera, era una mujer extraordinaria. Había actuado con el tacto de un diplomático en la cena benéfica, había evitado una confrontación abierta con Hernández y Escalante, y en ese momento había conseguido lo que nadie antes había conseguido: mitigar su dolor.

—¿Ian?

La miró a los ojos, a aquellos preciosos ojos verdes, y vio en ellos un brillo inusitado.

—¿Sí?

—Bésame otra vez, por favor.

Aquello era un error, le dijo su instinto. Besarla por un impulso repentino era una cosa, pero hacerlo deliberadamente sería algo completamente inapropiado.

Estaba intentando pensar una excusa, cuando Katherine encogió las piernas, sentándose sobre ellas, se giró hacia él, tomó su rostro entre ambas manos, y plantó sus labios firmemente sobre los de él.

«¿Qué hombre sería capaz de decir «no» a esto?», se dijo respondiendo al beso. La rodeó con los brazos, apretándola contra su pecho, y el tiempo se detuvo. Fue como si todo lo que los rodeaba desapareciera, y sólo existieran ellos dos.

Su boca abandonó la de ella para besar la cálida garganta, una mejilla, la frente, la punta de la nariz… Sus labios volvieron a encontrarse una y otra vez. Parecía que no pudiera dejar de besarla, y pronto tampoco podía ya mantener las manos en el hueco de su espalda. Empezaron a deslizarse hacia lugares suaves y cálidos, ocultos bajo el vestido pero fácilmente reconocibles al tacto: los senos, la cintura, las femeninas caderas…

Cuando sintió que ya no podría resistir más porque le faltaba el aliento, despegó al fin sus labios de los de ella, giró la cabeza hacia un lado, y cerró los ojos con fuerza, intentando aclarar sus pensamientos, preguntándose qué le estaba ocurriendo.

—¿Ian? —lo llamó ella con voz temblorosa.

Ian rogó en silencio por que no estuviera enfadada con él, o lamentara lo que acababa de ocurrir.

—¿Sí?

—No pasa nada. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

Katherine se apartó suavemente de él, y aunque lo invadió un intenso deseo de volver a atraerla hacia sí, se contuvo.

—Perder a un hijo debe ser algo terrible —susurró Katherine—. Necesitabas esto, necesitabas calor humano, recordar que la vida continúa.

—Katie, perdóname si te he…

Pero ella no lo dejó terminar.

—Sss… —lo interrumpió, poniendo un dedo sobre sus labios—. No hay nada que perdonar. Pero es tarde, y los dos necesitamos descansar.

—Claro —murmuró Ian—. Gracias, Katie, por esta noche.

Todavía bajo su hechizo, y bajo el efecto hipnotizador de las sensaciones que había experimentado, Ian salió del apartamento. Bajó en el ascensor, salió a la calle, y se metió en su coche, pero no encendió el motor.

Se quedó largo rato allí sentado, preguntándose si Katherine tendría razón en lo que le había dicho, si únicamente habría estado necesitado de calor humano, o si en cambio habría sucumbido a la necesidad inexplicable de ella que había sentido desde el día en que la conoció.

Capítulo Cinco

Cuando llegó el miércoles de la semana siguiente, Katherine ya no podía aguantar más la tensión. Ni Ian ni ella habían mencionado nada del delirio de aquellos deliciosos y confusos momentos en el apartamento de su amiga después de la cena benéfica. De hecho, a cualquiera que observase la situación desde fuera, le habría parecido que su relación era la estrictamente profesional entre un jefe y su secretaria.

Sin embargo, lo que había ocurrido aquella noche había sido muy intenso, y Katherine tenía la sensación de que había cambiado irreversiblemente las cosas entre ellos. Y eso era lo que la preocupaba. Más aún, estaba aterrada, porque aunque admiraba a Ian Danforth, para ella enamorarse de él significaría su ruina, porque era demasiado parecido a los hombres de su propia familia.

Y es que, aunque la fascinaba su sencillez, su inteligencia, y, para qué negarlo, la experiencia que le otorgaban los trece años que le llevaba, Ian Danforth pertenecía al mismo mundo privilegiado al que ella pertenecía, y sabía de sobra cómo trataban los hombres como él a las mujeres: intentaban controlarlas a toda costa.

No de un modo cruel, necesariamente, porque su padre por ejemplo nunca había sido mezquino con su madre ni con ella. Las adoraba, de hecho, pero a veces con su cariño casi las asfixiaba. Y su madre sólo empeoraba la situación poniéndose de su parte cuando Katherine intentaba hacerle ver que tenía que dejarla tomar sus propias decisiones.

Sus padres habían orquestado cada faceta de su vida, desde escoger los amigos de su infancia, hasta matricularla en la universidad que ellos querían. Y, mientras estudiaba en la facultad, aunque ella había tenido la esperanza de tener un poco más de libertad, se habían asegurado de que sus hermanos vigilaran sus compañías, sus salidas… Y luego, cuando se había licenciado, en lugar de permitirle buscar un trabajo, la habían hecho quedarse en casa y habían contratado a una institutriz que le enseñase las normas de etiqueta y protocolo, a caminar con elegancia… y a prepararse para ser una buena esposa.

Habían hecho numerosos y bochornosos intentos de emparejarla con algunos de los solteros más codiciados de la región, y aunque

no hacían más que decirle que sólo querían lo mejor para ella, para ellos eso implicaba que se casase con alguien lo suficientemente rico como para no tener que preocuparse durante el resto de su vida por el dinero, darles varios nietos, y permanecer cerca de ellos.

Se había rebelado más de una vez, sin éxito, y finalmente, cuando ya no había podido más, se había escapado de casa. Y allí estaba, en Savannah, probando sus alas. Después de todo lo que había pasado no podía dejarse llevar por sus sentimientos y lanzarse a los brazos de Ian Danforth. Se trataba de su vida, y quería vivirla según sus reglas y tomando sus propias decisiones, fueran acertadas o equivocadas.

—¿Señorita O'Brien?

—¿Eh? Quiero decir… ¿sí, señor?

De vuelta a la oficina, a la rutina, habían vuelto a hablarse de usted, como si hubiesen llegado a un acuerdo no verbal de volver a establecer el distanciamiento profesional entre ellos.

Katherine bajó la vista al interfono de su mesa, pero vio que el botón de llamada no estaba encendido. Se percató por el rabillo del ojo de un ligero movimiento a su derecha, y cuando volvió la cabeza se encontró con un pantalón de color arena junto a ella.

—¿Se encuentra bien? Llevo un rato llamándola por el interfono, pero no contestaba.

—Lo… lo siento. Debía estar distraída —balbució Katherine apartando el rostro, incómoda por tener a la altura de los ojos la cremallera de su pantalón.

Se sintió enrojecer, y tuvo que morderse la lengua para contener una risita. «¿Cuándo vas a crecer?», se reprendió.

Sin embargo, a pesar de proponerse firmemente mantenerse calmada cuando alzara la vista, en cuanto sus ojos se encontraron con los de Ian, el corazón empezó a latirle como un loco.

Se irguió en el asiento y entrelazó las manos sobre su escritorio, fingiéndose muy tranquila.

—¿Qué quería?

Ian frunció el ceño, aparentemente confundido por su comportamiento.

—¿No han llegado todavía los periódicos?

—No, señor. ¿Traen hoy alguna noticia en la que esté interesado?

—Uno de los reporteros que había en la cena mencionó que probablemente publicarían su artículo en la tirada de hoy. Quiero verlos cuanto antes para asegurarme de que no hablan del altercado con Hernández y Escalante.

—Se los llevaré en cuanto los traigan —contestó ella.

Al ver que Ian no se marchaba, se giró y abrió un cajón del mueble archivador para sacar una carpeta, como si estuviera muy ocupada.

—Katie…

Katherine no se atrevió a alzar la vista. «Por favor, por favor, que no diga nada de aquella noche…», rogó en silencio.

—¿Sí?

Contuvo el aliento, pero al cabo de un instante lo escuchó suspirar.

—Nada. Estaré en mi despacho.

—Bien, señor.

Oyó la puerta de Ian cerrarse, y sólo entonces respiró tranquila.

Unos minutos más tarde llegaban los periódicos que Ian había estado esperando, siete en total: el *Savannah Morning News*, el *Washington Post*, el *New York Times*, el *Saint Louis Dispatch*, el *L.A. Times*, el *Houston Chronicle*, y el *Wall Street Journal*.

Aunque un servicio de noticias se encargaba de mantenerlo informado de las menciones de la empresa y de su familia en la prensa nacional e internacional, a Ian le gustaba repasar personalmente esos periódicos para obtener un espectro más amplio de la actualidad política y económica en los lugares donde había cafeterías de su cadena D&D.

Cuando el mensajero se hubo marchado, Katherine tomó el *Houston Chronicle*, el más cercano a su ciudad natal. Cada día lo hojeaba antes de dárselo a Ian, por si acaso. Los titulares de la portada hablaban de la subida del precio del petróleo, de las últimas cifras del paro, de un escándalo por corrupción… nada nuevo. Iba a ir directamente a las páginas de sociedad cuando una foto en la parte inferior hizo que el corazón le diera un vuelco. ¡Era ella!

Era una fotografía del día de su presentación en sociedad en Tucson. *Joven desaparecida vista en una estación de autobús*, rezaba el titular. «Oh, no, no, no, no…» Katherine sintió que el pánico se apoderaba de ella. Se agarró al borde del escritorio para mantener el equilibrio y, con el corazón en la garganta, siguió leyendo a toda prisa, absorbiendo palabra tras palabra.

Hablaban de un hombre que aseguraba haberla visto en la terminal de autobuses de la Greyhound en el centro de Saint Louis… la misma por la que había pasado de camino a Georgia. Y

además la fecha que daba y la hora coincidían. El estómago le dio un vuelco, y parecía que el corazón fuese a salírsele del pecho.

Sin pensarlo dos veces, metió el periódico en uno de los cajones de su escritorio, colocándole papeles encima, y hojeó a toda prisa el resto para asegurarse de que no había nada más sobre ella. Por fortuna era así. Con suerte quizá todo quedase en aquello, los editores encontrasen otras noticias de mayor interés para sus portadas, y se olvidasen de ella.

Le llevó a Ian los periódicos, rogando por que no le preguntara por el que había quitado, y se apresuraba a salir de su despacho cuando él la llamó.

—Espere, Katie.

Katherine se mordió el labio inferior. Se subió las gafas y se volvió lentamente hacia él.

—¿Le ocurre algo?

—No, nada —contestó ella, esbozando una sonrisa temblorosa.

—Pues está muy pálida.

Katherine encogió los hombros.

—Supongo que será cansancio.

Salió del despacho, inspirando profundamente en un intento por calmarse, y regresó a su mesa cuando lo que quería hacer en realidad en ese momento era salir corriendo del edificio.

No era sólo la posibilidad de ser descubierta lo que la preocupaba. Estaba pensando en sus padres y el resto de su familia. Hasta ese momento no se le había ocurrido pensar en lo preocupados que debían estar por ella.

En el periódico había una emotiva cita de su padre que casi había hecho que se le saltasen las lágrimas: «Si alguien sabe dónde está nuestra hija, por favor, pónganse en contacto con nosotros. Haremos lo que sea por recuperarla. Sólo queremos volver a verla a salvo, en casa».

¿Acaso creían que la habían secuestrado? ¿No habían visto la nota que les había dejado en su cuarto, diciéndoles que necesitaba alejarse una temporada, intentar arreglárselas por sí misma?

«A salvo, en casa»… ¿No era exactamente esa la razón por la que se había marchado? No quería que siguieran protegiéndola, como si fuera una niña indefensa. ¡Lo que quería era tomar las riendas de su vida!

Por eso, aunque le dolía pensar que su familia estaba sufriendo por su culpa, no podía correr el riesgo de ponerse en contacto con ellos. Aún no. Una vez se hubiera demostrado que podía cuidar de sí misma, les diría dónde se encontraba.

Ian apenas miró los periódicos esa mañana. Después de darles un rápido repaso para asegurarse de que no habían publicado ninguna falacia sobre su padre o la familia, los dejó a un lado y se levantó de la mesa, asomándose al amplio ventanal.

Su trabajo en la empresa era lo que lo había mantenido cuerdo hasta entonces, y cuando su padre se había retirado, cediéndole el puesto de director general, se había propuesto dedicarse en cuerpo y alma a esa tarea. Haría crecer Danforth & Danforth, la convertiría en una de las empresas más importantes del país… Sin embargo, aquello no era suficiente para llenar el vacío que había en su interior.

Era todo culpa de Katie O'Brien. Había despertado en él la esperanza de poder volver a sentirse completo de nuevo. Había mitigado el dolor de su alma, pero de alguna manera también lo había desafiado a dejar atrás la pena y volver a arriesgarse… Pero era imposible. No estaba preparado para eso. Por muchos años que hubiesen pasado, pasarían aún más antes de que se sintiese preparado para arriesgar su corazón de nuevo.

Tenía que apartarla de él, recobrar el equilibrio que había perdido. La empresa necesitaba un director con los pies en la tierra, con la mente centrada en los negocios. Sin embargo, Holly todavía no le había encontrado una suplente adecuada para el puesto que había sido de Gloria, así que quizá la solución sería buscar otra secretaria temporal.

Fue junto a su mesa y apretó el botón del interfono.

—Katie, ¿ha almorzado ya?

—No, señor.

Diablos, sólo el oír su voz hacía que una especie de corriente eléctrica lo recorriese de arriba abajo. Tragó saliva e intentó ignorar aquella reacción.

—Necesito hablarle de algo importante. ¿Querría almorzar conmigo abajo, en la cafetería?

Hubo un silencio, como si ella recelase de sus motivos.

—Está bien.

Ian soltó el botón del interfono. Tenía que hacerlo, se dijo, no había otro remedio.

Salió del despacho y apenas miró a Katherine cuando se detuvo junto a su mesa a esperarla mientras recogía del perchero su bolso. Y luego, cuando hubieron salido al pasillo y entrado en el ascensor, tampoco la miró.

Ya en la cafetería, se sentaron en una mesa junto a la ventana, en un rincón, y pidieron: un sándwich y una ensalada para ella, y una hamburguesa de pollo con patatas para él.

Ian seguía sin mirarla. Dio un mordisco a su hamburguesa, intentando pensar un modo de decirle lo que tenía que decirle mientras masticaba, fingiendo que estaba disfrutando de la comida.

Entonces, por fin, alzó la vista hacia ella. Katherine estaba sentada muy quieta, la cabeza gacha, y se fijó en que no había tocado el sándwich ni la ensalada.

—¿No tienes hambre? —inquirió, pensando que si no le hablaba como su jefe ella se sentiría más cómoda.

—Vas a despedirme, ¿verdad?

El tono lastimero de su voz hizo que se sintiera como un canalla.

—No es eso, Katie —le dijo contrayendo el rostro.

—Entonces, ¿qué? ¿He cometido algún tipo de falta gravísima? Sé que tal vez mi manera de hacer las cosas choca con la tuya —se defendió Katherine—, pero creo que hasta ahora he cumplido con mi trabajo.

—Yo no he dicho lo contrario —replicó él, empujando su plato hacia delante para apoyar los antebrazos en la mesa—. De hecho, valoro enormemente tu entusiasmo y tu dedicación. Lo que pasa es que… bueno, una secretaria temporal es… eso, una secretaria temporal. No teníamos intención de tenerte aquí más de una semana o dos.

—Has encontrado una suplente definitiva —murmuró ella, creyendo adivinar.

—Todavía no —balbució él—, pero ya llevas en el puesto más de dos semanas, y no creo que sea justo que te hagamos perder más tiempo aquí cuando podrías conseguir un empleo fijo en otra empresa.

—¡Pero es que yo estoy bien aquí! —protestó ella.

—Me alegra que te sientas a gusto con nosotros, Katie, porque siempre he querido que Danforth & Danforth fuera como una gran familia —respondió él, forzando una sonrisa, y sintiéndose de nuevo como un miserable—, pero he pensado que lo que vamos a hacer es poner a prueba a las candidatas durante un tiempo, para luego decidir a quién darle el puesto. Así será una selección objetiva.

—¿Y no podrías darme una oportunidad a mí también? —se apresuró a proponer Katherine—. Acabas de decir que estás contento con mi trabajo, que…

—No, no, es imposible —respondió él, pasándose una mano por el cabello.

—¿Por qué? ¿Acaso no soy lo suficientemente buena para el puesto?

—No es eso. Es sólo que te falta un poco más de experiencia, eso es todo.

—Podría conseguirla si me dejases estar ese periodo de prueba.

—Katie, tú… Yo…

Diablos, ¿cómo podía decírselo? Miró en derredor para asegurarse de que nadie podía oírle, se inclinó hacia delante y siseó:

—Yo… lo siento. Fue culpa mía, lo que ocurrió en tu apartamento. Jamás debí besarte. Al hacerlo traspasé los límites entre jefe y empleada.

Para sorpresa de Ian, sus palabras parecieron disipar el pesar de la joven, y sus ojos brillaron traviesos.

—Si mal no recuerdo, la segunda vez fui yo quien te besé.

Ian volvió a mirar a su alrededor, pero las mesas más próximas estaban vacías y en medio del runrún de conversaciones que había en el local, era imposible que nadie pudiera oírlos.

—Me siento muy atraído por ti, Katie —le confesó—, y la verdad es que me resulta muy difícil concentrarme en mi trabajo contigo a mi lado.

—Creía que sólo era yo —dijo Katherine sonriendo.

—¿Qué?

—A mí también me gustas, Ian. Muchísimo.

—Katie, no…

—No tiene nada de malo —le aseguró Katherine—. Lo horrible es cuando no eres correspondido.

Ian se inclinó un poco más hacia ella.

—Eres demasiado joven para mí.

—Tonterías —replicó ella con una nueva sonrisa.

—Hablo en serio, Katie. Además, nunca he salido con una de mis empleadas, y no pienso empezar a hacerlo ahora.

—Demasiado tarde. Ya lo has hecho. Me llevaste a la cena benéfica.

—Eso no fue una cita.

—Pues yo creo que concuerda con la definición de la palabra.

—No fue una cita —insistió él.

—Oh, vamos, Ian… ¿A quién quieres engañar? —replicó ella pícaramente.

—¡Para ya con eso!, ¿quieres?

Varias cabezas se giraron hacia ellos cuando Ian levantó la voz.

—La cuestión es… —continuó, obligándose a hablar más bajo, a pesar de su creciente frustración—, la cuestión es que no puedo

trabajar contigo sintiéndome como me siento atraído por ti.

—Así que… —comenzó ella lentamente, como intentando comprender—… ¿quieres que deje la empresa para que podamos empezar una relación seria?

—No… lo que quiero decir es… Dios, no lo sé —gimió desesperado, pinchando una patata frita con el tenedor y señalándola con él—. Estás poniendo en mi boca palabras que no he dicho.

—Sólo estoy intentando entender qué es lo que esperas de mí —le dijo ella muy calmada.

—No espero nada de ti —contestó Ian—. Ésa es la cuestión.

La dolida expresión en el rostro de Katherine le partió el corazón.

—Así que no sólo estás diciéndome que me vaya, sino también que te deje en paz —farfulló ella.

—Yo no he dicho eso, Katie. Le daré a la empresa temporal un informe poniéndote por las nubes, y les diré que ya hemos seleccionado a alguien para que ocupe el puesto de forma permanente. Te encontrarán otro empleo, seguro.

Las facciones de Katherine se habían endurecido, y había girado el rostro hacia la ventana. Sus ojos estaban fijos en un punto distante, como perdidos.

—Ya veo —murmuró.

Ian no se había sentido tan mezquino en toda su vida.

—Estarás bien, Katie —le aseguró, queriendo convencerse más a sí mismo que a ella.

—¿Y qué pasa con nosotros?

—Ya te lo he dicho, no puede haber un «nosotros».

Si volvía a tener una relación de pareja en el futuro, sería con una mujer que ansiase tanto como él formar una familia, y Katie, aunque era atractiva e inteligente, y estaba llena de vitalidad, no le daba la impresión de estar preparada para eso. No quería volver a cometer otro error como el anterior.

—Somos muy diferentes —dijo. Hasta a él le sonaba penosa aquella excusa—. Está la edad y todo eso…

—Ya lo has dicho antes —lo interrumpió Katherine, apartando irritada su plato y girando de nuevo el rostro hacia la ventana.

—Para serte sincero, Katie —continuó Ian, poniendo una mano sobre la de ella—, lo cierto es que no quiero empezar algo y no poder llegar hasta el final.

Katherine giró la cabeza de nuevo hacia él, sacudiendo sus rizos pelirrojos.

—¿Que sería…?

—El matrimonio, una familia, estabilidad —contestó él, sonriéndole débilmente—. Lo siento, Katie. Es sólo que tú estás probando tus alas y yo hace tiempo que pasé esa etapa de mi vida. Necesito algo más. Quizá si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias…

—¡Oh, por favor! —masculló ella, poniéndose de pie. Agarró el bolso, descolgándolo del respaldo de la silla, se irguió, mirándolo con la barbilla bien alta, y le dijo irritada—: No te molestes, no hace falta que sigas disculpándote. Lo comprendo. Yo también necesito algo más.

Y, con esas palabras, se giró sobre los talones y se alejó.

A Katherine le dolía el corazón. Nada en su vida le había dolido tanto como aquello. Y lo peor, lo peor de todo, era que a pesar de lo enfadada que estaba con Ian, no podía dejar de pensar no sólo en lo mucho que iba a echar de menos Danforth & Danforth, sino también a él.

No era que se hubiera enamorado de él ni nada de eso, se dijo, pero se le haría muy raro no volver a verlo, y resultaba muy doloroso pensar que así, de repente, tendría que olvidarse de los amigos que había hecho en esas dos semanas. Se había sentido parte de un equipo, de algo especial y emocionante.

¿Cómo podía ser tan injusto con ella?

De pronto se le ocurrió una idea. No podía hacer nada si él no quería tenerla a su lado, pero no iba a consentir que la obligara a dejar un trabajo que le encantaba sólo porque él no pudiera controlar sus hormonas.

No queriendo esperar al ascensor, subió por las escaleras hasta la tercera planta, donde estaba el departamento de personal, entró como un tornado en la oficina de Holly, y se sentó en la silla frente a su mesa. Holly estaba hablando por teléfono, pero estaba dispuesta a esperar el tiempo que hiciera falta.

Cuando colgó, Holly la miró vacilante.

—Ian te ha pedido que dejes el trabajo, ¿no es así?

—¿Lo sabías? —inquirió Katherine sorprendida.

—Desde hace días —admitió Holly—. Le sugerí que esperara a que encontráramos a una suplente definitiva, pero parece que no ha querido seguir mi consejo.

—Ese hijo de…

—¡Katie! —la reprendió Holly—. Es tu jefe hasta que salgas de

aquí…

—Lo siento. Es sólo que es tan cabezota, y tan egoísta, y…

—Nada que no haya oído decir de él —murmuró Holly, volviéndose para sacar un archivador de un mueble que tenía detrás —. Y lo que te ha dicho de irte… ¿es definitivo?

—Parece que sí —farfulló Katherine. Se notaba al borde de las lágrimas, pero no iba a llorar, no iba a hacerlo—. ¿Sabes lo que más rabia me da de tener que irme? Que me encanta este sitio, el ambiente, la gente… Y estaba aprendiendo tanto… ¿No habría posibilidad… no podría conseguir otro puesto en la empresa, Holly, aunque fuera sólo para hacer fotocopias?

Holly se quedó pensativa un instante.

—Bueno, quizá tenga algo que te interese —dijo al cabo de un rato—. Hay una vacante para un puesto de secretaria de una jefa de área. Estoy segura de que te gustaría. Es una mujer muy abierta y jovial. Si quieres podría presentar tu candidatura junto a las que he recibido hasta ahora. Claro que es un puesto permanente; tendrías que dejar la empresa de trabajo temporal y firmar un contrato con nosotros por un año.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó Katherine entusiasmada—. No sabes cómo te lo agradecería, Holly. Pero, por favor, no le digas nada a Ian.

—Bueno, me temo que aunque no se lo dijera acabaría enterándose —contestó Holly, mordiéndose el labio inferior—: es su empresa. Pero te diré lo que haremos: hablaré con él y lo convenceré para que te deje quedarte al menos una semana más. Le aseguraré que para entonces ya tendré a su nueva secretaria.

Capítulo Seis

¿A qué diablos estaba jugando Katie? Creía que había sido claro el día anterior cuando le había dicho que ya no la necesitaría porque iba a reemplazarla por otra persona. Sin embargo, al llegar a la oficina esa mañana, pasadas las doce del mediodía porque había tenido que ocuparse de unos asuntos, la había encontrado sentada en su escritorio.

—Holly me ha dicho que la llamaras en cuanto llegaras —le había dicho con una sonrisa inocente, como si nunca hubiera tenido lugar la conversación del día anterior.

Cuando había colgado el teléfono y había salido de su despacho, ella ya no estaba en su escritorio, y desde ese momento había estado buscándola por todo el edificio, hasta que un jefe de área de la tercera planta le dijo que estaba almorzando en la cafetería.

Y efectivamente allí la encontró, sentada en una mesa al fondo con otras cuatro empleadas.

—¿Quiere almorzar con nosotras, señor Danforth? —lo invitó una de ellas cuando se detuvo junto a su mesa.

—Gracias, Gina, pero lo haré más tarde —le respondió él con una breve sonrisa—. Señorita O'Brien, necesito hablar con usted.

Katherine alzó la cabeza.

—Estoy en mi hora libre —replicó.

—Sólo será un momento.

—¿No puede esperar a que acabe de comer?

—Es importante —masculló Ian, apretando los dientes.

Katherine suspiró irritada, pero se puso de pie.

—Está bien.

Ian reprimió el deseo de agarrarla por el cuello de la camisa y arrastrarla fuera de la cafetería, donde no hubiera testigos, aunque no sabía si habría sido para estrangularla o para besarla hasta dejarla sin aliento. Katherine se dirigió hacia la zona de la entrada, donde la mayoría de las mesas estaban vacías. Se quedó de pie junto a una columna y él se detuvo también.

—¿Hay algún problema? —preguntó Katherine, cruzándose de brazos.

—Pues sí, ahora que lo mencionas, tengo un problema con tus tácticas subversivas.

—¿Perdón?

Ian habría jurado que las comisuras de sus labios se habían arqueado maliciosamente, pero no estaba seguro porque había ocurrido en una fracción de segundo.

—Creía que ayer habíamos acordado que lo mejor era que dejases la empresa.

—Noooo —replicó ella, alargando la palabra como si estuviera hablando con un niño de seis años que no quisiera entrar en razón —. *Tú* decidiste que sería lo mejor que ya no fuera tu secretaria, pero no dijiste nada sobre otros puestos en la empresa. Y a Holly le pareció que no pasaría nada porque siguiese unos días más en mi puesto hasta que su departamento decida si me dan o no el que he solicitado. Sólo será una semana.

Ian gruñó de pura frustración.

—Escucha, Katie, si te dije eso es porque no me parece bien que trabajemos juntos, no después de… en fin, ya sabes —añadió bajando la voz.

—Oh, pero si yo estoy totalmente de acuerdo…

—¿Lo estás? —repitió él confundido.

—Por supuesto. Por eso me he presentado a un puesto vacante de secretaria en otro departamento y en otra planta Y Holly me ha dicho que cree que tengo muchas posibilidades de conseguirlo —contestó ella, esbozando una sonrisa deslumbrante.

—Mira, Katie —insistió él, armándose de paciencia—, no me parece que sea una buena idea.

—Ya, pero es que me temo que lo que a ti te parezca no cuenta.

—¿Que no…? ¡Soy el director general la empresa, maldita sea!

—Sí, pero es el departamento de personal el que hace la selección. Y no creo que sea legal que impidas que me den el puesto si finalmente me consideran la más cualificada de entre las candidatas que se presentan —le dijo con una sonrisa—. No sería ético… ni legal.

Ian cerró los ojos irritado, sabiendo que tenía razón.

—De acuerdo —farfulló tras exhalar un pesado suspiro—. Una semana más —accedió. Eran sólo siete días; podía resistir la tentación durante siete días. Claro que, si conseguía el otro puesto, añadió para sus adentros, no podría volver a poner los pies en aquella planta—. Vuelve a la mesa y acaba de…

—¡Eh, Ian! Al fin te encontramos.

Ian se volvió.

—¡Wes!, ¡Jasmine! —saludó a la pareja que entraba en ese momento en la cafetería—. ¿Cómo está la reportera más hermosa de

toda Georgia?

Por el rabillo del ojo, vio como Katherine se ponía tensa mientras observaba a la elegante mujer de tez oscura.

—Oye, oye… no flirtees con mi prometida —le dijo Wes dándole un puñetazo de broma en el hombro a Ian—. Llevamos un buen rato buscándote porque Jasmine tiene algo que contarte, pero si estás ocupado ahora mismo… —murmuró inseguro, mirando con curiosidad a Katherine, que no se había movido.

—No, no en absoluto. Katie, ellos son Wesley Brooks y su prometida Jasmine Carmody. Wes fue compañero de habitación de mi primo Jake en la universidad, y desde entonces es uno más de la familia.

—Encantada —dijo Katherine, estrechándole la mano a ambos.

¿Por qué parecía nerviosa?, se preguntó Ian.

—Bueno… —balbució Katherine, señalando la mesa donde había dejado a sus compañeras—. Voy a acabar de almorzar, porque luego tengo que volver al trabajo.

—¿Trabajas aquí, en Danforth & Danforth? —inquirió Jasmine.

—Eh… sí —contestó Katherine. Dando un paso hacia atrás, empezó a alejarse de ellos—. Sólo estoy temporal, como secretaria de Ian, pero estoy pendiente de conseguir un puesto fijo.

—Suerte entonces —le dijo Wesley.

—Gracias. Bueno, pues… ha sido un placer —murmuró Katherine.

Estaba dándose la vuelta cuando oyó decir a Wesley:

—Jasmine ha conseguido más información sobre Hernández y Escalante.

Katherine se giró sobre los talones, sus ojos verdes brillantes de interés.

—Quizá podría quedarme un rato más.

Wesley y Jasmine miraron a Ian inseguros. Él suspiró, pero dijo:

—Está bien, no pasa nada. Katie estaba en la cena benéfica y presenció lo que ocurrió con ellos. Sentémonos.

Tomaron asiento en una mesa cercana y pidieron unos refrescos.

—Adelante, Jazz —la instó Ian cuando les hubieron servido—. Te escucho.

La atractiva reportera afroamericana se inclinó hacia delante y comenzó a hablar en voz baja.

—Bueno, he estado indagando un poco más acerca de esos dos tipos, como me pediste, y parece que el FBI lleva tiempo vigilándolos, pero no tienen pruebas concluyentes para procesarlos, y mi contacto me ha dicho que le han preguntado si estarías

dispuesto a colaborar con ellos.

—¿Qué tendría que hacer? —inquirió Ian sin dudarlo dos veces.

Jasmine inspiró profundamente y lo miró muy seria.

—Tener una reunión con Escalante y Hernández, en privado.

—¿Qué clase de reunión?

Jasmine abrió su bolso y sacó de él una tarjeta.

—Llama a este hombre. Es el agente que lleva la investigación. Él te explicará los detalles. Creo que la idea es grabar tu conversación con ellos, y que, con un poco de suerte, se les escape algo que los incrimine.

Ian sintió una descarga de adrenalina en su interior. Por fin, después de sentirse impotente durante meses, iba a poder hacer algo para pararles los pies a aquellos tipos y proteger a sus empleados y a su familia.

—No los acuse de nada —le advirtió el agente del FBI—. No queremos que se pongan a la defensiva. Nosotros estaremos en la sala de juntas contigua a su despacho, por si las cosas se ponen feas, pero en principio no creemos que vayan a intentar nada mientras estén aquí.

Aunque Katherine estaba a varios metros de ellos, Ian podía sentir su tensión. La gente del FBI le había pedido que permaneciera en su puesto para que el encuentro pareciera lo más normal posible, y a pesar de su reticencia, ya que no quería verla mezclada en aquello, ella había insistido en que quería ayudar. Aquello lo había conmovido. Apreciaba su lealtad, aunque no la merecía; no después de prácticamente haberla forzado a abandonar la empresa.

—Lo último que querrán esos tipos es estropear esta oportunidad de convencerlo para que acceda a tenerlos como proveedores —continuó diciendo el agente, sacándolo de sus pensamientos—. Las autoridades colombianas han desmantelado varias de sus operaciones, y el cártel está empezando a desesperarse.

Cuando el agente hubo salido, se quedó a solas con Katherine.

—¿Todo bien? —le preguntó Ian.

Ella asintió, esbozando una sonrisa que él sabía era sólo una forma de ocultar su nerviosismo. Ian dirigió la mirada al mueble archivador. Uno de los micrófonos estaba oculto en el segundo cajón. No quería decir nada personal que los hombres en la sala contigua pudieran oír, pero quería tranquilizar a Katie de algún modo, decirle que estaba seguro de que todo iba a salir bien.

La rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Le agradezco que me apoye en esto, señorita O'Brien —le dijo en tono de jefe hablando a su secretaria.

—Y a mí me alegra poder ayudar, señor —respondió ella, siguiéndole el juego.

Ian la sintió estremecerse en su abrazo.

—Si en algún momento tiene miedo, levántese y salga de la habitación —le dijo. La besó suavemente en los labios, y le susurró al oído—: Debe ser el peligro, pero me estoy excitando. No sé cómo voy a poder aguantar toda una semana sin acercarme a ti.

—Lo haré, se lo prometo —contestó Katherine en voz alta.

Y entonces, le devolvió el beso y le lanzó una sonrisa de diablesa que hizo que el corazón saltara en su pecho. Suerte que no habían instalado cámaras ocultas también.

—Bien —dijo Ian, acariciando con la yema del índice la suave garganta de Katherine—, porque me sentiría terriblemente culpable si le ocurriera algo.

—Le agradezco su preocupación, señor Danforth —contestó Katherine—. Supongo que será mejor que vaya a mi escritorio, a esperar a nuestros visitantes —le dijo.

—Sí, será lo mejor —respondió él.

Apenas diez minutos después hacían acto de presencia Escalante y Hernández. El primero, que iba delante, se acercó al escritorio de Katherine.

—Soy Ernesto Escalante. Tenemos una cita con el señor Danforth —le dijo.

—Un momento, por favor.

Katherine sintió la mirada suspicaz del otro hombre sobre ella. Estaba temblando por dentro, pero inspiró profundamente, tomó su cuaderno y un bolígrafo y se puso de pie para conducirlos al despacho de Ian.

Llamó a la puerta antes de abrirla y pasar.

—Su cita de las cinco, señor —anunció.

Ian se puso de pie tras su mesa, dejando a un lado unos papeles que supuestamente había estado revisando.

—Gracias, señorita O'Brien. Pasen, caballeros.

Estrechó la mano a ambos, y les ofreció asiento.

—Nos sorprendió gratamente recibir su llamada, señor —le dijo Escalante cuando se hubieron sentado—. Creíamos que su padre había eliminado toda posibilidad de un entendimiento entre nosotros.

—Bueno, como les dije en la cena, mi padre no interviene en las decisiones de la compañía desde que me cedió las riendas —le recordó Ian—, aunque lógicamente de un modo no oficial sí considero su opinión en ciertos asuntos.

—Por supuesto, por supuesto —concedió Hernández, sus ojos aún fijos en Katherine—. Un hombre debe mostrar respeto por su padre.

Katherine, que se había sentado en una silla a la izquierda, la empujó un poco hacia atrás de modo que Escalante la bloqueó en parte del ángulo de visión del otro hombre.

—Creo que mi padre se precipitó al rechazar su oferta como lo hizo, señor Hernández —continuó Ian—. La verdad es que no estoy completamente satisfecho con la calidad de los granos de café de nuestros actuales proveedores, y he pensado que tal vez debería darle una oportunidad.

—Nuestros granos son lo mejor que Colombia puede ofrecer, señor —le aseguró Hernández.

—Pero, además habría otras ventajas implícitas si cambiara de proveedor y eligiera a mi amigo —añadió Escalante.

—¿Qué clase de ventajas? —inquirió Ian.

La expresión en su rostro era calmada, pero a Katherine no le pasó inadvertido el modo en que entornó los ojos. Katherine tragó saliva y fingió tomar notas.

—Bueno, tengo entendido que últimamente se ha producido un incidente desagradable aquí, en sus oficinas —dijo Escalante.

«¡La bomba!», pensó Katherine con el corazón latiéndole salvajemente en el pecho, «¡está hablando de la bomba!».

—Así es —asintió Ian—, y nos tiene muy preocupados.

—Sobre todo cuando su padre está preparando su campaña.

—Sí, sobre todo por eso —repitió Ian, dejando que fueran los colombianos quienes condujeran la conversación, como le había aconsejado el agente del FBI.

—Y sin duda sería beneficioso para usted si no se produjeran, digamos… más desafortunados incidentes como ése, ¿no es así? —continuó Escalante.

—Sin duda —asintió Ian, apretando la mandíbula y conteniendo a duras penas la ira en su voz.

Era obvio que le estaba costando controlarse para no lanzarse sobre aquellos dos tipos. Katherine, entretanto, continuaba tomando notas.

—¿Ella tiene que estar aquí? —inquirió Hernández de pronto en un tono brusco.

—La señorita O’Brien es mi secretaria —respondió Ian—. Redactar informes de las reuniones que tengo con mis asociados y proveedores es parte de su trabajo.

Escalante sonrió y le puso una mano en el hombro a su colega.

—¿Qué tiene de malo que esté aquí la secretaria? Sólo estamos hablando de asuntos de negocios, amigo.

—¡La conozco! —le espetó Hernández.

El corazón le dio un vuelco a Katherine. Debía haber visto su fotografía en el *Houston Chronicle*.

—¿De qué la conoces? —inquirió Escalante en un tono amenazador—. ¿Es una poli?

Katherine miró a Ian, que parecía confundido.

—No, estaba con él, en la cena —dijo Hernández, señalando a Ian con un dedo acusador.

—Sí, estaba conmigo en la cena —intervino Ian, poniéndose de pie y mirando a los dos hombres—. ¿Qué tiene eso que ver con nuestra reunión?

Los colombianos cruzaron una mirada maliciosa.

—Ya entiendo, señor. Muy práctico —le dijo Hernández a Ian, sonriendo divertido al otro hombre, que se rió—. No hace falta que diga nada más.

Katherine no comprendió a qué se referían, pero Ian retomó su asiento, y Escalante continuó:

—Volviendo a lo que estábamos, queremos asegurarle que nos tomamos muy en serio la seguridad de nuestros socios. Por eso, si accede a contratar como proveedor a mi buen amigo Hernández, yo personalmente me encargaría de que no vuelva a tener más problemas como ése que ha tenido recientemente.

—¿Cómo podría hacer eso? —preguntó Ian.

«…a menos que fuerais vosotros los que pusisteis la bomba», terminó Katherine para sus adentros. Los dos hombres lo miraron, y se miraron entre ellos. Sabían lo que les estaba preguntando, pero no iban a caer en la trampa.

—Tenemos «maneras» de proteger nuestros intereses —fue la vaga respuesta de Escalante. Se puso de pie, y Hernández e Ian hicieron otro tanto—. En fin, ya sabe usted cuál es nuestra oferta, y sabe cómo ponerse en contacto con nosotros, señor Danforth.

Hizo un gesto con la cabeza a su colega, y se dirigieron los dos hacia la puerta. Katherine se estremeció, pero una oleada de alivio la invadió al verlos irse.

Ian, que aún seguía de pie, inmóvil, detrás de su escritorio, la miró a los ojos. La puerta que daba al pasillo se cerró, pero ambos

siguieron sin moverse.

—Ha sido una pérdida de tiempo —farfulló Ian.

El FBI opinó lo mismo. Los colombianos no habían dicho nada que pudiera ser utilizado en su contra en un juzgado, nada que pudiera incriminarlos con el incidente de la bomba, ni que los delatara como otra cosa que dos agresivos hombres de negocios intentando hacerse con un nuevo cliente.

Sin embargo, incluso después de que la gente del FBI hubiera recogido sus cosas y se hubiera marchado, Katherine todavía se notaba temblorosa por la tensión acumulada de aquella reunión de apenas veinte minutos.

Estaba sentada en su mesa, tomando a sorbos una taza de tila que una compañera le había subido de la cafetería antes de marcharse a casa. Todo el mundo se había ido ya excepto Ian y ella.

—Gracias, Katie.

Katherine alzó la vista y se encontró a Ian de pie a su lado.

—¿Por qué? Lo único que he conseguido ha sido que sospecharan por mi culpa.

—No digas eso. En más de un momento el que estuvieras allí me ha recordado a tiempo que debía morderme la lengua —replicó él —. Quitándole la taza suavemente de las manos y dejándola sobre la mesa, la hizo levantarse y la abrazó con fuerza—. Tenía que haberme negado a que participaras en esto. Me estaba poniendo enfermo cómo te estaban mirando esos bastardos. Ha debido ser humillante para ti.

—No pasa nada, estoy bien —le aseguró ella.

Ian se separó un poco de Katherine para ver su cara, pero no la soltó.

—Tienes un aspecto terrible.

—Vaya, gracias.

Ian se rió.

—Quizá debería picarte más a menudo —le dijo—. Cuando lo he hecho hace un momento los músculos de tu espalda se han relajado un instante.

Katherine cerró los ojos, disfrutando del flujo de calor que estaba recorriendo su cuerpo. Ian estaba masajeándole entre los omóplatos, y pasando las palmas de sus manos a lo largo de su espina dorsal. La sensación era increíble.

—Mmmm… —suspiró—. Mientras hagas eso, puedes picarme todo lo que quieras.

Las manos de Ian se detuvieron de pronto.

—Katie, hay algo que necesito que comprendas.

—¿El qué? —inquirió ella, que aún estaba en las nubes por aquel masaje improvisado.

—Hay una razón por la que no puedes seguir trabajando aquí.

—Ian, por favor, no quiero que hablemos más de eso —le rogó ella con un suspiro.

Las manos de Ian estaban moviéndose de nuevo, y cada caricia de sus dedos parecía estar arrastrando la tensión fuera de su cuerpo.

—Siento algo por ti, Katie —continuó Ian a pesar de todo—. Todavía no sé cómo interpretarlo, pero sí sé una cosa: no quiero hacerte daño.

Katherine se tensó ante su tono protector.

—Ya no soy una niña, Ian. Puedo cuidar de mí misma.

—No lo dudo —contestó él—, pero después de lo de esta tarde, yo… El sólo verte en la misma habitación que esos tipos me estaba poniendo enfermo.

—Ian, no pasa nada, estoy bien —le aseguró ella de nuevo—. He pasado un poco de miedo, eso es todo, pero estoy bien.

—¡Pues yo no, maldita sea! —gruñó él, apartándose de ella. La luz que reflejaban sus ojos ya no era suave, sino que se había tornado llameante—. No puedo evitar preocuparme por ti, Katie. ¿Y si esos canallas intentaran presionarme raptándote o algo así?

Katherine se echó a reír.

—Ian, por favor, soy tu secretaria. ¿Por qué iban a raptar a una simple secretaria?

—Porque ellos no creen que seas una simple secretaria —replicó él irritado—. Hernández te recordaba de la cena benéfica, y esta tarde han pensado que eras mi amante. En algunos países de Sudamérica es común que los altos ejecutivos den a sus amantes un puesto cercano a ellos para tenerlas a mano —añadió, casi gritando.

El enfado de Ian estaba dando paso al de ella.

—Estás llevando esto a unos extremos desproporcionados, Ian —le dijo, sintiendo que las lágrimas le quemaban la garganta—. ¿Por qué no puedes tratarme como a cualquiera de las demás mujeres que trabajan aquí?

—Porque… ¡porque me gustas, maldita sea! —prácticamente rugió él.

Katherine se quedó mirándolo un buen rato, antes de inspirar profundamente, y contestarle muy despacio.

—Yo… yo también me siento atraída por ti, Ian, pero ahora mismo no quiero meterme en una relación. Y eso es lo que tú quieres, ¿no es cierto?

Ian se sonrojó, como si le hubiese dado una bofetada.

—No quieres meterte en una relación, pero estarías abierta a un romance, ¿no es eso? —le espetó—. A algo que no signifique nada, que sea sólo sexo.

—¡Eso no es lo que he dicho! —replicó ella furiosa. Estaba tergiversando sus palabras por completo.

Si iniciase una relación con él, únicamente acabaría teniendo problemas. Era una personalidad destacada en Savannah, y la prensa perseguía a los hombres como él: sabían a qué fiestas acudían, dónde cenaban, y con quién. Y si un reportero se enterase de que estaban saliendo, su foto aparecería en las páginas de sociedad de media docena de periódicos de todo el país.

—Es sólo que no quiero que ningún hombre me considere de su propiedad —le dijo, tratando de justificarse. Y en parte era verdad.

Ian sacudió la cabeza, mirándola con incredulidad.

—Yo no soy así, Katie. Jamás haría eso —dijo, extendiendo los brazos y atrayéndola hacia sí—. Dame una oportunidad, deja que nos conozcamos mejor.

Katherine se apartó de él y bajó la vista al suelo, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Toda mi vida me he visto asfixiada por quienes dicen que me quieren —murmuró—, nunca me han dejado espacio para respirar, para ser yo. Ya he tenido bastante de eso.

Se giró sobre los talones y se dirigió lentamente hacia la puerta. Se notaba un nudo en la garganta, y la visión se le estaba nublando por las lágrimas. Sus palabras habían sido sólo una bravata, pensó desesperada, porque en su corazón sabía que no quería dejar a Ian, que ansiaba sus caricias, ser rodeada por sus fuertes brazos… Se detuvo con la mano en el pomo, sumida en la tristeza, dejando que las lágrimas rodaran por su rostro.

—¿Sabes? —le dijo en un susurro—. Si algún hombre me dejara ser yo misma, quizá podría llegar a amarlo.

Abrió la puerta, e iba a salir ya por ella, cuando las manos de Ian se posaron en sus hombros y la hicieron volverse, atrayéndola hacia él.

—Maldita sea, Katie, ¿por qué me confundes de esta manera?

Y antes de que ella pudiera decir nada, sus labios cubrieron los de ella, mientras la apretaba fuertemente contra su cuerpo. Las manos de Katherine agarraron su chaqueta, tirando de ella hacia abajo hasta que Ian comprendió lo que quería y la dejó caer al suelo. Sin perder un segundo, ella le sacó los bajos de la camisa de la cinturilla del pantalón, y llevó las manos arriba y abajo por el frontal, sintiendo bajo las palmas los cálidos músculos y la mata de

vello rizado a través del algodón.

Ian gimió entre sus labios y comenzó a desvestirla también. Katherine sintió cómo la falda se deslizaba por sus caderas y caía en torno a sus tobillos, y al instante siguiente las manos de Ian estaban acariciando sus caderas, introduciéndose por debajo del borde de sus braguitas de seda, y cerrándose sobre sus nalgas, empujándola hacia arriba para apretarla contra su erección.

Katherine sintió que se derretía por dentro. Hacía tanto tiempo desde la última vez que había hecho el amor… Los dos novios que había tenido habían sido muy jóvenes; Ian, en cambio, era un hombre adulto.

La alzó en volandas, y sin dejar de besarla la llevó a su despacho y cerró la puerta de un puntapié detrás de ellos, y luego se dirigió hasta el sillón de cuero que había en el extremo de su despacho, junto al ventanal. La depositó sobre él, y se tumbó encima de ella. El calor de su cuerpo parecía quemarla a través de la poca ropa que le quedaba encima: la blusa, el sostén y las braguitas.

Katherine peinó con sus dedos el corto y fino cabello de la nuca de Ian, atrayendo su cabeza más aún hacia la suya para poder hacer el beso más profundo.

La presión de su miembro erecto le decía sin lugar a dudas hasta qué punto la deseaba, pero cuando iba a separar sus labios de los de él para preguntarle si tenía un preservativo, el ruido de la puerta de la antesala abriéndose y cerrándose la sacó del éxtasis en el que se había sumido.

Las manos de Ian se detuvieron y también sus labios. Levantó la cabeza, y Katherine lo escuchó respirar agitadamente sobre su oído.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—¿Ian?, ¿estás ahí dentro?

—¿Quién es? —siseó Katherine.

—Mi hermano Reid —contestó Ian en un siseo también.

Se levantó apresuradamente y en dos zancadas llegó a la puerta y echó el pestillo. Un segundo después el picaporte se movió arriba y abajo.

—¿Ian? ¿Qué haces?, ¿por qué tienes cerrado?

Katherine se había levantado como un resorte después de que Ian se quitara de encima de ella, y estaba abrochándose la blusa a todo correr. Le lanzó a Ian una mirada de puro pánico, pero no dijo nada.

—Un segundo, Reid —dijo Ian—, enseguida te abro.

—Tranquilo, por mí no tengas prisa —contestó su hermano al otro lado de la puerta en un tono divertido—. ¿Qué pasa, tienes a

algún bombón ahí dentro contigo?

—Sí, me has pillado —respondió Ian, guiñándole un ojo a Katherine—. Ya sabes cómo soy, no tengo remedio.

—¡No tiene gracia! —le siseó Katherine irritada, mientras recogía a toda prisa la falda y los zapatos del suelo.

Ian sonrió, y le lanzó sus medias, que estaban hechas un lío.

—Tranquila —le dijo—, me libraré de él. Ponte detrás de la puerta y quédate en silencio.

Se remetió la camisa dentro del pantalón y quitó el pestillo, mientras Katherine se pegaba a la pared, con la ropa apretada contra el pecho. Él salió y cerró detrás de él.

Katherine tomó aliento y se puso la falda. Le costó tres intentos abrocharla y subirse la cremallera. ¿Acaso Ian se había vuelto loco? ¿Y ella qué? ¿Cómo se había podido dejar llevar de aquella manera? Acabando de vestirse en un tiempo récord, salió del despacho de Ian por una puerta lateral que conectaba con la sala de conferencias, pero pudo escuchar a Ian y a su hermano, reírse.

No era difícil imaginar el motivo de sus risas, se dijo molesta. Y, sin embargo, ¿de quién era la culpa sino de ella? ¿No le había dicho a Ian que no quería nada serio? Los hombres tenían la mala costumbre de interpretar las palabras de las mujeres como más les convenía. Él mismo lo había dicho: «estarías abierta a un romance, ¿no es eso? A algo que no signifique nada, que sea sólo sexo». ¿Cómo había podido ser tan estúpida?, ¿cómo? Con el corazón desbocado y los ojos escociéndole por las lágrimas que se negaba a derramar, abrió con cuidado la puerta de la sala de conferencias que daba al pasillo, y al ver que no había nadie corrió hacia las escaleras. No se detuvo hasta llegar a la calle, y luego hasta llegar al bloque donde estaba el apartamento que Katie le había dejado. Sólo entonces recordó que se había dejado el bolso y las llaves en la oficina. Maldijo entre dientes. Suerte que la portera tenía una copia.

Capítulo Siete

Ian miró la hora en su reloj de pulsera: las ocho cuarenta y cinco. Katie llegaba tarde. Lo cierto era que, después de lo ocurrido la noche anterior, no estaba seguro siquiera de que fuera a aparecer por la oficina.

Había intentado llamarla al llegar a casa, pero no había contestado al teléfono. Cerró los ojos y se maldijo en silencio, maldijo a Katie, y al género femenino en general. ¡Las relaciones humanas eran tan endiabladamente complicadas!

El ruido de un cajón abriéndose y cerrándose en la antesala lo sacó de sus pensamientos. Se levantó del sillón, y se dirigió como una exhalación hacia la puerta. Katherine dio un respingo al verlo salir de repente.

—¡Dios!, ¡no hagas eso! Me has dado un susto de muerte…

Ian frunció el ceño, y sus intenciones de tener el mayor tacto posible con ella después de lo de la noche anterior se disolvieron como humo en el aire.

—¿Dónde diablos te fuiste ayer?

—A casa —contestó ella, organizando unas fotocopias sobre su mesa, como si aquello no pudiese esperar.

—¿Por qué?

—¿Acaso no es obvio? —le espetó ella, lanzándole una mirada fulminante—. Tu hermano y tú estabais riéndoos de lo lindo de nuestro revolcón en el sofá, y yo, siendo el objeto de vuestras risas, decidí que no quería seguir allí un minuto más.

—No nos estábamos riendo de ti —gruñó él contrariado—. De hecho, yo estaba intentando librarme de él, pero se puso a contarme un chisme de lo más surrealista que le había contado a él uno de los agentes comerciales.

—Oh, claro, seguro —farfulló Katherine.

—¡Es la verdad! Si hubieras esperado cinco minutos habríamos podido quedarnos a solas de nuevo y… —se acercó a ella y le rodeó la cintura con ambas manos— …y acabar lo que habíamos empezado.

Katherine se puso tensa.

—He cambiado de idea, Ian —murmuró—. Tenías razón. Lo nuestro es imposible.

—¿Por qué? —exigió saber él, contrariado—. Por el modo en que te comportaste anoche, antes de que apareciera mi hermano, me diste a entender todo lo contrario.

Katherine intentó darle la espalda, pero él la rodeó, poniéndose frente a ella y obligándola así a mirarlo.

—Katie, por Dios, sabes que nunca te haría daño —le dijo—. ¿De qué tienes tanto miedo?

—De nada —respondió ella, rehuyendo sus ojos.

—No es verdad —insistió él—. Dices que no quieres tener conmigo una relación que vaya más allá de lo estrictamente profesional, pero luego siempre acabas dejándote llevar, y tu corazón termina mandando sobre tu cerebro.

—Eso es ridículo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de lo de anoche, en el sofá? ¿Qué vas a decir, que te seduje, que te forcé?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿cómo explicas que sucediera aquello si es verdad que no quieres tener nada conmigo? —le espetó, subiendo la voz—. ¿Y qué me dices de eso que se te escapó de enamorarte, si no quieres tener una relación seria?

—¡No me grites! —le dijo Katherine, llena de frustración, y al borde de las lágrimas.

—¡No te estoy gritando! —gritó él, contrayendo el rostro al darse cuenta de que acababa de hacerlo—. Lo que intento —prosiguió en un tono más suave—, es hacerte ver que me confundes. En un momento me da la impresión de que quieres estar conmigo, y en cambio en el momento siguiente pareces aterrada ante la idea de que te vean en público conmigo. No sé casi nada de ti. Ni siquiera sé quién eres.

—No soy nadie —gimoteó ella—, sólo una chica de Arizona que quiere averiguar quién es, averiguar qué se le da bien, y si puede arreglárselas por sí sola. ¿Acaso es mucho pedir?

Ian suspiró.

—Respeto eso que quieres, Katie, me parece algo muy loable —se quedó callado un instante y esbozó una media sonrisa—. ¿Sabes?, cuando te conocí pensé que no había conocido nunca a ninguna mujer con tanta confianza en sí misma como tú. Llegaste aquí, como un verdadero vendaval, toda energía, y lo pusiste todo patas arriba: empezaste a imponer tu manera de hacer las cosas, cambiaste la decoración de mi despacho…

Katherine sonrió débilmente.

—Y me cautivaste con esos insolentes ojos verdes y esa cabellera

de rizos pelirrojos —continuó Ian en un tono quedo—. Hiciste que quisiera intentarlo de nuevo, que quisiera volver a arriesgarme.

Katherine se sonrojó y lo miró, pero no dijo nada.

—Escucha, Katie —prosiguió Ian—. Respeto ese deseo que tienes de probar tus alas, de descubrir quién eres y hasta dónde puedes llegar, pero no comprendo por qué no puedes dejarme ser parte de tu vida mientras lo haces. Pero, sobre todo, querría que me dijeras qué es lo que te asusta tanto.

Katherine sollozó y con el dorso de una mano se secó las mejillas, húmedas por las lágrimas.

—No puedo.

—¿Por qué, Katie, por qué? ¿Acaso no confías en mí?

—Sí confío en ti —le dijo ella, mirándolo a los ojos—, pero es que… tengo la impresión de que tú no lo verías como lo veo yo. Y, si te pusieras de parte de «ellos», te sentirías obligado a hacer algo, y… —tomó la mano de Ian en la suya—. Por favor, Ian, dame tiempo para solucionar las cosas a mi manera.

Ian la miró largo rato, sacudió la cabeza, y volvió a su despacho. Cerró la puerta y puso así una barrera física entre ellos además del muro que Katherine parecía haber erigido en torno a su corazón.

Al día siguiente Katherine llegó temprano a Danforth & Danforth. Había pasado una mala noche y se había ido sin desayunar, así que antes de subir entró en la cafetería. Apenas había atravesado el umbral, sin embargo, cuando vio a Ian, sentado en una mesa solo, con una taza de café delante, sumido en sus pensamientos.

Como si hubiera sentido su mirada sobre él, levantó la vista y sus ojos se encontraron. Katherine, incapaz de enfrentarse a él en ese momento, se dio media vuelta, e iba a salir de la cafetería cuando una mano la retuvo, agarrándola por el brazo.

—Espera, Katie, por favor.

Ian se había levantado y había ido tras ella. Katherine se volvió hacia él.

—Yo… quería disculparme por lo de ayer —comenzó Ian.

—No tienes por qué hacerlo —lo interrumpió Katherine—. Es cierto que hay cosas sobre mí que no puedo contarte, pero no soy un peligro para la empresa ni para la campaña de tu padre, si es lo que te preocupa.

—Eres tú quien me preocupa —replicó él irritado—. Escucha, Katie, si tienes algún problema que yo pueda…

Katherine levantó una mano para pedirle que lo siguiera, pero él la ignoró.

—Quiero ayudarte —le dijo con firmeza—. Por favor, déjame hacerlo.

Katherine, sin embargo, sacudió la cabeza.

—Es mi problema, y yo soy quien debe resolverlo.

Ian tomó su mano y la miró a los ojos.

—¿Es eso lo que estás haciendo?, ¿resolverlo? Porque a mí me da la impresión de que más bien estás huyendo de algo… aunque no sé de qué.

Katherine ansiaba poder contarle la verdad, pero estaba convencida de que si lo hacía él desaprobaría que se hubiese escapado de casa. ¿Cómo podría comprenderla siendo un hombre que pertenecía al mismo mundo del que ella procedía y del que estaba huyendo? Nunca entendería que ella viese a su familia como el enemigo.

—Te agradezco tu preocupación, de verdad, pero puedo arreglármelas sola —insistió.

Se hizo un silencio incómodo, y finalmente fue Katherine quien lo rompió.

—Voy a ir subiendo. Tengo un montón de trabajo por hacer. Nos vemos arriba.

Ian suspiró mientras la veía alejarse. Sentía que estaban unidos por un hilo finísimo, extremadamente frágil, y no se atrevía a forzarlo. ¿No le había dicho Katie más de una vez que necesitaba demostrarse que podía arreglárselas por sí misma? Quizá aquella fuera su manera de probarse a sí misma, y si no respetaba sus deseos de no interferir, la pondría en su contra.

Habían pasado dos días, y la tensión que emanaba de Ian parecía haberse incrementado. Se mantenía distante, quizá simplemente para no agobiarla… o quizá porque estaba replanteándose su interés por ella, pensó Katherine con pesar, grapando las hojas que acababa de imprimir. ¡Si al menos pudiera contarle la verdad…!

—Katie.

Katherine dio un respingo al oír la voz de Ian.

—Lo siento. No quería asustarte —le dijo—. Ya es tarde. Hace una hora que deberías haberte ido a casa.

Ella encogió los hombres, sintiéndose de pronto, por algún ridículo motivo, tímida con él.

—Bueno, quería acabar de organizar estos informes —balbució.

En su azoramiento, gesticuló con la mano, señalando los papeles que tenía encima de la mesa, y le dio un golpe a la grapadora, que cayó al suelo enmoquetado. Se agacharon los dos a recogerla, y aunque fue ella quien la alcanzó primero, la mano de Ian se posó sobre la de ella. Fue como si su contacto la quemara, y cuando alzó el rostro y sus ojos se encontraron se notó estremecer.

Se puso de pie, con las mejillas arreboladas, y él hizo otro tanto. Ninguno de los dos se movió, y se quedaron allí, a escasos centímetros el uno del otro, mirándose como si no se hubiesen visto nunca. Ian levantó una mano para apartar un mechón de su rostro, pero de algún modo sus dedos se enredaron en su pelo y descendieron luego para acariciarle delicadamente la mejilla.

—Quiero besarte, Katie —murmuró Ian con voz ronca.

Katherine notó el aliento de Ian sobre sus labios, y de pronto sintió que los párpados le pesaban.

—Y yo que me beses —susurró.

Ian le rodeó la cintura con los brazos y Katherine se derritió cuando la atrajo hacia sí. Entreabrió los labios, instándolo a acortar la estrecha distancia que los separaba, y él la besó como había soñado besarla desde el día en que se conocieron: de un modo tierno a la vez que apasionado.

Sin embargo, cuando sus labios se separaron para tomar aliento, Katherine lo miró con cierto recelo.

—Quiero que sepas que no voy a pedirte explicaciones ni a presionarte, Katie —le prometió él—. A partir de ahora eres tú quien lleva la batuta.

Una expresión de sorpresa y alivio cruzó por el rostro de ella.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio —asintió él—. Si ésa es la única manera de que estemos juntos, respetaré tu espacio y no te presionaré.

Katherine sintió como si le quitaran un peso terrible de los hombros. Hasta entonces ningún hombre le había dejado llevar la iniciativa: ni su abuelo, ni su padre, ni sus hermanos, ni siquiera los novios que había tenido. En cambio, Ian, tan acostumbrado a estar al mando, le había cedido el control, había depositado una fe ciega en ella… a pesar de los riesgos que para él implicaba el volver a confiar de nuevo en una mujer.

Sabiendo cómo había sufrido por la ruptura con su esposa y la pérdida de su hijo, aquello debía suponer desde luego un grandísimo salto de fe para él. Y ella no quería decepcionarlo, no

quería fallarle.

Aquella noche dejaría que le hiciera el amor, y al día siguiente… al día siguiente le contaría quién era, por qué estaba escondiéndose de su familia, y rogaría a todos los santos para que comprendiera por qué había hecho lo que había hecho.

Pero eso sería por la mañana. Esa noche quería que Ian fuese el amante adulto y experimentado con el que siempre había soñado.

Tomándola de la mano, Ian la condujo dentro de su despacho, hacia el sofá que había junto al ventanal, donde se sentaron juntos. Suavemente, los labios de Ian rozaron los suyos y sus manos empezaron a acariciarla a través de la ropa. Era agradable, pero esa noche ella no quería experimentar sensaciones tan tibias, no quería besos adolescentes, ni caricias experimentales. Quería pasión, quería arder por dentro, quería sentirse salvaje.

Con aquellos pensamientos, su excitación fue incrementándose al mismo tiempo que su frustración. Cuando ya no pudo resistir más, se apartó del tierno abrazo de Ian, y lo miró a los ojos.

—No —le dijo.

Ian la miró confundido, y después pareció decepcionado.

—Lo siento, creí que querías que hiciéramos el amor.

—Ian, no soy una niña. Sí, soy más joven que tú, pero hace tiempo que dejé atrás los dieciocho. No es un delito que tengas relaciones conmigo.

Ian frunció el ceño.

—No tiene nada que ver con eso —replicó—. Es sólo que no quiero hacerte daño. Quizá deberíamos ir a mi piso. En una cama estarías más cómoda.

—No soy una pieza de porcelana —replicó ella—, no me voy a romper. Y no quiero que nos vayamos a otro sitio. Quiero que hagamos el amor *aquí* y *ahora* —dijo subrayando cada palabra y tirándole del cinturón hasta desabrocharlo.

Lo agarró por el cuello de la camisa y se echó hacia atrás, haciendo que se tumbara sobre ella e interponiendo una rodilla entre sus muslos, presionándola contra su entrepierna.

—Quiero pasión, señor Danforth.

—Pasión… —repitió él con voz ronca.

—Haz lo que quieras hacerme, no lo que te parezca que deberías hacer. Toda mi vida no he podido hacer más que lo que mis padres consideraban que debía hacer, y estoy cansada de ser una niña buena.

Ian le subió la falda hasta la cintura, y Katherine pudo sentir su miembro erecto a través de las finas braguitas, entre sus blandos

muslos.

Y entonces, cuando Ian volvió a besarla, todo pensamiento lógico abandonó su mente. Katherine emitió un gemido extasiado al sentir cómo su lengua exploraba cada rincón de su boca de un modo incitante. Pronto las manos de Ian estaban quitándole la blusa y el sostén, y se quedó desnuda de cintura para arriba. Mientras seguían besándose, sus senos se frotaron contra el áspero tejido de la chaqueta de Ian, y los botones de la camisa le rozaban los pezones, excitándola aún más de lo que ya lo estaba.

Frenética, intentó desabrocharle la camisa para poder tocar su piel, pero Ian apartó sus manos.

—No —jadeó—. Te quiero así. Quiero que lo hagamos así.

Ella estaba medio desnuda, provocativa; él sin embargo vestido con su traje de ejecutivo, de jefe. ¿Le importaba? En absoluto; resultaría todavía más excitante.

—Lo siento, te compraré unas nuevas —murmuró Ian en su oído.

Katherine no comprendió a qué se refería, hasta que, segundos más tarde, él le rompió las braguitas de un tirón. Deleitándose en su fuerza, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. El cálido aliento de Ian bajó por su garganta y alcanzó sus senos. Notó cómo su lengua dibujaba círculos en torno a un pezón, después en torno al otro, y oyó un gruñido gutural antes de que uno de sus senos fuera engullido por la ardiente boca de Ian.

Mientras succionaba, Katherine se concentró en las sensaciones deliciosas que la estaban invadiendo. Después, Ian volvió a estimularle los pezones, mordisqueándolos y lamiéndolos con lentos lengüetazos.

—Oh —suspiró—. Por favor, no pares —le suplicó, empujándole la cabeza contra sus pechos, y sintiéndose cada vez más húmeda.

Ian cerró las palmas sobre sus nalgas, le abrió las piernas, y frotó la entrepierna de sus pantalones de lino contra ella, hasta que la tuvo jadeando, suplicándole una y otra vez que la tomara.

Ian no se había parado a preguntarle si le gustaba lo que le estaba haciendo. Era como si supiera interpretar el significado de cada temblor que la hacía estremecer, de la tensión de sus músculos en un momento dado… También parecía saber cómo, dónde, y cuándo tocarla para volverla loca, y Katherine se preguntó cómo podía estar controlándose cuando hacía rato ya había parecido dispuesto. En cambio, hasta el momento, estaba concentrándose únicamente en darle placer a ella.

—¡Ian! —gritó su nombre cuando introdujo una mano entre sus

cuerpos y la tocó por primera vez entre los muslos.

Los labios de Ian cubrieron los suyos una vez más, y sus dedos buscaron aquel canal húmedo y sensible en su interior, introduciéndose en él, y haciéndola arquearse y empujar las caderas contra su mano hasta que las olas de calor que estaban estallando dentro de ella fueron remitiendo como brasas que se van apagando poco a poco.

—Por favor… —le rogó con voz débil—, por favor, Ian, déjame tocarte.

Ian sonrió con dificultad.

—No puedo, cariño.

—¿Por qué? Quiero envolver con mis dedos tu… ¡oh, Ian, por favor!

—No, Katie, cuando llegue al clímax quiero que sea dentro de ti. Si me tocas ahora se habrá acabado.

Sus ojos parecieron centellear, y de nuevo Katherine imaginó la silueta de un depredador, un tigre encima de su presa. En cualquier momento la devoraría.

Y entonces, como si de pronto hubiera sentido que había alcanzado su límite, Ian bajó la mano a la bragueta de su pantalón. Katherine bajó la vista y vio cómo liberaba su miembro de los pantalones y los calzoncillos sin quitarse ninguno.

No podía apartar los ojos de él, y lo admiró sin pudor mientras él abría el envoltorio de un preservativo y se lo colocaba.

Después, sin ningún esfuerzo, hizo que cambiaran de posición, tumbándose él en el sofá y colocándola a ella a horcajadas sobre sus caderas. La hizo bajar lentamente, y cada centímetro de su sedoso miembro se introdujo dentro de ella, despertando nervios dormidos.

Katherine se sintió estremecer de placer, y se agarró a los hombros de Ian mientras él la hacía subir y bajar una y otra vez sobre él. La joven gritó su nombre, y en su mente apareció la imagen de aquella cueva en Arizona, el lugar donde las almas de los amantes se convertían en una. Aquel despacho era su cueva, el lugar donde sus almas se habían fundido en ese momento.

Capítulo Ocho

Con los brazos rodeando aún el cuerpo desnudo de Katherine, Ian rodó hacia un lado en el sofá mientras se desvanecían los últimos coletazos del clímax al que habían llegado. Echó las caderas hacia atrás para salir de ella, y la volvió a apretar contra sí, la cabeza descansando sobre su pecho. Ian apoyó la barbilla en sus rizos cobrizos y la acarició, esperando a que los latidos de su corazón comenzaran a normalizarse para susurrar en su oído:

—Por eso no podemos trabajar juntos.

Katherine se rió suavemente.

—Tú ganas. Tal vez si tuviéramos despachos separados…

—Aunque trabajáramos en plantas distintas —murmuró Ian besándola en la cabeza—. Me pasaría el día rondado por allí en vez de trabajar.

—Bueno, quizá si a la hora del almuerzo fuéramos a tu casa cada día…

Ian se echó a reír. ¿De qué creía aquella mujer que estaba hecho?

—Moriría de agotamiento a la primera semana —contestó—. Y no es que no resulte tentadora la idea de almorzar en la cama contigo cada día —añadió pensativo, peinándole el cabello con los dedos—, pero ahora mismo hay muchos asuntos de los que tengo que ocuparme, y ya sabes lo que dicen: «primero el deber y luego…».

Antes de que hubiera terminado la frase Katherine se incorporó como un resorte, el ceño fruncido.

—Ya veo —masculló con aspereza, dolida—. Lo primero son los negocios.

Se agachó para recoger su blusa del suelo y empezó a ponérsela aunque el sostén seguía medio colgado del respaldo de una silla, donde Ian lo había arrojado momentos antes.

—Katie… —dijo Ian, sentándose y tomándola de la cintura para volverla hacia él—. No estoy apartándote de mí. No quiero que esto sea un «aquí te pillo, aquí te mato». Quiero que seas parte de mi vida.

—¿En qué sentido? —inquirió ella, cautelosa.

Ian suspiró. ¿Cómo podía cambiar las cosas lo que acababa de

ocurrir entre ellos?

—Quizá sea demasiado pronto para hablar de eso —le dijo—. Yo necesito aclarar mis ideas, y tú tienes asuntos por resolver.

—Tienes razón —asintió Katherine.

Sin embargo, no fue capaz de mirarlo a los ojos. Ian sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Se levantó y tomó el sostén para entregárselo a Katherine.

—Katie, yo… —comenzó Ian—. No voy a ser tan presuntuoso como para pensar que el que hayamos hecho el amor me da derecho a pedirte que me expliques esas cosas de las que no te sientes preparada para hablar, pero si pudiera ayudarte de algún modo, me gustaría hacerlo. Y me gustaría pasar más tiempo contigo, y… —inspiró profundamente—. Lo que quiero decir es que no dejes que sean cuales sean tus temores te alejen de mí, por favor. Sólo quiero que sepas que me tienes a tu lado, para lo que haga falta.

Katherine alzó la vista hacia él, esbozó una leva sonrisa, y lo besó en la mejilla.

—Gracias —murmuró.

—Anda, vístete —le dijo Ian, abrochándose el pantalón y remetiéndose la camisa por dentro—. Te llevaré a casa.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero si no te importa preferiría volver a pie. Me apetece estirar un poco las piernas.

La decepción de Ian se tornó en preocupación.

—¿Vas a irte andando sola a estas horas?

—No me pasará nada. El casco histórico es muy seguro —replicó ella—, y además me vendrá bien el paseo para pensar. De verdad, estaré bien.

—Bueno, si es lo que quieres —asintió él.

Sin embargo, no pudo resistir el impulso de estrecharla entre sus brazos una vez más e imprimir en sus labios un beso largo y dulce antes de dejarla ir.

Mientras los pasos de Katherine se alejaban por el pasillo, Ian empezó a recoger sus cosas, recordando cada detalle de lo que acababan de hacer con una sonrisa en los labios. Suerte que las cortinas de su despacho hubiesen estado corridas, se dijo.

Sin embargo, le gustaba ver la sala bañada por la luz del día al llegar por la mañana, así que se acercó al ventanal para descorrerlas, y se quedó mirando la calle desierta. Katherine salía en ese momento del edificio, y al verla sonrió, sintiéndose mejor que nunca. Hasta entonces no había creído posible volver a sentirse completo, no había creído posible dejar atrás el dolor.

El día que conoció a Katie no había imaginado que aquella joven pelirroja sería capaz de obrar el milagro de devolverle la alegría, de curar su alma y darle esperanza.

Iba a alejarse del ventanal cuando, de entre las sombras, surgió una figura frente a Katherine, un hombre alto y fornido. Observó con horror cómo el tipo la agarraba del brazo e intentaba llevarla a un coche aparcado junto a la acera, mientras ella se resistía con todas sus fuerzas.

Lanzando un improperio, salió disparado de su despacho y corrió al ascensor. Los segundos que tardó en llegar a la planta baja se le hicieron interminables, y en cuanto las puertas se abrieron se lanzó hacia la salida sin perder un instante.

Ya en la calle, divisó a Katherine y al hombre del sombrero vaquero en la acera, y corrió hacia ellos.

—¡Apártate de ella, bastardo! —le gritó al tipo.

El puño de Ian colisionó con el estómago del hombre, y segundos después rodaban los dos por el suelo, forcejeando. Ian consiguió rodar hacia un lado, se hincó sobre las rodillas, lo agarró por el cuello de la camisa y le propinó un segundo puñetazo en la cara.

Detrás de él oyó gemir a Katie, y de pronto lo estaba golpeando en la espalda, rogándole que parara.

—¡No, Ian!, ¡Detente! No le hagas daño, por favor…

Confundido por aquel ruego en defensa del asaltante, Ian no vio venir el gancho de izquierda, y de pronto unos nudillos duros como el acero lo golpeaban en la mandíbula. Sin embargo, reaccionó rápidamente, y encajó otro puñetazo en el estómago del tipo, que cayó al suelo, agarrándoselo con ambas manos y esforzándose por respirar.

—¡Llama a la policía! —le gritó por encima del hombro a Katherine, que, inexplicablemente, seguía golpeándolo en la espalda y pidiéndole entre sollozos que parara.

Se puso de pie, tambaleándose y se volvió hacia ella.

—Katie, ¿por qué…?

—Por favor, Ian, no le hagas más daño —gimoteó ella—, es mi… es mi hermano.

—¿Tu… hermano? —repitió Ian, mirándola patidifuso.

Katherine asintió.

—Es mi hermano Dennis —dijo. Se giró hacia el hombre tirado en la acera, que estaba sentándose en ese momento—. Dennis, éste es mi jefe, Ian Danforth.

A Ian le llevó un momento digerir lo que acababa de decir

mientras miraba al hombre como si fuese una aparición. Tenía los ojos verdes, como Katie, y de su labio partido brotaba un hilillo de sangre. Ian soltó una palabrota entre dientes y le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—Creí… ¡creí que estaba intentando secuestrarte! —le dijo a Katherine irritado, sintiéndose como un idiota.

—Bueno, en cierto modo era lo que pretendía… —murmuró ella, apartándose un mechón de los ojos—. Es un bestia.

Dennis emitió un gruñido, como para expresar su desacuerdo.

—¿Te importaría explicarme qué está pasando aquí? —le dijo Ian a Katherine, sacudiéndose el polvo de las rodillas de los pantalones.

Ella, sin embargo, bajó la vista y enmudeció. Dennis se tocó el labio y contrajo la expresión.

—Estaba intentando convencerla para que volviera a Arizona conmigo, eso es todo —dijo.

—¡No es verdad! —exclamó Katherine enfadada—. ¡Estabas intentando meterme en el maldito coche por la fuerza!

—¡Papá y mamá estaban preocupados por ti!

—¡Eso no te da derecho a…!

—¿A hacer lo que es mejor para ti? —la interrumpió Dennis enfadado.

—¡No!, ¡a controlar mi vida! —le gritó Katherine, rompiendo a llorar. Con los puños apretados junto a las caderas, dio un pisotón en el suelo—. ¡No es justo! Nunca puedo hacer lo que quiero… nunca…

—Escúchame bien, Katherine Fortune… no vayas a empezar con uno de tus berrinches, porque no…

—¿Katherine… Fortune? —lo interrumpió Ian frunciendo el ceño.

Los dos hermanos giraron la cabeza hacia él, Katherine con una expresión de temor en sus ojos verdes, y Dennis suspicaz.

—Sí, ése es su nombre: Katherine Fortune. Si eres su jefe deberías saberlo.

—*Soy* su jefe, pero ése no es el nombre que ponía en su currículum —contestó Ian. Se volvió hacia la joven entre sorprendido y enfadado—. ¿De qué va todo esto?

Katherine se sintió como si le hubiese dado un bofetón.

—Supongo que te debo una explicación.

—Sí, me parece que sí —asintió Ian.

Volvieron dentro del edificio de Danforth & Danforth y subieron al despacho de Ian. Katherine se notaba un nudo tan grande en el

estómago como el estado de Georgia. Su peor temor se había convertido en realidad.

Sintiéndose como un reo condenado a muerte, Katherine se sentó en una de las sillas frente a la mesa de Ian y, sin poder evitarlo, se echó a llorar desconsoladamente, hundiendo el rostro entre sus manos. De pronto, sin embargo, una mano se posó en su hombro. Hipando, se secó las lágrimas y levantó la cabeza. Era Ian quien estaba de pie a su lado, y para su sorpresa la expresión en su rostro no era de enfado sino de lástima.

—Está bien, Katie… Katherine —se corrigió—. ¿Qué tal si intentas explicarme lo que está ocurriendo aquí?

—¿Qué diablos hay que explicar? —intervino Dennis irritado, apretando un pañuelo humedecido contra su labio partido—. Se escapó de casa hace más de tres semanas y todo este tiempo no hemos sabido nada de ella.

—Dejé una nota en mi habitación —protestó Katherine entre sollozos, dirigiéndose a Ian—. Les escribí en ella que no se preocuparan por mí. No podía decirles dónde estaba, porque habrían venido a buscarme para arrastrarme de vuelta a casa… como ha hecho ese bruto.

Dennis, que estaba de pie en medio del despacho, dio un paso hacia ella, pero Ian se interpuso entre ambos.

—Está bien, ya basta —les dijo—. Estoy seguro de que… de que Katherine no habría tomado una medida tan desesperada si no hubiese sentido que no tenía otra salida —añadió, mirando a Dennis.

Katherine lo miró sorprendida. ¿Estaba de su parte? Dennis, sin embargo, sacudió la cabeza, apretando de nuevo el pañuelo contra su boca.

—Lo que ha hecho es imperdonable —masculló—. Tal y como está el mundo hoy en día esa nota de dos líneas que no dejó no tranquilizó a mis padres en lo más mínimo. Nos temíamos que pudiera pasarle cualquier cosa.

Ian se volvió hacia Katherine, dándole la oportunidad de dar su versión de los hechos.

—Iba a llamarlos —le aseguró la joven—. En cuanto consiguiese un trabajo estable y pudiera alquilar mi propio apartamento. En el que he estado viviendo estas semanas es de una amiga —explicó. Ian abrió la boca, como para interrumpirla, pero Katherine no le dejó—. Tenía que demostrarles que puedo arreglármelas sola, tomar mis propias decisiones…

Dennis sacudió la cabeza de nuevo.

—¿Por qué no intentas comprender a papá y a mamá, Katherine? Lo único que quieren es protegerte.

—¡Tengo veintidós años! —le espetó ella—. Si ellos intentaran confiar en mí quizá…

—Desde luego no les da mucha confianza una hija con tan poco sentido común como para marcharse de casa y lanzarse a la aventura como has hecho tú —farfulló Dennis—. Podía haberte pasado cualquier cosa.

Los ojos de Katherine se llenaron de lágrimas de nuevo. Ian levantó una mano para intervenir.

—Perdona que me entrometa, Dennis, pero me parece que no estás siendo justo con tu hermana. Ella sólo hizo lo que sentía que tenía que hacer y, fuera o no una locura, creo que deberías respetar sus deseos de ser independiente.

Katherine miró a Ian llena de gratitud. Se volvió vacilante hacia Dennis.

—Bueno, al menos ahora ya sabes dónde estoy y que estoy bien. Puedes volver a casa y decírselo a los demás.

—Oh, sí, claro —farfulló Dennis—. Si vuelvo a casa sin ti los gritos de papá se oirán hasta en la luna, y luego tomará el primer vuelo y vendrá a buscarte.

Ian miró a los dos.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —les preguntó.

—No pienso irme de Savannah —se apresuró a decir Katherine.

—No he dicho que tengas que hacerlo —replicó Ian.

—Pero… —comenzó Dennis.

Ian levantó una mano para pedirle silencio.

—Dennis, ¿estás alojado en algún hotel de la ciudad?

—En el Hilton. ¿Por qué?

—Crofthaven, la mansión de mi familia, está vacía ahora mismo. Mi padre está de gira por varias ciudades, promocionando su candidatura al senado —explicó Ian—. Podríais veniros los dos allí esta noche y hablar con tranquilidad. Sería un campo neutral, y yo podría intervenir como mediador. Quizá así lleguéis a un acuerdo.

—Podemos hacer eso en mi hotel, mi hermana y yo solos —repuso Dennis obstinadamente.

—No —dijo Katherine enfadada—. Intentarías volver a imponerte por la fuerza.

—Por amor de Dios… —gruñó su hermano—. Sólo estaba intentando llevarte al coche conmigo para que habláramos, en vez de en medio de la calle.

—Seguro —farfulló ella—. Y antes de que hubiese podido decir

nada estaríamos cruzando la frontera de Tennessee —dejó escapar un pesado suspiro—. No quiero hacer sufrir a papá y a mamá, Dennis, pero necesito un poco de tiempo para poder ser yo misma, sin que nadie me diga lo que tengo que hacer. Pero estoy dispuesta a hablar, como ha propuesto Ian.

Dennis pareció considerarlo.

—Está bien. Iré al hotel y recogeré mis cosas —claudicó—. ¿Seguro que no molestaremos? —le preguntó a Ian.

—No, claro que no. Tenemos muchas habitaciones de invitados. Os llevaría a mi piso, pero sólo tengo un sofá cama.

Mientras salían del despacho, Katherine se detuvo junto a Ian, que estaba apagando la luz.

—Ian, yo… lo siento. Quería explicártelo todo, pero pensaba… tenía miedo de que te pusieras en contacto con mis padres.

Ian sonrió levemente.

—Tal vez lo hubiera hecho. Imagino lo preocupados que habrán estado.

Katherine bajó la vista.

—Lo sé, y por esa parte me siento avergonzada.

—Los llamaré por la mañana y les diré que te he encontrado —dijo Dennis en el pasillo, detrás de ella.

—No —replicó ella con firmeza, volviéndose hacia él—. Los llamaré yo y les diré que pienso quedarme aquí.

No era que no se fiara de que su hermano no fuese a llevarla a Crofthaven, pero prefirió ir en el coche de Ian porque quería hablar con él en privado.

—Ian, yo… quería darte las gracias —murmuró cuando salían de la ciudad en dirección a la mansión.

—¿Por qué?

—Por defenderme, y por defender mi derecho a perseguir mi sueño.

Ian se encogió de hombros.

—Sólo pensé que yo me sentiría igual que tú si mi familia me obligase a hacer o a ser algo que yo no quisiera.

—Pero tú… trabajas en la empresa que antes dirigía tu padre —apuntó ella—. ¿No te sientes molesto con tu familia por eso?, ¿no sientes que tu vida es lo que ellos quieren que sea y no lo que tú podrías hacer de ella?

Ian sacudió la cabeza sin apartar los ojos de la carretera.

—Siempre había querido llegar a dirigir la compañía —le dijo—,

o al menos ser parte de ella. De niño me encantaba ir al muelle a ver cómo descargaban el café que importábamos, y me habría sentido decepcionado si se me hubiese excluido —aminoró la velocidad para tomar una curva, y miró por el retrovisor para asegurarse de que no habían perdido a Dennis, que iba detrás de ellos en un coche alquilado—. Pero no creas que me dieron directamente el puesto de director. Tuve que ir a la universidad, licenciarme en empresariales, hacer un master de dirección de empresas, y después tuve que ir escalando puestos. Y me alegro de que fuera así, de que no me pusieran en la dirección nada más llegar sólo por ser el hijo de Abraham Danforth.

La miró, y Katherine vio en sus ojos un brillo que le hablaba de su pasión por los retos, y del orgullo de haber llegado a donde estaba trabajando duramente.

Ian giró en un desvío, y al cabo de unos minutos Katherine divisó a lo lejos una enorme verja de hierro forjado.

—Ya estamos aquí: Crofthaven —anunció Ian.

Katherine había esperado una gran casa, desde luego, pero su imaginación no la había preparado para el esplendor del edificio de estilo georgiano y los magníficos jardines que la rodeaban.

—El servicio se habrá retirado a dormir —dijo Ian—, pero la cocinera suele dejar algo preparado en la nevera para las visitas inesperadas —añadió deteniendo el coche frente a la casa. Dennis aparcó al lado.

—La verdad es que no tengo mucho apetito —murmuró Katherine, que tenía el estómago revuelto por los nervios—, pero no le diría que no a un vaso de leche caliente.

—Hecho —dijo Ian saliendo del coche, y abriendo la puerta del asiento trasero para sacar la bolsa de viaje de Katherine.

Cuando Dennis fue a su hotel, Ian había acompañado a Katherine al apartamento, y ella había preparado una bolsa con una muda de ropa y sus objetos de aseo.

Katherine salió del coche y miró a su hermano, que estaba observando la fachada. Era obvio que estaba tan impresionado como ella ante la opulencia sureña de la mansión.

Ian los llevó dentro, y después de ofrecerles una cena fría en la cocina, los condujo al segundo piso y a través de un largo pasillo con puertas cerradas a ambos lados. Pasó unas cuantas y se detuvo para abrir una a la izquierda.

—Dennis, ésta será tu habitación —le dijo al hermano de Katherine—. Tiene baño, teléfono, y puedes conectarte a Internet si quieres mirar tu correo electrónico —añadió—. He visto que traes

un portátil contigo.

—Es muy generoso por tu parte —dijo Dennis—. Mi hermana ha tenido mucha suerte. No se encuentran jefes así todos los días.

Katherine esbozó una sonrisa, aunque le pareció que en el tono de su hermano había cierta curiosidad, como si sospechase que su relación con Ian iba más allá de lo profesional.

—Y supongo que mi hermana… —murmuró Dennis.

—Tendrá su propia habitación, justo frente a la tuya —contestó Ian, adivinando sus pensamientos y señalando la habitación de enfrente—. La cocinera tiene listo el desayuno a las siete, pero puedes dormir hasta la hora que quieras. Imagino que después de perseguir a tu hermana a través de varios estados debes estar cansado.

—La verdad es que sí, aunque el colofón del día de hoy también tiene bastante que ver con mi cansancio—farfulló Dennis tocándose el labio hinchado.

Katherine sintió deseos de decirle que se lo había buscado, pero decidió que sería mejor no hacerlo, y le dio un beso de buenas noches en la mejilla. Después de todo, quizá no podía evitar ser tan protector como era. Iba a llevarle tiempo convencerlo a él y a su familia de que no necesitaba que la cuidaran y la vigilaran todo el tiempo como si fuese una niña pequeña.

Después de que Dennis cerrara la puerta de su dormitorio tras de sí, Ian abrió la de la habitación que le había asignado a ella, encendió la luz, y entró con ella, dejando su bolsa de viaje en el suelo, junto a la cama.

—Que pases buena noche —le deseó.

Iba a marcharse ya, pero Katherine lo retuvo, tomando su mano en la suya.

—Ian, yo… sólo quería pedirte que no pienses que he traicionado tu confianza —le dijo quedamente—. Siento mucho todo lo que ha ocurrido, y el haberte ocultado la verdad para conseguir el trabajo. En realidad la idea de escaparme de casa me la dio una amiga. Está en Europa, y va a quedarse allí un año, trabajando, así que me sugirió que usara su nombre y su apartamento hasta que consiguiera un trabajo estable para poder independizarme. Sé que no está bien que no me haya puesto en contacto con mis padres en estas tres semanas, pero tú mismo has visto lo que habría ocurrido si lo hubiera hecho.

—Tu hermano ha dicho que sólo quería hablar contigo —replicó él—. Y dudo que te hubiera arrastrado de vuelta a Arizona contra tu voluntad.

Katherine dejó escapar una risa amarga.

—Eso es porque no conoces a los hombres de mi familia —respondió—. No digo que los Fortune no quieran a sus esposas, sus hermanas, y sus hijas, pero son muy testarudos, y piensan que son los únicos que tienen la razón. Se creen con derecho a dirigir nuestras vidas.

—Para que luego diga mi hermana Kimberley que las cosas siempre tienen que hacerse como yo diga… —murmuró Ian, esbozando una sonrisa.

—Bueno, algo de razón tiene… —dijo Katherine sin poder reprimirse, sonriendo maliciosa.

Ian se rió, y se llevó la mano de la joven a sus labios para besarle los nudillos.

—Sois las dos un poco exageradas. Todavía no me ha dado por ir arrastrando a las mujeres por el pelo, como en el tiempo de los prehistóricos —bromeó. Sin embargo, de pronto sus facciones se ensombrecieron, la sonrisa se borró de sus labios, y dejó caer la mano de Katherine—. Aunque quizá sea igual de insensible que ellos —murmuró—. Prácticamente obligué a Lara a seguir adelante con el embarazo y a casarse conmigo.

—Ian —le dijo Katherine suavemente—: no digo que lo que hicieras estuviera bien, pero no eres un mal hombre por ello, y no deberías recriminarte de esa manera.

Ian dudó un momento, para luego dar un paso hacia ella y abrazarla.

—Si algo aprendí de aquello —murmuró en su oído—, es que no hay nada más importante para que una relación funcione que el que haya amor y confianza por las dos partes —se apartó un poco y continuó sin mirarla a los ojos—. Si Lara y yo nos hubiésemos querido de verdad, tal vez nos habríamos mantenido unidos, nos habríamos dado una segunda oportunidad, pero yo lo estropeé todo forzándola a casarse conmigo y a seguir con el embarazo, cuando ella no lo deseaba y no estaba preparada —exhaló un suspiro—. Y ahora… ahora ha surgido esto entre nosotros, y yo… —buscó los ojos de Katherine—… sigo creyendo que la confianza mutua es esencial en una relación. Y no estoy seguro de poder confiar en ti.

Sus palabras dejaron el alma de Katherine en carne viva. Tragó saliva y parpadeó, intentando contener las lágrimas.

—Te prometo que no soy de la clase de personas que van contando mentiras y engañando a los demás, Ian —le dijo—. Es sólo que no sabía cómo enfrentarme a mi familia, y sentí que necesitaba alejarme de ellos.

Miró a Ian, esperando ver en sus ojos lo que opinaba de ella, pero la expresión de su rostro era inescrutable.

—Le he prometido a mi hermano que los llamaré mañana y lo haré —le dijo Katherine, como queriendo reafirmarse—, pero no pienso volver a Arizona. Quiero terminar lo que vine a hacer, quiero demostrarles que puedo valerme por mí misma sin el dinero y el apellido de los Fortune.

Ian la atrajo hacia sí, apretándola contra su pecho, y le acarició el cabello y cuando Katherine levantó la cabeza para mirarlo la besó con una ternura infinita.

La joven no quería que la dejara, quería que se quedase con ella en aquella hermosa habitación, y hacer el amor con él toda la noche, pero Ian la tomó por los hombros y la apartó de sí tras despegar sus labios de los de ella.

—¿Ian? —lo llamó Katherine en un susurro.

—No, Katherine, no podemos hacerlo. No con esta situación interponiéndose entre nosotros.

—Pero…

La mirada de Ian se endureció.

—Me mantendré al margen y te dejaré hacer lo que consideres que tengas que hacer. Estaré a tu lado para ayudarte, pero sólo si me lo pides.

—Pero, ¿qué hay de nosotros?, ¿de ti y de mí?

Ian sacudió la cabeza.

—No puedo tener una relación seria con una mujer que simplemente está de paso en mi vida mientras intenta descubrir quién es y qué quiere hacer con la suya. La mujer que estoy buscando tiene que estar dispuesta a convertirse en una Danforth, con todo lo que eso conlleva, y a formar una familia conmigo.

De pronto Katherine se sentía vacía por dentro. No podía articular palabra.

—Comprendo que eso no es lo que tú quieres —continuó Ian suavemente—, pero las cosas son como son.

Le dirigió una mirada dolida, salió de la habitación y cerró la puerta.

—Pero es que yo… te quiero —musitó Katherine.

Capítulo Nueve

A la mañana siguiente, Ian abrió los ojos, y le llevó un momento recordar por qué estaba en la que había sido su habitación en Crofthaven hasta que se independizara. Eran las siete y cuarto de la mañana, y no había pasado buena noche. Le había costado una eternidad dormirse, porque no había podido dejar de pensar en Katie… Katherine.

Cualquier otro hombre, se había dicho una y otra vez, irritado consigo mismo, habría pasado la noche con ella. Cualquier otro hombre habría mandado a paseo el futuro y habría disfrutado de lo que le ofrecía el presente. Después de todo, Katherine no quería nada serio.

Sin embargo, estaba convencido de que si hubiese pasado la noche con ella, aquello inevitablemente los llevaría a algo más, antes o después, y nadie mejor que él sabía el dolor que podía causar a dos personas una relación en la cual no estaban de acuerdo en las cosas importantes de la vida, como el matrimonio, los hijos, la honestidad con el otro…

Se puso unos pantalones cortos de algodón, una camiseta y unas zapatillas de deporte para ir a correr, y bajó las escaleras, pasando por la cocina antes de salir para ver si Florence, la cocinera, ya tenía listo el desayuno.

Su sorpresa fue mayúscula cuando empujó la puerta de roble y se encontró a Katherine sentada en la mesa hablando por el teléfono inalámbrico con una taza de café frente a ella. Florence estaba poniéndole delante un par de tostadas y un tarro con mermelada casera. Katherine sonrió a la mujer y siguió hablando:

—Lo sé, sé que os he dado un disgusto a ti y a mamá, y lo siento, de verdad.

Levantó la cabeza hacia Ian y le dijo moviendo mudamente los labios: «Mi padre».

—¿Quieres tomar algo, Ian? —le preguntó Florence.

—No, gracias. Desayunaré cuando vuelva. Hasta ahora.

—Hasta ahora —respondió Florence.

Katherine le hizo un gesto de despedida con la mano, e Ian salió de la cocina.

Treinta minutos después Ian estaba de regreso tras una buena

carrera a la orilla del mar. Sudoroso y cansado, fue a darse una ducha, y cuando volvió a bajar se encontró a Katherine aún en la cocina, esperándolo para desayunar con él a pesar de que sus tostadas ya debían estar frías.

Ian se sentó frente a ella en la larga mesa de madera y empezó a servirse en su plato un poco de todo lo que Florence había preparado: beicon, huevos revueltos, tortitas…

—Bueno, ¿cómo te ha ido con tu familia? —le preguntó.

—Me han tenido más de media hora al teléfono —contestó Katherine sacudiendo la cabeza y tomando un sorbo de café—. Después de hablar con mi padre he tenido que hablar con mi madre, luego con mis otros dos hermanos, y luego con mi abuelo y mi abuela. Creo que entre todos me han regañado para lo que me queda de vida.

—¿No se han alegrado de que los hayas llamado?

Katherine dio un mordisco a una de sus tostadas y tomó otro sorbo de café.

—No es eso, pero piensan que lo que he hecho ha sido una chiquillada —dijo con un suspiro—. Bueno, supongo que fue bastante inmaduro por mi parte escaparme de casa en vez de quedarme y solucionar las cosas con mis padres, pero es que estaba tan cansada de haberlo intentado mil veces y haber fracasado cada una de ellas…

—Quizá ahora comprendan que han sido demasiado protectores contigo —comentó Ian—. Tal vez después de esto serán más comprensivos contigo.

Era la segunda vez que Ian sugería que volviese a casa, y Katherine sintió que se le hacía un nudo en el estómago al oírlo.

—¿Quieres que me vaya, Ian? —inquirió en un hilo de voz, mirándolo con el corazón en vilo—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No importa lo que yo quiera —respondió él—; lo único que cuenta es lo que *tú* quieras para ti.

A Katherine le entristeció pensar que a Ian no le importase que se marchase de Savannah. ¿No la echaría siquiera un poco de menos?

—Buenos días a todos.

Katherine levantó la vista del plato para ver entrar a su hermano.

—Buenos días, Dennis —lo saludó Ian.

—¿Vas a cumplir tu palabra de llamar a papá y mamá? —le preguntó Dennis a Katherine, sentándose frente a ella.

Su hermano, como siempre, directo al grano, pensó la joven.

—Ya lo he hecho —contestó ella, satisfecha de poder darle en las narices—. Y tengo testigos.

Dennis la miró admirado.

—¿Y qué te han dicho?

—Que volviera a casa inmediatamente, por supuesto —contestó ella.

—¿Y vas a hacerlo?

—Ni hablar —replicó ella reclinándose en su asiento—. Me encanta esta ciudad, y me encanta trabajar en Danforth & Danforth. Si volviera a Arizona estaría el resto de mi vida a la sombra de papá y mamá, pero aquí puedo llegar a ser lo que quiera.

—Aquí tienes que arreglártelas sola, y no tienes un centavo —le recordó Dennis, poniéndole los pies en el suelo, como siempre.

Katherine lo miró irritada.

—No me importa —replicó—. Trabajaré, ahorraré, y quizá pueda ascender dentro de la empresa con el tiempo.

Dennis se echó a reír.

—Ten cuidado, Ian, o te dejará sin empleo.

Katherine sintió la mirada de Ian sobre ella, y alzó tímidamente el rostro hacia él. Sus ojos se encontraron, y vio en los de él una mezcla de admiración… y algo más que no supo interpretar.

—Estoy convencido de que tu hermana es capaz de conseguir lo que se proponga.

Al día siguiente, Dennis aprovechó para hacer turismo, y le relató a Ian y a su hermana todo lo que había visto cuando Ian los invitó a los dos a cenar después del trabajo. Fueron a un restaurante en el casco histórico de la ciudad en la calle treinta y siete llamado Elizabeth. El edificio dejó a Katherine sin aliento. Se trataba de un antiguo palacete rodeado por hermosos jardines, donde el tiempo parecía haberse detenido y resultaba difícil recordar que estaban en una ciudad moderna y bulliciosa.

Cuando salían del restaurante, Katherine tuvo la impresión de que había alguien observándola, pero miró calle arriba y abajo y no vio a nadie sospechoso, así que decidió no decirle nada a Ian ni a Dennis.

Sin embargo, su intranquilidad no desapareció hasta que subieron al coche de Ian. Era la misma sensación que había tenido cuando los ojos de Hernández habían estado fijos sobre ella aquella tarde en el despacho de Ian.

—¿Has vuelto a recibir alguna llamada de los tipos del cártel? —

le preguntó a Ian cuando se sentó junto a él en el coche.

—No desde nuestro encuentro en la oficina —respondió él.

—¡¿*Cártel*?! —repitió Dennis, inclinándose hacia adelante en el asiento de atrás.

Katherine cerró los ojos. Por un momento se había olvidado de la presencia de su hermano y se le había ocurrido mencionar aquello: craso error.

—Nuestra empresa ha estado teniendo problemas con un proveedor que quiere convencernos para que dejemos a los que tenemos y compremos su café —explicó Ian—. Hace algo más de un mes explotó una bomba en nuestras oficinas, y sospechamos de esa gente, porque el FBI cree que están relacionados con un cártel de narcotraficantes colombiano.

Katherine volvió a cerrar los ojos. ¿Por qué, por qué tenía que haber mencionado lo de la bomba?

—¿Y *éste* es el sitio que has escogido para trabajar? —le dijo Dennis a Katherine fuera de sí.

—Lo de la bomba ocurrió antes de que yo empezara a trabajar allí. Ahora está todo controlado —le aseguró ella.

—¿Y después de enterarme de esto esperas que vuelva a casa y le diga a papá y a mamá que no se preocupen, que su hija está a salvo y que es feliz?

—Bueno, soy feliz —arguyó ella.

Y era verdad. No recordaba haberse sentido más feliz en toda su vida. Sólo le faltaba una cosa para ser completamente feliz: Ian. Y por desgracia parecía que sus posibilidades de ganarse su confianza se habían reducido drásticamente.

Katherine llevó a Dennis al aeropuerto la tarde del día siguiente en el pequeño utilitario de tercera mano que había comprado hacía unos días. Había estado temiendo ese momento, no porque se fuese, sino porque se quedaría a solas con Ian.

Ian les había ofrecido a Dennis y a ella quedarse en Crofthaven como sus invitados hasta que su hermano tuviese que tomar el vuelo de vuelta, pero habiéndose marchado Dennis, ella ya no tenía motivo para permanecer en la mansión. Además, Abraham Danforth regresaría en un par de días.

La actitud de Ian la irritaba profundamente. ¿Por qué con él tenía que ser todo o nada? ¿No podía al menos darle tiempo para pensar en ello? ¿Dónde había quedado aquello de salir juntos, irse conociendo poco a poco… enamorarse? Era muy joven, y siempre

había pensado que le quedaba mucho tiempo por delante para casarse si algún día aparecía la persona adecuada.

Después de que dejar a Dennis, dio vueltas sin rumbo por la ciudad con el coche, reacia a regresar a Crofthaven para recoger su bolsa de viaje, y ya había oscurecido cuando finalmente se dirigió hacia allí.

Cuando llegó, la mansión estaba prácticamente a oscuras, pero la luz de la habitación de Ian estaba encendida. Aparcó el coche, y se dirigía a la casa cuando llegó otro vehículo, del que salió la señora Jones, el ama de llaves.

—Buenas noches —la saludó Katherine.

—Buenas noches, señorita.

—Qué suerte que haya aparecido usted —dijo Katherine—. Venía a recoger mis cosas y no quería llamar al timbre para no despertar a nadie.

La mujer sonrió levemente mientras abría su bolso para sacar la llave de la entrada.

—Hace frío, ¿verdad? —comentó Katherine, frotándose los brazos.

—Sí, es verdad. Yo me había llevado una chaqueta fina porque pensaba regresar más temprano, pero iba a ver a mi cuñada y hemos acabado charlando hasta las mil —respondió la mujer, riéndose suavemente.

Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, dejando pasar primero a Katherine.

—Gracias.

—¿Quiere que la ayude a bajar sus cosas? —se ofreció la mujer.

—No hace falta. Es sólo una bolsa de viaje.

—En ese caso me voy a la cama. ¿Volveremos a verla por aquí?

—No lo sé —respondió Katherine con sinceridad, encogiéndose de hombros—. Que descanse.

—Gracias, querida. Y a usted que le vaya bien.

Mientras la mujer se alejaba por el corredor que conducía al ala donde estaban las dependencias del servicio, Katherine inspiró profundamente y subió las escaleras, todavía insegura de cómo abordar a Ian.

¿Lo amaba? Su corazón le decía que sí. Pero, ¿la amaba él? Si así era, nunca lo había dejado entrever, y ella no quería una relación sin amor y sin una igualdad de derechos por ambas partes. No podía renegar de aquella libertad por la que estaba luchando sólo para convertirse en otra mujer a la sombra de un hombre rico e influyente, como su madre y su abuela. ¡Si pudiera hacer que Ian

comprendiera aquello…!

Su mano se detuvo vacilante sobre el pomo de la habitación unos segundos que se le hicieron eternos antes de reunir el valor suficiente para girarlo. Sólo cuando estaba empujando la puerta se dio cuenta de lo presuntuoso que resultaba por su parte el no haber llamado. Golpeó suavemente con los nudillos la puerta entreabierta, y al escuchar el ruido Ian, que estaba sentado delante de un pequeño escritorio leyendo unos papeles, alzó la cabeza.

Estaba vestido únicamente con una camiseta y unos boxers, pero no pareció incomodarse por su repentina aparición.

—No quería molestarte —balbució Katherine entrando, y cerrando la puerta suavemente tras de sí—, pero creo que deberíamos hablar.

—¿Eso crees? —murmuró él, bajando la vista de nuevo a los papeles frente a él.

Katherine se aclaró la garganta, que de pronto se notaba terriblemente seca.

—Te debo una disculpa por…

—Ya hablamos de eso —la interrumpió él—. Hiciste lo que creíste que tenías que hacer. A veces las relaciones familiares pueden ser complicadas.

—No se trata sólo de eso, Ian —replicó ella—. Al principio yo no podía imaginar que iba a surgir esta atracción. Entonces no pensé que importara demasiado que fingiera ser otra persona ante alguien que me había contratado únicamente para una semana o dos. No podía saber lo que iba a pasar entre nosotros.

—Nosotros… —repitió él en un tono tan cortante como los trozos de un cristal roto—. Katherine, yo… —sacudió la cabeza y finalmente se puso de pie, volviéndose hacia ella. Parecía cansado, y sus ojos estaban tristes—. Queremos cosas distintas de la vida, y eso no va a cambiar. De hecho, si quieres que te sea sincero, no veo ningún futuro para nosotros.

—¡Pero es que tal vez necesitemos darnos un poco más de tiempo para averiguar qué es lo que de verdad queremos! —replicó ella, mordiéndose el labio inferior, decidida a no llorar.

—Yo diría más bien que lo que tú quieres es no comprometerte, no cerrarte a ninguna opción.

Dicho así la hacía parecer una mujer superficial, sin sentimientos.

—Eso no es verdad —arguyó, inspirando temblorosa—. Lo que quiero es ir con cuidado para no tomar una decisión equivocada. ¿No podríamos ir más despacio y ver qué ocurre?

—No, Katherine —respondió él, yendo a su lado y tomándola de ambas manos—. Yo hace tiempo que pasé de la edad en la que uno está experimentando con sus relaciones. Cuando salgo con una mujer lo hago para relajarme, o para que mi familia no me dé la lata, intentando buscarme pareja, pero no pienso atarme emocionalmente a una mujer que no sabe qué es lo que quiere —le dijo irritado, soltando sus manos y apartándose de ella—. Enamorarme no entra en mis planes si es sólo para acabar con el corazón roto.

—Tampoco entraba en los míos —susurró ella, sintiendo que las lágrimas estaban ganando la batalla—. Pero no he podido evitar enamorarme de ti.

Ian se giró hacia ella con el ceño fruncido, pero cuando habló el tono de su voz era suave y no enfadado.

—Katherine, por favor, no digas cosas que no sientes.

—Es lo que siento… por desgracia —sollozó—. Supongo que al principio no quise verlo. Nunca tuve intención de llegar a sentir lo que siento por ti, Ian. No quería enamorarme de un hombre como tú.

—Vaya, cuánto me halaga oír eso, gracias —farfulló él irritado.

—¡Escúchame! —le gritó ella, llena de frustración—. ¡Tú eres la clase de hombre de la que he estado huyendo!

—Oh, esto cada vez se pone mejor… —dijo él, con una sonrisa sardónica.

Estaba burlándose de ella, pero al menos aquello era mejor que su actitud mohína de hacía unos momentos, pensó Katherine.

—A lo que me refiero… —explicó entre lágrimas—… es a que tú provienes de una familia de dinero, y que cuando alguien cercano a ti tiene problemas, tú… tú estás acostumbrado a intervenir y salvar la situación como si fueras un héroe.

—¿Y es malo querer ayudar?

Katherine lo golpeó con un puño en el pecho.

—Sí si no dejas que esa persona solucione sus problemas por sí misma —le espetó.

Ian tomó su puño entre ambas manos antes de que pudiera retirarlo.

—¿Así que estás diciendo que eso es lo que yo te he hecho?

—Todavía no —admitió ella—. Pero es algo que está ahí, algo que llevas dentro de ti —añadió, golpeando su pecho suavemente con sus manos unidas—. Si iniciáramos una relación, con el tiempo ocurriría.

—O quizá no —replicó él—. Ahora que sé lo importante que es

para ti tener tu independencia, haría un esfuerzo para no presionarte.

Katherine escrutó su rostro muy seria. ¿Podía darle un voto de confianza a ese respecto?

—¿De verdad lo crees posible, Ian? —le preguntó—. Tú mismo dijiste que sin querer presionaste a Lara para que hiciera lo que tú querías. ¿Crees que puedes cambiar cuando haces esas cosas inconscientemente?

—Quizá no se trate tanto de cambiar como de aprender —contestó él—. Cada relación es diferente, Katherine. Nosotros apenas hemos empezado a conocernos, pero en cuanto te dije que mi deseo era casarme y formar una familia tú me miraste aterrada, y yo me eché atrás, porque no quería que me ocurriera como con Lara.

—Lo sé —murmuró ella con tristeza.

—¿Sabes? Creo que deberíamos hacer una tregua —le dijo Ian rodeándole la cintura con los brazos y acariciándole suavemente la espalda—. Tenemos que dejar nuestros temores a un lado e intentar averiguar qué es lo que queremos de verdad. Quiero decir… lo que dices que sientes por mí… quizá no sea más que la vieja historia de la secretaria que se siente atraída por su jefe.

Katherine negó vehementemente con la cabeza.

—Es más que eso, Ian. Me gusta estar contigo, me gusta tu forma de ser, la responsabilidad que sientes hacia tus empleados, tu lealtad para con tu familia… Quiero ser parte de tu vida, pero todavía no sé cómo.

Ian asintió, como aceptando sus palabras aunque no fueran las que él quería oír.

—¿Y tú, Ian? —inquirió ella vacilante.

Si después de haberle abierto su corazón le decía que se olvidara de él, tendría que marcharse también de Savannah, porque no creía que pudiera soportar verlo cada día en la oficina, o cruzarse con él por la calle y saber que no podría estar jamás de nuevo a su lado.

—¿Yo? —comenzó él quedamente—. Quisiera poder negarlo, pero la verdad es que desde el primer momento en que te vi me sentí atraído hacia ti.

La besó de un modo tierno pero apasionado, como si hubiera estado mucho rato deseando hacerlo. Sin embargo, cuando despegó sus labios de los de ella y se echó hacia atrás para mirarla, Katherine leyó una incertidumbre en su mirada.

—Si sólo se tratara de sexo, sería fácil —continuó Ian—. Puedo conseguir eso con otras mujeres, pero ninguna otra mujer me

importa como me importas tú. Quiero una esposa a la que amar y que me ame, y que quiera tener hijos conmigo; quiero un hogar feliz para esos niños; y por la noche, cuando estén acostados, quiero pasión. Quiero todo eso, Katherine, pero si tú sientes que no puedes comprometerte a esa clase de relación, no quiero arriesgarme a empezar nada.

Katherine sintió que le dolía el corazón de indecisión al escuchar sus palabras. ¿Podría ser ella aquella mujer que él soñaba? ¿Qué habría hecho ella si hubiese estado en el lugar de Lara?, se preguntó, buscando la respuesta en su alma.

—Si yo me quedara embarazada… —caviló en voz alta—… querría tener ese bebé… nuestro bebé —puntualizó. Y al decir esas palabras, notó que una sensación cálida la invadía.

Ian estudió su rostro cauteloso.

—No quiero ser padre soltero —le dijo—, ni uno de esos padres que sólo pueden tener a sus hijos durante el fin de semana. Quizá te parezca muy exigente, pero no tendría sentido que te engañara respecto a lo que quiero.

—Lo comprendo —contestó ella. Ian no había hablado de amor en ningún momento, pero al menos la conversación que estaban teniendo era un comienzo. Estaban compartiendo sus ideales, sus sueños…—. Mi madre siempre dice que todo conlleva riesgos —murmuró. Y mirándolo a los ojos añadió—: y, por ti, estoy dispuesta a correrlos.

Ian pareció estremecerse por dentro y sus ojos se oscurecieron de deseo.

—Y yo por ti —le respondió con voz ronca—. Aunque tendré que hacer unas cuantas cosas para proteger nuestra declaración mutua de confianza.

—¿Como qué? —lo picó ella sonriéndole, mientras se frotaba seductoramente contra él—, ¿contratar un guardaespaldas?

—Ni hablar —contestó él, siguiéndole la broma—. Puedes hacer con mis espaldas lo que quieras. De hecho puedes hacer lo que quieras con todo mi cuerpo.

—¿De veras? —susurró ella, deslizando un dedo por su pecho.

Un poco más abajo, los boxers de Ian revelaron una repentina estrechez.

—Mmm —murmuró—. Haz conmigo lo que quieras… siempre y cuando siga de una pieza cuando termines.

—Lo prometo.

—Y siempre y cuando siga respirando, claro —añadió Ian.

—¿Eso también? —inquirió ella, fingiendo un mohín.

Con un gruñido lujurioso, Ian la alzó en volandas y la depositó sobre la cama.

—¡Al diablo con respirar!

Katherine se echó a reír, pero sus risas se vieron interrumpidas por los labios de Ian, que cubrieron los suyos en un beso que exigió toda su atención. Los dedos de Katherine se cerraron en torno a su nuca, atrayendo su cabeza para hacerlo más profundo, mientras las manos de él subían y bajaban por su cuerpo, deslizándose por debajo de la ropa para acariciar su piel y deshaciéndose de lo que se interpusiera en su camino.

Las manos de Katherine tampoco estaban ociosas. Se habían introducido debajo de la camiseta de Ian, y sus dedos estaban enredándose en la mata de vello que cubría su pecho. Ansiosa, la joven frotó las palmas por encima de los pezones de Ian hasta que se endurecieron, y deslizó a continuación las manos por los costados para masajear los tensos músculos de su espalda y bajar poco a poco hasta la cintura y perderse bajo el elástico de los boxers para cerrarse sobre sus nalgas.

Cuando Ian empezó a estimular sus senos con la boca, Katherine exhaló un gemido de placer, sintiendo como si un chorro de calor líquido se disparara por sus venas mientras de modo alternante los lamía con la lengua, los cubría de besos y los succionaba. Iba a volverse loca de placer.

—¡Oh, Ian, por favor…! Te necesito… dentro de mí —jadeó sin aliento.

Se abrió para él y sus dedos se cerraron como garras en torno a los duros hombros de Ian, que brillaban por el sudor.

—Tú mandas.

Los segundos que le llevó a Ian ponerse el preservativo se le hicieron eternos a Katherine.

Ian se posicionó sobre ella, abriéndole más los muslos con una rodilla y, como si supiera que había estado dispuesta para recibirlo dentro de sí desde el primer momento en que la había tocado, se hundió en su interior con una embestida rápida y limpia.

De la garganta de Katherine escapó un intenso gemido de profunda satisfacción. Arqueó la espalda y levantó las piernas, rodeando con ellas las caderas de Ian y atrayéndolo más hacia sí para que llegara más adentro aún.

Ian entró y salió de ella una y otra vez, una y otra vez… hasta que Katherine creyó que iba a enloquecer por el calor y la humedad que estaba generando en su interior. Se aferró a él, concentrándose en la deliciosa sensación de su miembro hundiéndose en ella

rítmicamente, provocando ola tras ola de placer. Se sintió arder, sintió que se derretía como una vela de cera, y de pronto todo lo que los rodeaba se desvaneció, y sólo quedaron ellos dos y aquel momento de perfecta unión.

Capítulo Diez

La noche pasó en medio de nuevos placeres compartidos e intensas emociones planeando sobre cumbres cada vez más elevadas. Cuando Katherine creía que su cuerpo ya estaba satisfecho, que ya no podía dar más, Ian hacía renacer en ella el deseo, y la volvía a complacer más allá de su imaginación.

Cuando finalmente la luz del sol invadió la habitación y arrancó a Katherine del sueño en el que el delicioso cansancio posterior la había sumido, se volvió en la cama hacia el lado, pero el lugar en el que había yacido Ian estaba vacío. Sobre la almohada había una nota, y una rosa roja, sin duda de los jardines de Crofthaven: «*Me marcho por un asunto urgente, pero quisiera no tener que irme. ¿Te veré esta noche? Ian*».

Katherine sonrió soñolienta, se volvió a dar la vuelta sobre el colchón, y al poco rato se quedó dormida de nuevo.

Aquella noche, sábado, y el día siguiente, los pasó Ian con Katherine en el apartamento de la verdadera Katie O'Brien. Hablaron abiertamente de sus familias, de sus sueños, hicieron el amor… Katherine nunca había sido tan feliz, e Ian sonrió más de lo que ella lo había visto sonreír hasta entonces. Cuando llegó el lunes, Katherine iba a levantarse para ducharse y prepararse para ir a la oficina, pero, para su sorpresa, Ian le dijo que se quedara allí y descansara.

—¿Y el trabajo? —inquirió ella.

—De todos modos hoy no tendrías mucho que hacer, porque tengo que ir a reuniones de negocios en varios sitios por la mañana y parte de la tarde, y si alguien me tiene que llamar pueden hacerlo al móvil.

—¿Seguro? —insistió Katherine.

La verdad era que estaba exhausta. ¿De dónde sacaba aquel hombre la energía que tenía? Era increíble.

—Seguro —la tranquilizó él, mirándola de un modo curioso que Katherine no supo interpretar—. Tómate el día libre. Te llamaré esta noche.

—De acuerdo —contestó ella sonriente.

Le dio un beso de despedida y se acurrucó en la cama, encantada de poder dormir unas horas más.

Holly levantó la vista y miró a Ian con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro de que quieres que haga esto?

—Sí, estoy seguro —respondió él.

—Pues se va a llevar un buen disgusto —murmuró Holly—. Me dijo que quería quedarse aquí, fuera en el puesto que fuera.

—Lo sé —asintió él—, pero se lo explicaré todo esta noche, y comprenderá por qué he tenido que hacerlo.

—¿Esta noche? —repitió Holly enarcando una ceja sorprendida.

—Sí, y no es asunto tuyo —contestó él riéndose—. O al menos aún no.

Todo sería aclarado a su debido tiempo.

Se inclinó sobre la mesa de Holly para firmar los papeles que, a su petición, la empresa de trabajo temporal Execu-Temps le había enviado por fax.

—Así que, si lo he entendido bien… —comenzó Holly, juntando los papeles—… no quieres que le diga a ella nada de que has pedido que cesen su contrato.

—Exacto.

—Y cuando llegue, ¿qué…?

—Hoy no vendrá a trabajar —le aclaró Ian antes de que acabara la frase—. Y deja de preocuparte, mujer. Ya te he dicho que yo se lo explicaré.

Metió el bolígrafo que le había prestado Holly en el cubilete de cerámica, y sonrió satisfecho, ahora que tenía pleno control de la situación habiendo resuelto aquel detalle.

Holly sacudió la cabeza, mientras grapaba las hojas.

—Si tú lo dices… —farfulló encogiéndose de hombros.

Ian fue al apartamento de Katherine esa noche armado con champán y rosas. Aunque aquella mañana se había mostrado muy seguro de sí mismo con Holly, a medida que había ido avanzando el día había empezado a preocuparle un poco la reacción que tendría Katherine cuando le dijera lo que había hecho. Sin embargo, se tranquilizó a sí mismo diciéndose que sus planes de futuro eran lo mismo que ella quería.

Además, ya que ella necesitaba sentir que le dejaba tomar parte en las decisiones importantes, y él comprendía que un anillo de

compromiso era algo muy importante para una mujer, no lo había comprado todavía. La llevaría a la mejor joyería de la ciudad al día siguiente y le dejaría que escogiese el que más le gustase. Estaba dispuesto a comprarle uno con un diamante del tamaño de una nuez si eso la hacía feliz.

Cuando llegó al apartamento se encontró con la puerta entreabierta, como si ella lo hubiera visto llegar por la ventana y la hubiera dejado abierta para él. Nada más entrar le llegó el aroma de cebolla frita, ternera, y una mezcla de especias.

—¿No me digas que además sabes cocinar? —la llamó.

Katherine se asomó a la puerta de la cocina.

—Sí. Espero que te guste el chili con fajitas.

—Mmmm… Dios, he muerto y he subido al cielo —dijo él cómicamente, mirando hacia el techo—. ¿El champán irá bien con la comida mexicana?

—El champán va bien con todo —respondió ella, tomando la botella de su mano izquierda.

Ian sacó el ramo de rosas de su espalda con un gesto teatral.

—¡Oh, Ian, son preciosas…! —exclamó Katherine con los ojos brillantes, tomándolas e inhalando su perfume—. Si esto es lo que consigo con la comida mexicana, me preguntó qué me traerás cuando te haga pato a la naranja —le dijo con una sonrisa maliciosa.

Ian se rió.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Pues… ¿poner la mesa?

—A sus órdenes —contestó él, poniéndose a ello de inmediato.

Una media hora después estaban los dos sentados departiendo en la sobremesa.

—Creo que en mi vida había tomado un chili tan bueno —comentó Ian.

—Es una vieja receta de familia —murmuró ella, limpiándose los labios con la servilleta.

—¿En serio?

—Mi padre y mis tíos son verdaderos fanáticos del chili. Y también hacen un cochinillo asado buenísimo.

—Vaya, parece que son gente de buen comer —se rió Ian.

La mirada de Katherine adquirió una expresión melancólica.

—Sí, sí que lo son —murmuró.

—¿Los echas de menos? —inquirió Ian.

Katherine consideró la pregunta un buen rato antes de contestar.

—La verdad es que cuando me fui creía que no los echaría de

menos, pero no es así.

—¿Y por qué no te tomas una semana o dos y vas a visitarlos?

—No sé qué decir —contestó ella vacilante—. ¿No me necesitarás en la oficina? No querría empezar a faltar. Van a pensar que tienes favoritismos.

Ian se dio cuenta de que aquella era la ocasión que había estado esperando. Puso su copa en la mesa, y se recostó en la silla.

—Bueno, la verdad es que precisamente de eso quería hablarte.

—¿Del trabajo?

—Sí —asintió él, ansioso por llegar a la parte importante—. Verás, esta mañana me he pasado por el departamento de personal, y he hecho el papeleo necesario con tu empresa de trabajo temporal para que cesaran tu contrato —vio que a Katherine se le mudaba la expresión, pero le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Era necesario, cariño. No podíamos seguir trabajando juntos. Me resultaba imposible concentrarme contigo cerca antes incluso de que hiciéramos el amor por primera vez.

—¡Pero si formábamos un gran equipo! —le espetó ella, enrojeciendo de indignación.

—Espera un momento, Katherine —dijo él rápidamente, preocupado porque la conversación se le estaba yendo de las manos —. No lo entiendes; yo…

—Lo entiendo muy bien —lo cortó ella, la voz quebrada por el enfado—. Te has aprovechado de que eres el director de la empresa, y has tomado la decisión sin consultarme.

Ian abrió la boca para objetar algo a eso, pero ella no se lo permitió.

—Te ha dado exactamente igual lo que yo pudiera sentir al respecto —le dijo—. ¡No tenías derecho! ¡No hay ninguna ley que me prohíba trabajar en tu oficina sólo porque estemos liados!

—¿*Liados*? —repitió Ian, casi escupiendo la palabra—. ¿Es eso lo que nuestra relación es para ti? —exigió saber. No podía haberse sentido más sorprendido ni más herido.

—Somos dos adultos que se acuestan juntos. ¿Cómo lo llamarías tú? —le espetó ella, dejándose llevar por la ira.

—Eso no… eso no es lo que yo… —le dijo desesperado.

Si no comprendía el compromiso que estaba a punto de ofrecerle, ¿qué sentido tenía? De pronto las palabras que había ansiado pronunciar se le habían atragantado.

—¿Qué no es qué, Ian? —lo instó Katherine, sus ojos verdes relampagueando desafiantes—. Me quieres en tu cama, pero no en tu oficina. ¿Es eso lo que intentas decirme? —se levantó de la mesa,

apartándose de él—. No lo comprendo… este fin de semana me pareció que nos estábamos entendiendo.

Ian notó que estaba al borde de las lágrimas, pero también que estaba luchando por contenerlas. Echó la silla hacia atrás y se levantó, yendo hacia ella, pero Katherine dio un paso atrás y lo detuvo interponiendo una mano.

—Si ser tu novia va a costarme mi libertad de escoger dónde quiero trabajar y para quién, quizá todo esto no sea más que un error.

—¡Yo nunca dije que quisiera una «novia», maldita sea! —le gritó Ian, agarrándola por los brazos.

Lo que había querido era una esposa, había querido una mujer a la que amar, había querido el «hasta que la muerte os separe»… Y la había querido a ella, no a ninguna otra mujer.

Las lágrimas rodaban ya por las mejillas de la joven. Ian la soltó y dio un paso atrás, mirándola con dureza.

—Quizá esto haya sido lo mejor —farfulló.

Katherine se irguió.

—Supongo que sí —respondió. Inspiró profundamente y soltó el aliento temblorosa, la vista fija en el suelo—. Creo que deberías marcharte —susurró.

Ian se concentró en contener su ira. «Yo quería que nos casáramos, quería que fueras la madre de mis hijos…», pensó con el corazón lleno de dolor. Sin embargo, no pronunció aquellas palabras. Jamás le diría esas palabras a una mujer tan egoísta como para pensar sólo en lo que ella quería, y que no podía darle siquiera diez minutos para dejar que le explicara por qué había hecho lo que había hecho.

Ian tomó su chaqueta, y salió del apartamento.

Mantenerse apartada de Ian y del edificio de Danforth & Danforth fue lo más difícil que había tenido que hacer Katherine en toda su vida. Sin embargo, de algún modo halló la fortaleza interior necesaria para no llamarlo, recordándose una y otra vez que tenía todo el derecho a estar furiosa con él.

¿Acaso no le había dejado claro que no estaba dispuesta a caer en una situación similar aquella de la que estaba huyendo, de una vida en la que eran otros quienes tomaban las decisiones por ella?

Ya se había enfrentado a su familia y no tenía que seguir escondiéndose bajo el nombre de su amiga, así que buscó otra empresa de trabajo temporal, y aceptó un puesto de secretaria que

le ofrecieron en una compañía de seguros. Era un trabajo monótono y aburrido comparado con el que hacía en Danforth & Danforth, pero estaba bien remunerado y tenía un cómodo horario de nueve a cinco.

En esos días Ian no la llamó, y tampoco fue al apartamento. Y se alegraba, se dijo. Estaba encantada de haberse librado de aquel arrogante, controlador, y… Dios, ¿a quién quería engañar? Estaba enamorada de él. Seguía enamorada de él. «Sin embargo», se dijo, «hay una gran diferencia entre amar a una persona que es buena para ti, y a una que no lo es». Tendría que ser fuerte y olvidarlo… aunque no sabía cómo podría hacerlo.

Ian miró al agente del FBI a los ojos y le preguntó:

—¿Está seguro de que se trataba de ella?

—Completamente —respondió él hombre, inclinándose hacia delante en la silla frente a la mesa de Ian.

Se había pasado esa tarde por la oficina, con noticias preocupantes sobre el cártel.

—Han estado intentando pasar desapercibidos, pero dos de sus hombres han estado siguiendo a la joven que era su secretaria… Katie O'Brien, ¿no es ése el nombre?

—Sí, ése es —asintió Ian sin molestarse en corregirlo. De todos modos sería muy largo de explicar.

—¿Y ha dicho que la ha despedido? ¿Podría preguntarle por qué?

—No la he despedido —le aclaró Ian—. Sólo estaba aquí temporal, y la sustituimos cuando seleccionamos a una persona para que ocupara el puesto de forma definitiva.

—Ya veo —murmuró el agente, asintiendo con la cabeza y haciendo anotaciones en su libreta—. ¿Cree que es posible que la gente del cártel piense que tiene usted algún tipo de relación personal con ella… usted ya me entiende?

—Hubo algo entre nosotros —admitió Ian—, pero se ha acabado.

—Ya —repitió el hombre—. ¿Piensa que puedan saberlo? Nuestra teoría es que podrían estar pensando en utilizar a alguien próximo a usted o a alguien de su familia para presionarlo, y esa joven podría ser su objetivo si creen que todavía hay algo entre ustedes.

El miedo invadió a Ian, paralizándolo.

—¿Cree que pueda estar en peligro inminente? —le preguntó al

agente.

—Bueno, no estamos seguros, pero no estaría de más tomar precauciones a ese respecto. ¿Podría convencerla para que abandone la ciudad durante unos días?, ¿de que vaya a un lugar donde esté a salvo?

Ian se pasó una mano por el cabello. Dudaba que eso fuera posible. Katherine estaba tan enfadada con él que seguramente ni siquiera contestaría al teléfono si la llamase.

Y si llamase a su hermano y a su familia e intentasen convencerla ellos, se negaría a abandonar la ciudad porque pensaría que estaban intentando controlar su vida de nuevo. ¿Por qué tendría que ser tan cabezota?

Sus ojos verdes y su dulce rostro acudieron a su mente, y el corazón de Ian se elevó a las alturas, para caer en picado al instante siguiente. La había perdido, y era culpa suya. Y lo peor era, que por muchas veces que se repitiese que conseguiría olvidarla, sabía que era mentira.

—¿Señor Danforth? —lo llamó el agente, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Cree que podría ayudarnos en eso?

Ian alzó la vista hacia él, en medio de su desasosiego, y de pronto se le ocurrió una solución.

—Creo que tengo una idea.

Katherine iba caminando calle abajo cuando pasó frente al edificio de Danforth & Danforth. Giró el rostro hacia la acera contraria para no mirarlo. Se había acabado, se dijo: Ian, el trabajo… se había acabado.

Además, hacía una preciosa mañana de primavera, y no iba a estropearla llorando por un hombre. Había salido del trabajo hacía unos minutos, y a esa hora las aceras estaban casi vacías; daba gusto pasear. Era como si la ciudad fuese suya.

Atravesó Congress Street, y se detuvo a observar el escaparate de una tienda de ropa. Sin embargo, cuando comenzó a andar otra vez, le dio la impresión de que un coche iba siguiéndola. Se detuvo a propósito frente a una relojería, rogando en silencio por que hubieran sido sólo imaginaciones suyas y el coche siguiese adelante, dejándola atrás. Aquello también era culpa de Ian, por aquellas tonterías que le había dicho de que los colombianos podían intentar presionarlo secuestrándola o algo así.

Sin embargo, el coche se detuvo de nuevo, y a través del escaparate vio que una alta figura se bajaba de él y se dirigía hacia

ella por detrás. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar y salir corriendo una mano se cerró en torno a su muñeca.

—Ven conmigo —le dijo una voz masculina—. Ahora.

Con un gemido ahogado se volvió, a punto de ponerse a chillar pidiendo auxilio, pero el grito murió en su garganta y todo lo que salió de ella fue un gruñido de irritación al ver que se trataba de Ian.

—¡Me has dado un susto de muerte! —le dijo mirándolo furibunda. Intentó soltarse, pero él la agarró con más fuerza.

—Estás en peligro. Ven conmigo; voy a llevarte a un lugar seguro.

—No seas ridículo. Déjame en paz y no me molestes más ni vayas a llamarme, ¿me oyes? Aunque lo hagas no pienso siquiera escuchar tus mensajes.

—Por eso precisamente he tenido que hacer esto —farfulló él, tirando de su muñeca e intentando llevarla hacia el coche.

Katherine tiró en la dirección contraria, intentando soltarse de nuevo.

—¡Suéltame, Ian! Con la fuerza no vas a conseguir convencerme de que vuelva contigo. Ahora soy yo quien…

Ian la atrajo hacia sí y la besó en los labios hasta dejarla sin aliento, para, aprovechando su desconcierto, levantarla por la cintura y echársela sobre un hombro, como si fuese un saco de granos de café.

—¡Ian, bájame inmediatamente! —le chilló.

La gente que había caminando por la calle los miró, como inseguros de qué hacer.

—Una pelea de enamorados —farfulló Ian alegremente a una pareja que pasó a su lado—. Le encanta cuando luego hacemos el amor para reconciliarnos.

El hombre se rió, pero la mujer no pareció muy convencida.

Ignorando las protestas y pataleos de Katherine, Ian la llevó al coche y la sentó en él, rodeándolo rápidamente para sentarse él al volante.

—Eh… —dijo agarrándola por la cintura y cerrando la puerta que ella había abierto para intentar escapar. Y con la otra mano se apresuró a activar el cierre centralizado de seguridad—. No queremos que te atropelle un vehículo que venga subiendo la calle, ¿verdad?

Cuando la soltó, Katherine se cruzó de brazos en el asiento y farfulló:

—Te odio.

—No es verdad —replicó Ian.

—¿Qué tengo que hacer para que comprendas que no quiero que mi vida la dirijan mis padres, un novio, o un marido?

—Estás en peligro, Katherine, y hablo en serio. El agente del FBI que está detrás de Escalante y Hernández me ha dicho que gente del cártel ha estado siguiéndote últimamente.

—¿A mí? ¿Por qué? Yo no tengo ninguna influencia sobre las decisiones de Danforth & Danforth.

—No, pero deben pensar que tú y yo…

—Oh, por favor…

—Cállate y escucha —masculló él—. Tú misma viste cómo te miraba Hernández aquel día en mi despacho, y por aquel comentario que hicieron es evidente que creen que eres mi amante.

Katherine empezó a replicarle, pero Ian extendió una mano y apretó la de ella.

—Esos tipos están desesperados, Katherine, y podrían intentar utilizarte para presionarme y conseguir que acceda a hacer negocios con ellos.

Ian parecía muy serio, y Katherine empezó a creerle. Parecía que la sensación de estar siendo observada que había tenido aquella tarde que los había invitado a Dennis y a ella a cenar no había sido producto de su imaginación, después de todo. De pronto estaba asustada.

—¿Y qué piensa hacer el FBI al respecto? —le preguntó a Ian—. ¿Van ponerme protección o…?

—Ponernos sobre aviso era lo único que podían hacer de momento —respondió Ian—. El agente me dijo que pensaban que el cártel también podría intentar secuestrar a algún miembro de mi familia, pero obviamente no pueden poner protección a cada uno de ellos y además a ti las veinticuatro horas del día. Además, tampoco creen que vigilar y esperar sea la solución.

—¿Y entonces cuál es? —inquirió ella, lanzándole una mirada suspicaz.

—Vamos a desaparecer unos días.

Katherine estaba empezando a sentirse verdaderamente irritada ante aquella nueva intromisión en su vida, pero se dijo que quizá aquella vez el comportamiento sobreprotector de Ian estuviese disculpado, aunque le seguía pareciendo imposible la idea de que el cártel fuese a secuestrarla a ella, que no era nadie.

—Has dicho «vamos» —dijo entornando los ojos—. ¿Significa eso que vas a venirte conmigo?

Ian asintió con la cabeza.

—¿Y tu trabajo?

—Llevo el portátil en el maletero, y puedo estar en contacto con la oficina mediante el teléfono y el móvil.

—¿Y qué pasa con el mío?

—Holly ha logrado averiguar cuál es la empresa temporal con la que estás ahora, y ellos se han puesto en contacto con tu jefe para decirle que estás enferma y que faltarás unos días.

—Pero, ¿y mi familia? Podrían preocuparse.

—He llamado a Dennis y está de acuerdo.

—Parece que lo tienes todo bajo control —farfulló Katherine, suspirando con pesadez..

—Lo intento —contestó Ian.

Ella advirtió en su voz una nota de satisfacción. Cómo no, el eficiente ejecutivo, el señor ordeno y mando… Sin poder evitarlo, soltó entre dientes un gemido de frustración.

—¿Qué? —inquirió Ian.

—Que estoy harta, que haga lo que haga parece que no hay manera de que pueda llevar mi vida como yo quiero —farfulló, cruzándose de brazos de nuevo.

Ian giró la cabeza para mirarla.

—Katherine, créeme, yo no quiero quitarte tu libertad. Nunca lo he querido. Y te juro que cuando esto termine, si no quieres volver a verme nunca más, respetaré tus deseos. Pero no puedo quedarme sin hacer nada y dejar que te hagan daño si puedo evitarlo. Además, es culpa mía que esa gentuza esté yendo detrás de ti.

Katherine lo miró a los ojos y vio que estaba siendo sincero. En ese momento sólo estaba pensando en su seguridad porque le preocupaba, y porque se sentía responsable, así de simple.

—Está bien —claudicó finalmente, ablandándose—. ¿Y adónde vamos?

Tybee Island estaba a pocos kilómetros de Savannah, pero era una zona de marisma con cabañas apartada de la carretera que conducía a las playas de Tybee, más frecuentada por los turistas. Era poco probable que la gente del cártel los buscase allí. Además, a quien estaban siguiendo era a Katie O'Brien, que estaba a salvo en Londres y ajena a todo aquello, no a Katherine Fortune.

La cabaña a la que Ian llevó a Katherine era propiedad de su familia. Su tío, aficionado a la caza de patos, los había llevado allí a sus hermanos, sus primos, y a él alguna vez en verano, y aunque no tenía grandes lujos, era confortable. Además, no tendrían que salir

de allí porque Ian había comprado suficientes provisiones para unos días y le había pedido prestada a su hermana Kimberley, que tenía más o menos la talla de Katherine, algo de ropa. No había querido arriesgarse a pasar por el apartamento antes de salir de la ciudad por temor a que la gente del cártel pudiera seguirlos.

La cabaña estaba ubicada sobre una loma que se asomaba a una pequeña ensenada de la bahía, con charcas de aguas relucientes que los juncos y otras plantas todavía no habían cubierto, y una elegante garza real se sostenía en el agua sobre una de sus finas y largas patas, la otra encogida, vigilando la superficie en espera de alguna presa.

—Es precioso… —murmuró Katherine embelesada.

La magia del momento impulsó a Ian a rodearle los hombros con un brazo, y apoyar la mejilla en su cabeza. Estaba dispuesto a soltarla en el instante en que ella protestase, pero, para su sorpresa, no lo hizo. De hecho, cuando Katherine alzó la vista hacia él al cabo de un rato, había un brillo tan intenso en sus ojos, que Ian no pudo contenerse y cubrió sus labios con un beso largo y apasionado.

—Te he echado de menos —le susurró.

—Yo también —contestó ella, apoyando la cabeza en su pecho —. Ojalá las cosas fueran más fáciles.

—¿Te refieres a los problemas con los colombianos?

—No, a nosotros.

El corazón de Ian pareció pararse en ese momento, para, inmediatamente después, empezar a latir como un loco. ¿Tenía aún alguna oportunidad? ¿Qué estaba intentando decirle Katherine? Tragó saliva, y trató de hallar las palabras adecuadas.

—Quizá nosotros también hemos contribuido a complicarlas. Yo… siento haberme comportado como lo he hecho, Katherine, tomando decisiones por ti, creyendo que lo que yo quería era lo mismo que querías tú… Y es irónico, porque es exactamente lo que suele hacer mi padre, y yo siempre lo he detestado. En fin, parece que sí heredamos rasgos del carácter de nuestros padres con los genes —murmuró, frunciendo el ceño—. Pero nunca quise hacerte daño, Katherine, ni privarte de tu libertad.

Katherine se quedó pensativa.

—Supongo que es lo mismo en mi familia —dijo ella, rodeándole la cintura con un brazo para apretarse más contra él—. Los hombres de mi familia consideran un deber proteger a sus esposas, sus hermanas, y sus hijas. Y nosotras sólo tenemos dos opciones: o bien nos resignamos a esa sobreprotección, o nos rebelamos. Y yo he decidido rebelarme.

Ian se rió suavemente, abrazándola.

—¡Y cómo!

Katherine se rió también, y levantó la cabeza para mirarlo.

—Ian…

—¿Sí?

—¿Crees que todavía hay posibilidades de… de una reconciliación?

—¿Con tu familia?

—No, contigo.

Ian se sintió como si llevara días, semanas, conteniendo el aliento. Quizá todas las parejas llegaran a un punto en el que su relación atravesaba una línea invisible trazada por el destino. Quizá no pudieran borrar las cosas que se habían dicho, y los errores que habían cometido, pero podían darse otra oportunidad, comenzar de nuevo.

La tomó de la barbilla e hizo que subiera el rostro para mirarse en sus ojos verdes.

—Me aterraba pensar que no quisieras volver a verme —murmuró.

Katherine sonrió, los ojos llenos de lágrimas de emoción.

—Y yo no podía dejar de pensar en ti —respondió ella en un susurro—. En un momento desesperado empecé incluso a considerar renunciar a mi independencia con tal de estar contigo.

El corazón de Ian latió apresuradamente, y acarició suavemente los labios de la joven con el índice.

—No deberías renunciar a nada por mí, Katherine. Te quiero tal y como eres.

Una luz de esperanza iluminó los ojos de ella.

—Creo que deberíamos hablar —le dijo con una sonrisa—, hablar de verdad.

Capítulo Once

Pasaron esos días hablando, discutiendo sus diferencias, desnudando su alma al otro, y acabaron descubriendo que había más cosas en las que estaban de acuerdo que cosas en las que discrepaban, y que esas discrepancias no eran tan abismales como para no poder resolverse cediendo cada uno un poco.

El quinto día en Tybee Island Ian estaba sentado en el borde de la cama, escuchando los mensajes que tenía en el móvil. Cuando lo cerró y se volvió hacia Katherine, había una sonrisa en sus labios.

—El FBI ha detenido a los hombres que estaban siguiéndote. Eran inmigrantes ilegales de Colombia y van a ser deportados.

Katherine dio un gritito de victoria, lanzándose a sus brazos, e Ian volvió a dejarse caer sobre el colchón a su lado.

—Podemos volver —le dijo.

Sin embargo, Katherine no estaba segura de querer abandonar aquel paraíso recién descubierto. Claro que tenía un trabajo que no quería perder. Exhaló un profundo suspiro.

—Bueno, supongo que éste es el fin de las «vacaciones» —murmuró—. Seguro que cuando esté otra vez sentada en mi escritorio en la compañía de seguros empezaré a preguntarme si esto no habrá sido un sueño —añadió con una media sonrisa.

—Katherine… —comenzó Ian vacilante—. ¿Qué dirías si te pidiera que volvieras a Danforth & Danforth?

Katherine se quedó paralizada de la sorpresa.

—¿Hablas en serio? —inquirió, recordando todo lo que habían discutido—. Bueno, yo te diría que sí con los ojos cerrados, pero si tú no estás seguro de que sea una buena idea que trabajemos juntos…

—Bueno, estaba pensando que quizá te gustaría trabajar con Holly —dijo Ian sonriendo.

Katherine se incorporó para mirarlo.

—¿Quieres decir en el departamento de personal? —inquirió entusiasmada—. ¿Y la tendría a ella de jefa? No sabía que hubiera una vacante.

—Ayer le pedí a Holly que me mandara por correo electrónico una relación de los puestos por cubrir, y me pareció que ése te gustaría —respondió Ian—. Y por supuesto no tendrías que

quedarte siempre en ese puesto —añadió—. Con el tiempo, si Holly está contenta contigo, podrías conseguir un ascenso como supervisora, o incluso como jefa de área, ¿quién sabe? Eso ya sólo dependería de ti. ¿Qué me dices?

Katherine sonrió ampliamente.

—¡Me encantaría!

Al día siguiente volvieron a Savannah. Por la mañana, antes de ponerse en camino, cuando Ian había acabado de guardar las cosas en el maletero del coche, se volvió y vio a Katherine cerrando la puerta de la cabaña con un suspiro.

—Voy a echar de menos este lugar —murmuró la joven.

—Volveremos tan a menudo como quieras —le dijo Ian.

Ella se dirigió hacia el vehículo, pero Ian la retuvo, agarrándola suavemente de la muñeca.

—Espera, Katherine —le dijo en un tono vacilante que despertó curiosidad en ella—, hay algo que quería hacer antes de que nos vayamos.

Su expresión era muy solemne, y Katherine sintió un cosquilleo nervioso en el estómago.

—¿Qué es, Ian?

En lugar de responderle, Ian metió la mano en el bolsillo de su cazadora y sacó un objeto fino y redondeado, arrodillándose a continuación ante ella. El corazón le dio un vuelco a Katherine y se notó la boca seca.

—Sé que aún te parece pronto para el matrimonio, y que no tienes muy claro hacia dónde quieres que vaya nuestra relación —comenzó él con una timidez adorable—, pero si te prometo que nunca te impediré hacer lo que tu corazón te dicte, y que estaré a tu lado siempre que me necesites… ¿te… te casarías conmigo, Katherine Anne Fortune?

La joven bajó la vista a su mano mientras él le ponía vacilante el anillo en el dedo. Había esperado ver el brillo de un diamante, o un simple aro de oro, pero el supuesto anillo estaba hecho con dos finas ramitas retorcidas. Miró a Ian perpleja.

—Bueno, no había ninguna joyería por aquí cerca —farfulló él con expresión avergonzada y luego preocupada—. Lo he hecho yo. Sabiendo que no te gusta que tomen decisiones por ti, pensé que te gustaría escoger por ti misma el anillo cuando regresásemos a Savannah. Éste es sólo temporal.

Katherine sonrió, conmovida por el detalle.

—No creo que pueda encontrar en ninguna joyería un anillo más hermoso que éste —murmuró mirándolo.

Ian inspiró profundamente.

—Si no puedes darme una contestación ahora… si necesitas tiempo para pensarlo, yo…

El hombre que cada día cerraba negocios de miles de dólares estaba hecho un manojo de nervios. A Katherine le pareció que sería cruel hacerle esperar más.

—Yo… —continuó balbuciendo con la cabeza gacha—. Esperaré hasta que te sientas preparada, Katherine. Esperaré lo que haga falta y…

Katherine tomó su rostro entre ambas manos y lo silenció con un beso.

—Te quiero, Ian, no necesito pensarlo.

Ian no había creído posible que la tristeza en que se había sumido tras la muerte de su hijo pudiera disiparse, pero las palabras de Katherine hicieron que los rayos del sol penetraran hasta su alma. Con el corazón rebosante de dicha, la alzó en sus brazos y la hizo girar con él, cubriéndola de besos y sintiéndose vivo de nuevo.

* * *

En el Deseo titulado: *Otro amor*, de Kristi Gold, podrás leer la historia de Imogene Danforth y Raf Shakir